COLECCION UNIVERSAL

N.os 961 a 963

JANE AUSTEN

Orgullo y prejuicio

NOVELA

TOMO II y ÚLTIMO



Precio: 1,50 pesetas
Published in Spain.

MADRID, 1924

Jane Austen

—

ORGULLO Y PREJUICIO

NOVELA

TOMO II y ÚLTIMO

MCMXXIV



Papel expresamente fabricado por LA PAPELERA ESPAÑOLA.

JANE AUSTEN

Orgullo y prejuicio

NOVELA

TOMO II Y ÚLTIMO

La traducción del inglés ha sido hecha
por José J. de Urríes y Azara





MADRID, 1924



Talleres "Calpe", Ríos Rosas, 24.—MADRID

ORGULLO Y PREJUICIO

CAPITULO XXXV

Isabel se despertó a la mañana siguiente con los mismos pensamientos y cavilaciones con que había cerrado los ojos. Aun no podía reponerse de la sorpresa de lo acaecido; no le era dado pensar en otra cosa; e inutilizada en absoluto para todo, en cuanto se desayunó resolvió dedicarse a tomar el aire y hacer ejercicio. Se encaminaba en derechura a su paseo favorito cuando, al recordar que Darcy iba alguna vez por él, se detuvo, y en lugar de entrar en el parque tomó el camino que conducía lejos de la carretera de entrada. La empalizada del parque era el límite de uno de sus costados, y pronto atravesó una de las puertas que daban acceso a la finca.

Después de pasar dos o tres veces por esa parte del camino entró en tentación, por lo delicioso de la mañana, de detenerse a la puerta y contemplar el parque. Las cinco semanas que llevaba en Kent habían transformado mucho la campiña, y cada día verdeaban más los árboles tempranos. A punto estaba de continuar su paseo, cuando vislumbró

un caballero en la especie de alameda que bordeaba el parque; se movía en aquella dirección, y temiendo que fuera Darcy se retiró al punto. Mas la persona que se adelantaba se hallaba ya lo suficiente cerca para verla, y siguiendo andando con velocidad pronunció su nombre. Ella se había vuelto; pero al oírse llamar, aunque por voz que denotaba ser de Darcy, se dirigió a la puerta de nuevo. Por entonces él había llegado a la misma también, y mostrando una carta que ella instintivamente tomó, dijo, con mirada que mostraba altanero comedimiento:

—He estado paseando por la alameda bastante rato en espera de ver a usted. ¿Quiere usted hacerme el honor de leer esta carta?

Y al momento, con una ligera inclinación, se dirigió de nuevo hacia los plantíos y pronto se perdió de vista.

No con esperanzas de placer, pero sí con la mayor curiosidad, abrió Isabel la carta, y con sorpresa siempre creciente vió que el sobre contenía dos pliegos de papel de escribir y llenos en su totalidad con letra muy apretada. Hasta el sobre estaba escrito también. Prosiguiendo su paseo por el camino la comenzó a leer. Estaba fechada en Rosings a las ocho de la mañana y era como sigue:

«No se alarme usted, señorita, al recibir esta carta creyendo que contiene una repetición de los sentimientos, una renovación de los ofrecimientos que tanto disgustaron a usted la última noche. Escribo sin deseo ninguno de apenar a usted ni de

humillarme yo mismo insistiendo en deseos que, por dicha de ambos, no pueden olvidarse tan pronto; y el esfuerzo que la redacción y la lectura de esta carta tienen que causar podrían haberse ahorrado si mi modc de ser no requiriese que se escriba y se lea. Por lo tanto, ha de perdonarme usted la libertad con que solicito su atención; sé que sus sentimientos de usted sólo pueden otorgarla de mala gana, pero yo la exijo de su justicia.

»Dos delitos de naturaleza muy diversa y de ningún modo de igual magnitud ha cargado usted sobre mí la pasada noche. El mencionado en primer término era que había separado al señor Bingley de su hermana de usted sin consideración a los sentimientos de ninguno de ellos, y el otro, que yo, a pesar de determinados derechos, a despecho del honor y de la humanidad, había arruinado la prosperidad inmediata y marchitado las esperanzas al señor Wickham. Haber arrojado cruel e impúdicamente al compañero de mi juventud, al favorito de mi padre, joven que apenas tenía otro arrimo que el de nuestro patrocinio y que había sido educado en la expectativa de que ése se ejerciese, sería depravación con que no podría compararse la separación de dos jóvenes cuyo afecto podría ser sólo producto de algunas semanas. Pero de la severidad de la censura que la última noche me dirigió usted tan abiertamente espero verme libre en lo futuro si lee usted la siguiente relación de mis actos y de sus motivos. Si al explanarlos, cosa a mí debida, me veo en la precisión de revelar sentimientos

que pudieran ofender los suyos, sólo puedo decir que lo lamento. Hay que obedecer a la necesidad, y toda excusa sería absurda.

»No hacía mucho que estaba en el condado de Hertford cuando observé, como los demás, que el señor Bingley distinguía a su hermana mayor de usted sobre todas las muchachas del país; pero no fué hasta la noche del baile de Netherfield cuando me pareció que sentía afecto formal. Varias veces le había visto antes enamorado. En aquel baile, mientras tenía yo el honor de bailar con usted, supe por primera vez, por información casual de sir Guillermo Lucas, que las atenciones de Bingley hacia su hermana de usted habían hecho concebir en general esperanzas de matrimonio; él me habló de ello como de suceso seguro, del que sólo quedaba por decidir la fecha. Desde aquel momento observé con cuidado la conducta de mi amigo y pude notar que su parcialidad por la señorita de Bennet era mayor de cuanto había visto en él. También vigilé a su hermana de usted. Su aspecto y sus modales eran francos, alegres y atrayentes como siempre, pero sin síntomas de estimación particular; y del examen de la velada quedé convencido de que, aun recibiendo con gusto las atenciones de él, no correspondía ella a las mismas con participación de idénticos sentimientos. Si usted no se ha equivocado en cuanto a esto, será que yo he estado en un error. El superior conocimiento que usted posee de su hermana habrá de hacer más probable lo último; y si es así, si inducido por ese error he infligido

a usted pesadumbre por ello, su resentimiento de usted no ha sido inmotivado. Mas no tendría escrúpulo en asegurar que la tranquilidad del aspecto y aire de su hermana eran tales que podrían haber proporcionado al más fino observador la convicción de que, aun siendo amistoso su temple, su corazón no parecía fácil de herir. Que yo deseaba creer en su indiferencia es cierto; pero me atrevo a afirmar que mis investigaciones y mis decisiones no se dejan influir de ordinario por esperanzas o temores. No la creía indiferente porque yo la deseara; juzgábala así con convicción imparcial, como tan cierto cual si lo desease razonablemente. Mis objeciones al matrimonio ese no eran exactamente las que la última noche reconocí que requerían en mi propio caso la mayor fuerza pasional para dejarlas a un lado; la desproporción no sería tan grave mal para mi amigo como para mí; mas había otras causas de repugnancia, causas que, aun existiendo, y existiendo en igual grado en ambos casos, yo había tratado de olvidar porque no estarían inmediatamente ante mí. He de mencionarlas aunque sea con brevedad. La situación de la familia de su madre de usted, aunque objecionable, no era nada en comparación con la absoluta falta de conveniencia tan a menudo, casi constantemente, mostrada por ella misma, por las tres hermanas menores y a veces por su padre. Perdóneme usted; me aflige ofenderla; pero en medio de su inquietud por los defectos de sus más próximos parientes y de su disgusto por la mención de los mismos, consuélese

usted considerando que el haberse conducido ustedes de tal modo que haya evitado la menor sombra de tales censuras es elogio no menos reconocido a usted que a su hermana mayor para la opinión y crédito de ambas. Diré sólo que con lo que pasó aquella noche se confirmó en todas sus partes mi sospecha y crecieron los motivos que antes ya habían podido impulsarme a preservar a mi amigo de la que tenía por desdichada unión. El se marchó de Netherfield a Londres al día siguiente, como usted recordará, con deseos de regresar pronto.

»Falta ahora explicar la parte que tomé en el asunto. El disgusto de sus hermanas se había excitado con el mío; pronto descubrimos nuestra coincidencia de sentimientos, y conocedores por igual de que no había tiempo que perder en separar a Bingley, resolvimos pronto unirnos con él en Londres. En vista de ello, fuimos allí, y al punto me dediqué a la empresa de hacer ver a mi amigo los peligros de semejante elección. Se los enumeré y reforcé con seriedad. Mas aunque una exposición así pudiera lograr que vacilara o se dilatara su determinación, no creo que habría impedido a la postre el matrimonio si no hubiera sido secundada por la seguridad, que no dudé en darle, de la indiferencia de su hermana de usted. Hasta entonces había creído que ella correspondía a su afecto con sincera aunque no igual estimación. Pero Bingley posee gran modestia natural junto con mayor deferencia a mi juicio que al suyo propio. Con todo,

convencerle de que se había engañado no fué cosa fácil; persuadirle de no volver al condado una vez convencido de aquello fué obra de un instante. No puedo censurarme por haber hecho todo eso. No hay sino una parte de mi conducta en la totalidad del asunto en que no pienso con satisfacción: consiste en que accedí a adoptar medidas tales que ocultaran a Bingley la presencia de su hermana de usted en la capital. Conocíala yo, como la conocía la señorita de Bingley; pero el hermano de ésta aun lo ignora. Es quizá probable que se hubieran encontrado sin malas consecuencias; mas su afecto no me parecía extinguido lo suficiente para que la viese sin peligro. Acaso esa ocultación fuera indigna de mí, pero la tuve por lo mejor. En ese asunto no tengo más que decir ni otra excusa que ofrecer. Si he herido los sentimientos de su hermana de usted ha sido involuntariamente, y aunque los motivos que me guiaron es natural que puedan parecer a usted insuficientes, aun no he podido condenarlos.

»Con respecto a la otra acusación, de más peso, de haber perjudicado al señor Wickham, sólo la puedo refutar presentando ante usted la totalidad de su relación con mi familia. Ignoro de qué me ha acusado él en particular; pero de la verdad de cuanto voy a contar a usted puedo citar más de un testigo de incontrastable veracidad.

»El señor Wickham es hijo de un hombre respetabilísimo que tuvo encomendada durante muchos años la administración de todos los estados de

Pemberley, y cuya buena conducta en el desempeño de su cargo inclinó, como era natural, a mi padre a favorecerle; y el cariño de éste se manifestó, por lo tanto, de modo liberal para con Jorge Wickham, que era su ahijado. Sostúvole en la escuela y después en Cambridge con importantes auxilios, ya que su padre, siempre pobre por las extravagancias de su mujer, había sido impotente para darle educación de caballero. El mío, no sólo gustaba de la compañía del muchacho, cuyas maneras eran siempre atrayentes; tuvo también la más alta opinión de él, y esperando que la Iglesia fuera su profesión, trató de proveerle en ella. En cuanto a mí, hace muchos, muchos años que principié a pensar de él de muy diferente manera. Las propensiones viciosas; la falta de principios, que cuidaba de ocultar al conocimiento de su mejor amigo, no pudieron escapar a la atención de un joven de casi su misma edad y que tenía que observarle en momentos de espontaneidad que el señor Darcy no tenía. De aquí en adelante habré de apenar a usted, aunque sólo usted pueda decir hasta qué grado; pero cualesquiera que sean los sentimientos que el señor Wickham haya despertado, sospecha de tal naturaleza no me ha de impedir desenmascarar su verdadero carácter: eso será justamente otro motivo.

»Mi excelente padre murió hace cinco años, y su afecto hacia el señor Wickham siguió tan constante hasta el fin que en su testamento lo recomendó en particular a mí para que procurase su adelanto del

mejor modo que su profesión consintiera; y, si recibía órdenes, deseaba que fuese suyo un beneficio capaz de satisfacer a una familia en cuanto quedase vacante. También había allí un legado de mil libras. Su propio padre no sobrevivió mucho al mío, y antes de medio año tras ambos sucesos el señor Wickham me escribió informándome de que, habiendo resuelto por fin no ordenarse, suponía que yo no tendría por indebido que esperase él alguna ventaja pecuniaria más inmediata a cambio del beneficio que no había de disfrutar. Añadía que abrigaba intención de seguir los estudios de derecho y que yo debía comprender que los intereses de mil libras era forzoso que fuesen insuficiente apoyo para lograrlo. En cuanto a mí, más bien deseaba que creía que él fuera sincero; mas, de todos modos, estuve dispuesto a acceder a su proposición. Conocía que el señor Wickham no debía ser clérigo; el asunto se arregló por consiguiente; él renunció a toda pretensión a ser asistido en la Iglesia, aun siendo posible que alguna vez se viera en situación de poderlo ser, y aceptó en cambio tres mil libras. Toda cuestión entre ambos parecía así zanjada. Pensaba de él sobrado mal para invitarle a Pemberley o para admitir su compañía en la capital. Creo que vivió sobre todo en ésta; mas sus estudios de derecho fueron sólo un pretexto, y viéndose entonces libre de todo yugo, su vida fué de ocio y disipación. Durante tres años oí poco de él; pero a la muerte del poseedor del beneficio que había sido designado para él dirigióse de nuevo a mí por

carta para que le presentase. Asegurábame, y no tenía yo dificultad en creerlo, que sus circunstancias eran en extremo malas, hallándose ahora decidido en absoluto a entrar en orden si yo le presentaba para el beneficio en cuestión; en lo cual él confiaba que no habría duda, por saber de cierto que carecía yo de otra persona a quien proponer y por no poder yo olvidar las intenciones de mi venerable padre. Con dificultad me censurará usted por haberme negado a satisfacer esa petición. Su resentimiento fué proporcional a lo calamitoso de sus circunstancias, y sin duda fué tan violento en ultrajarme ante los otros como en sus reproches directos a mí. Tras del suceso acabóse toda apariencia de relación entre los dos. Ignoro cómo vivió. Pero el último verano llegó él muy penosamente a mi noticia.

»Tengo que mencionar a usted ahora una circunstancia que yo mismo querría olvidar y que no menor obligación que la actual podría inducirme a descubrir a ningún humano viviente. Habiendo hablado tanto no dudo de su secreto de usted. Mi hermana, que tiene más de diez años menos que yo, quedó bajo la custodia de mi madre, el coronel Fitzwilliam y yo. Hace cerca de un año salió del colegio y se instaló en Londres, y el verano último fué, con la señora que la dirigía, a Ramsgate, y allí fué también el señor Wickham, a no dudarlo de propósito, porque se probó que había mediado relación anterior entre él y la señora Younge, sobre cuyo carácter habíamos sido por desgracia

engañados; y con la complicidad de ésta y su ayuda dedicóse aquél a Georgiana, cuyo tierno corazón, como de niña, se impresionó con fuerza por la amabilidad que él le demostraba; tanto, que se creyó enamorada y consintió en fugarse. No tenía entonces sino quince años, lo cual habrá de servirle de excusa; y tras de declarar su intención, me complazco en añadir que debí a ella misma el conocimiento del plan. Me reuní con ellos inesperadamente un día o dos antes de la proyectada fuga, y entonces Georgiana, incapaz de soportar la idea de afligir y ofender a un hermano a quien casi consideraba como padre, me comunicó todo. El velar por el crédito y los sentimientos de mi hermana me vedaron dar un escándalo público; pero escribí al señor Wickham, quien abandonó al punto aquel sitio, y la señora Younge fué, como es natural, destituída de su cargo. La principal mira del señor Wickham era sin duda la fortuna de mi hermana, consistente en treinta mil libras; mas no puedo dejar de sospechar que la esperanza de vengarse de mí fuese otro poderoso estímulo. En verdad que habría sido venganza completa.

»Esta es, señorita, la fiel narración de cuantos hechos se han referido a ambos; y si no la rechaza usted en absoluto, espero que me descargue en adelante del pecado de crueldad contra el señor Wickham. No sé ahora de qué modo, bajo qué forma de falsedad se ha impuesto a usted; pero no hay que maravillarse de su buen éxito, ya que ignoraba usted todo lo concerniente a los dos. El

averiguarlo no estaba al alcance de usted y a sospecharlo no se sentía usted inclinada.

»Es posible que extrañe usted no haberle yo revelado todo esto la noche pasada; mas entonces no era lo suficiente dueño de mí mismo para discernir lo que podía y debía revelar. De la verdad de cuanto aquí he contado puedo apelar en particular al testimonio del coronel Fitzwilliam, quien por nuestro próximo parentesco y constante intimidad, y aun más como uno de los ejecutores testamentarios de mi padre, ha sido inevitablemente enterado de todos los detalles de estas transacciones. Si el odio de usted hacia mí dejara sin valor mis aseveraciones, no puede verse usted impedida por idéntica causa de confiar en mi primo, y ahora puede darse ocasión de consultarle. Trataré de encontrar oportunidad para poner esta carta en manos de usted en el curso de esta mañana. Sólo quiero añadir que Dios la bendiga a usted.

»Fitzwilliam Darcy.»

CAPITULO XXXVI

Si Isabel no esperaba, cuando Darcy le dió la carta, que contuviese renovación de sus ofrecimientos, tampoco había formado idea de qué otra cosa podía contener; mas tal como era, puede suponerse cuán vivamente la impresionó y qué contrarias opiniones vino a suscitarle. Con dificultad podrían

definirse sus sentimientos al leer la carta. Al principio pensó con extrañeza que sólo pretendía excusarse del modo que le era posible, hallándose persuadida firmemente de que no podía dar explicación ninguna que un sentido conveniente de decoro no debiera ocultar. Con gran dosis de prejuicio contra cuanto pudiera decir empezó a leer la relación de lo ocurrido en Netherfield. Leíalo con rapidez tal que con dificultad podía comprenderlo, y por su impaciencia en saber lo que la frase siguiente decía era incapaz de entender el sentido de la que tenía ante sus ojos. Desde luego reputó falsa la creencia en la insensibilidad de su hermana, y la lectura de lo capital, o sea sus objeciones al casamiento, le molestaron demasiado para dignarse hacerles justicia. No manifestaba él sentimiento por lo que había realizado de modo que pudiera agradar a ella, y su estilo no revelaba contrición, sino altanería. Todo allí era orgullo e insolencia.

Mas cuando siguió con lo referente a Wickham, al leer, ya con mayor atención, un relato de esos hechos que, de ser verídico, había de destruir toda opinión favorable sobre aquél, relato que guardaba tanta afinidad con la historia contada por el mismo Wickham, sus sentimientos fueron todavía más penosos y más difíciles de definir; oprimíanla asombro, recelo y aun horror. Ansiaba desmentirlo por entero, exclamando repetidas veces: «¡Eso tiene que ser falso, eso no puede ser! ¡Eso ha de ser la mayor de las falsedades!»; y cuando hubo recorrido la totalidad de la carta, aun sin conocer

apenas nada de la última página, o de las dos últimas, retiróla con prontitud, protestando que no la miraría, que no la quería volver a ver más.

En semejante estado de perturbación mental, con pensamientos que no podían detenerse un momento, siguió paseando; al cabo de medio minuto sacó de nuevo la carta y, sobreponiéndose como le fué dado, comenzó otra vez la mortificante lectura de lo relativo a Wickham, imponiéndose a sí misma hasta examinar el sentido de cada frase. Lo referente a su relación con la familia de Pemberley era exactamente lo mismo que aquél había dicho, y lo de la bondad del último señor Darcy, aunque antes no sabía Isabel a qué se había extendido, convenía también con sus propias palabras. Cuanto Wickham había expuesto sobre su beneficio estaba fresco en su memoria, y al recordar las mismas palabras que pronunciara fuéle imposible no comprender que había doblez de una parte o de otra, lisonjeándose por breves instantes de que sus deseos no la engañaban. Pero cuando leyó y releyó con la máxima atención las particularidades que siguieron a continuación de haber rehusado Wickham sus pretensiones al beneficio, el hecho de recibir a cambio del mismo suma tan considerable como tres mil libras, vióse de nuevo obligada a dudar. Retiró la carta, pesó todas las circunstancias con lo que le parecía imparcialidad y meditó sobre las probabilidades de sinceridad de cada relato, mas con escaso éxito; por ambos lados no había sino afirmaciones. De nuevo siguió leyendo; mas cada línea

probaba con mayor claridad que el asunto de que ella juzgara que de ninguna traza podía exponerse que hiciera menos infame la conducta de Darcy en el mismo era susceptible de ser explicado de modo que dejara a éste por completo exento de censura en su totalidad.

Lo del desorden y la perversidad general que Darcy no vacilaba en poner como cargo a Wickham enfadóle en grande, tanto más cuanto que el primero no podía aportar prueba de su injusticia. Jamás había oído hablar de él antes de su ingreso en la milicia del condado, en la cual había entrado a persuasión de un joven que al encontrarse con él por casualidad en la capital había renovado con el mismo un superficial conocimiento. De su antiguo modo de vivir nada se sabía en el condado de Hertford sino lo que él mismo había contado. En cuanto a su verdadero carácter, aunque en manos de ella había estado informarse, nunca había sentido deseos de descubrirlo: su aspecto, acento y modales habíanle colocado de una vez en posesión de todas las virtudes. Trató de recordar alguna prueba de bondad, algún rasgo especial de integridad o benevolencia capaz de librarle de los ataques de Darcy, o por lo menos que, en gracia de la virtud que revelara, le compensase de aquellos errores circunstanciales entre los cuales pretendía colocar lo descrito por Darcy como pereza y como vicios arraigados de antiguo. Pero no surgió semejante recuerdo. Podíaselo representar al instante con todo el encanto de su aire y de su atavío; mas no recor-

dar otras cosas más substanciales, fuera de la general estimación por parte de la vecindad y la consideración que su trato social le había granjeado entre sus camaradas. Después de detenerse en ese punto bastante tiempo continuó con la lectura. Pero, ¡oh!, la historia que seguía de sus planes sobre la señorita de Darcy recibió alguna confirmación con lo sucedido entre el coronel Fitzwilliam y ella en la mañana anterior; y al final se hacía referencia, para probar la verdad de todas las particularidades, al propio coronel, de quien había ella recibido noticias anticipadas sobre su intervención en todos los asuntos de su primo y cuya veracidad no tenía motivo a poner en entredicho. Casi resolvió recurrir a él; mas semejante resolución fué contenida por la grosería que implicaba el hacerlo y rechazada al cabo por completo por el convencimiento de que Darcy no se habría arriesgado jamás a proponerla sin poseer s eguridad completa de la corroboración de su primo.

Recordaba a la perfección cuanto habían hablado Wickham y ella en su primer coloquio en casa del señor Philips; muchas de sus expresiones estaban aún frescas en su memoria. Ahora notaba lo impropio de tales confidencias a una persona extraña y se admiraba de no haberlo notado antes. Veía la falta de delicadeza que implicaba el ponerse en evidencia como él había hecho, y la diferencia entre sus aseveraciones y su conducta. Recordaba que se había jactado de no temer ver a Darcy, de que éste tendría que abandonar el campo, pero que él per-

manecería en su sitio; mas huyendo no obstante del baile de Netherfield en la misma semana siguiente. También recordaba que hasta haber abandonado el campo la familia de Netherfield no había él referido su historia sino a ella, mientras que tras la marcha de aquélla habíase hablado de semejante historia por doquiera, que ya en esta ocasión no usaba reservas ni escrúpulos en rebajar el carácter de Darcy, por más que con anterioridad le asegurara que el respeto al padre le vedaría siempre dar a conocer al hijo.

¡Cuán diferente le parecía ahora todo cuanto se refería a él! Sus atenciones a la señorita de King semejaban ahora consecuencia de miras pura y odiosamente interesadas, y la mediocridad de fortuna que ella propia poseía ya no aparecía como prueba de la moderación de sus deseos, sino de su viveza para pescar algo. Su proceder con ella no podía haber tenido motivo aceptable: o se había engañado en cuanto a su fortuna o había tratado de lisonjear su propia vanidad alimentando la preferencia que ella le mostrara incontinenti. Todo esfuerzo en su favor se debilitaba más y más; y, como mayor justificación de Darcy, no pudo menos de conceder que Bingley, al ser interrogado por Juana, había testimoniado hacía ya tiempo la inocencia de aquél en ese asunto; que por más orgulloso y repulsivo que fuera, nunca, en todo el curso de su relación con él—relación que últimamente los había tenido juntos mucho, proporcionándole a ella cierta intimidad con su modo

de ser—, jamás había visto nada que le delatase como falto de principios ni como injusto, nada que le mostrara irreligioso o de hábitos inmorales; que entre sus propias relaciones era apreciado y querido; que hasta Wickham le había reconocido méritos como hermano, y ella misma le había oído hablar a menudo de su hermana con afecto tal que probaba ser él capaz de algún sentimiento tierno; que si sus acciones hubieran sido como Wickham las pintaba, violación tan grande de todos los derechos con dificultad se habría ocultado a todo el mundo; y que la amistad entre una persona capaz de eso y hombre tan amable como Bingley era incomprensible.

Llegó a avergonzarse por completo de sí misma. Ni en Darcy ni en Wickham podía pensar sin reconocer que había estado ciega, parcial, absurda y llena de prejuicios.

«¡Con qué bajeza he obrado—exclamó—, yo que me enorgullecía de mi discernimiento! ¡Yo que me preciaba de mi talento, que tantas veces he desdeñado el generoso candor de mi hermana y halagado mi vanidad con recelos inútiles o censurables! ¡Qué humillante es este descubrimiento!; pero ¡cuán merecida es esta humillación! Si me hubiera hallado enamorada no habría podido estar más desdichadamente ciega. Pero la vanidad, no el amor, ha sido mi locura. Complacida con la preferencia del uno y ofendida por el desprecio del otro, me he dado desde el principio de nuestra relación a la presunción y a la ignorancia, huyendo

de la razón cuando se trataba de cualquiera de ambos. Hasta este momento no me he conocido.»

De sí misma a Juana, de Juana a Bingley, sus pensamientos recorrían un camino que pronto condujo a recordarle que la explicación del asunto de aquéllos por Darcy le había parecido muy insuficiente, y la leyó de nuevo. Muy diverso fué el efecto de esta segunda lectura. ¿Cómo podía negar crédito a sus aseveraciones en uno de los puntos si se había visto forzada a concedérselo en el otro? Declaraba Darcy haber sospechado siempre que su hermana no estaba interesada, y no podía Isabel menos de recordar cuál había sido siempre la opinión de Carlota. Ni podía tampoco negar exactitud a su descripción de Juana; sabía que los sentimientos de ésta, aunque fervientes, habían sido poco exteriorizados y que denotaban siempre complacencia en aire y maneras, cosa no a menudo unida con gran sensibilidad.

Cuando llegó a la parte de la carta en que se mencionaba a su familia en términos tan mortificantes y hasta censurables, su sentimiento de vergüenza fué intenso. La justicia de los cargos le hería con sobrada fuerza para negar, y las circunstancias a que él aludía en particular como ocurridas en el baile de Netherfield, y que explicaban la desaprobación, no pudieron haber producido en él mayor impresión que en ella.

El cumplido dirigido a ella y a su hermana no le pasó inadvertido. Lisonjeóle, mas sin poder consolarla, por el desprecio que del mismo se seguía

para el resto de la familia; y al considerar que los disgustos de Juana habían sido en realidad obra de sus más inmediatos parientes, y al reflexionar cuán naturalmente dañado había de quedar el crédito de ambas por semejantes inconveniencias de conducta, sintióse oprimida más allá de los límites de cuanto antes había conocido.

Después de vagar dos horas a lo largo del camino, dando vueltas a toda la diversidad de sus pensamientos, volviendo a considerar los hechos, determinando posibilidades y reconciliándose cuanto le fué dado con tan repentino e importante cambio, la fatiga y el recuerdo de lo largo de su ausencia hiciéronle por fin tornar a casa, y en ella entró ansiando parecer alegre como siempre y resuelta a reprimir reflexiones que habrían de inhabilitarla para la conversación.

Se le participó en seguida que los dos caballeros de Rosings habían hecho su visita durante su ausencia; Darcy, sólo por breves instantes, para despedirse; pero que el coronel Fitzwilliam había pasado con ellos lo menos una hora, esperando que regresase y casi resolviendo ir tras ella hasta que la encontrara. Isabel apenas pudo afectar sentimiento en perderlo; en realidad se regocijaba de ello. El coronel Fitzwilliam ya no era un atractivo: no podía pensar sino en su carta.

CAPITULO XXXVII

Ambos caballeros abandonaron Rosings a la mañana siguiente, y habiendo Collins estado a la espera cerca de la portería para hacerles el saludo de despedida, pudo traer a casa la grata noticia de que parecían estar buenos y con ánimo tan regular como podía esperarse tras la melancólica escena últimamente habida en Rosings. A Rosings se apresuró a ir él, pues, para consolar a lady Catalina y a su hija, y a su regreso trajo, con gran satisfacción, un mensaje de Su Señoría relativo a que se hallaba tan triste que deseaba mucho tenerlos a todos a comer consigo.

Isabel no pudo ver a lady Catalina sin recordar que, a querer ella, habría sido presentada a la sazón a la misma como su sobrina futura, ni pensar sin sonreírse en cuál habría sido la indignación de Su Señoría. «¿Qué habría dicho? ¿Qué habría hecho?» He aquí las preguntas con que se entretuvo.

El primer tema que se tocó fué la disminución de la tertulia de Rosings.

—Aseguro a ustedes que lo siento mucho—dijo lady Catalina—; creo que nadie siente la pérdida de los amigos como yo. Pero, además, ¡soy tan especialmente afecta a esos jóvenes y los tengo por tan afectos en igual grado a mí! Estaban tristísimos al marcharse; pero así lo hacen siempre. El querido coronel tuvo regulares ánimos hasta el final; pero Darcy revelaba sentirlo muy honda-

mente; más, a mi juicio, que el año pasado. A no dudar, crece su afecto a Rosmgs.

Collins tuvo un cumplido y una alusión para eso, a los que sonrieron amablemente la madre y la hija.

Lady Catalina observó después de la comida que la señorita de Bennet parecía distraída, y explicándoselo al punto por sí sola con suponer que no le gustaba volver a casa de sus padres tan pronto, díjole:

—Si ése es el caso, tiene usted que escribir a su madre que le permita permanecer aquí algo más. Segura estoy de que la señora de Collins se verá muy satisfecha en su compañía.

—Agradezco mucho a Vuestra Señoría tan amable invitación—replicó Isabel—, pero no puedo aceptarla. Tengo que estar en la capital el próximo sábado.

—¡Cómo! Según eso, habrá estado usted aquí sólo seis semanas. Esperaba que estuviera dos meses; así lo dije a la señora de Collins antes de venir usted. No puede haber motivo para irse tan pronto. La señora de Bennet podrá pasarse de seguro sin usted durante otra quincena.

—Pero a mi padre no le es posible. Me escribió la otra semana dándome prisa para mi regreso.

—¡Oh! Su padre desde luego podrá privarse de usted si su madre puede. Las hijas nunca son de tanta precisión para un padre. Y si quisiera usted estar todavía un mes completo podría llevarla a Londres, porque a principios de junio iré allí por

una semana; y como Danson no ha de negarse a ir en el pescante, quedará muy buen sitio para una de ustedes, y si el tiempo fuera fresco no habría de oponerme a llevarlas a ambas, ya que ninguna es gruesa.

—Sois todo bondad, señora; pero tenemos que seguir nuestro primitivo plan.

Lady Catalina pareció resignarse.

—Señora Collins, habrá usted de enviar una sirvienta con ellas. Ya sabe usted que siempre manifiesto mi opinión y que no puedo soportar la idea de dos jóvenes yendo solas en postas. Es cosa muy impropia; tiene usted que combinar el enviar a alguien. Lo que más me desagrada en el mundo es una cosa así. Las jóvenes deben permanecer siempre guardadas y atendidas en relación a su posición. Cuando mi sobrina Georgiana fué a Ramsgate el verano último hice hincapié en que tuviese dos criadas que fueran con ella. La señorita de Darcy, la hija del señor Darcy de Pemberley y de lady Ana, no podría presentarse decentemente de otro modo. Me fijo extraordinariamente en esas cosas. Tiene usted que enviar a John con las muchachas, señora de Collins. Me alegro de que se me haya ocurrido hacerlo presente, porque habría redundado en descrédito de usted el enviarlas solas.

—Mi tío está en enviar un criado para nosotras.

—¡Ah! ¿Su tío de usted? ¡Envía para eso un criado! ¿Lo hace? Pues celebro que tenga usted alguien que dé en eso. ¿Dónde encargará usted los caballos? ¡Oh!, a Brewley, desde luego. Si menciona

usted mi nombre en «La Campana» será usted atendida.

Lady Catalina tenía otras muchas preguntas que hacer sobre el viaje, y como no las contestaba todas por sí misma, tuvo Isabel que prestarle atención; lo cual juzgó una suerte, pues de otro modo, con una cabeza tan ocupada, habría olvidado dónde se hallaba. La meditación tenía que reservarla para las horas de soledad; cuando estaba aislada dábale entrada cual si fuese su mayor descanso; y no pasó un día sin un paseo solitario en que poderse proporcionar toda la delicia de sus recuerdos tristes.

La carta de Darcy estaba en camino de sabérsela de memoria. Estudiaba cada frase, y sus sentimientos hacia su autor eran a veces sumamente diversos. Al percatarse del tono en que se le dirigía henchíase de indignación; pero cuando consideraba con cuánta injusticia le había condenado y vituperado volvía la ira contra sí misma y los sentimientos tristes de aquél eran objeto de su compasión. El afecto que él le tenía excitaba su gratitud, y su modo de ser en general, respeto, mas no podía aceptarlo, y ni por un momento se arrepintió de su repulsa ni experimentó la menor inclinación a volverlo a ver. En su propia conducta anterior hallaba fuente perenne de enojo y desagrado, y en los malhadados defectos de su familia, motivo de la mayor tristeza. No cabía remedio para ella. Su padre se contentaba con reírse de sus hermanas menores y jamás ensayaba contener el impetuoso desbordamiento de las mis-

mas; y su madre, con modales tan alejados de lo debido, era por completo insensible al peligro. Isabel se había concertado a menudo con Juana para tentar de reprimir la imprudencia de Catalina y Lydia; pero mientras éstas estuvieran sostenidas por la indulgencia de su madre, ¿qué probabilidades había de mejora? La debilidad de ánimo de Catalina, irritable y sometida en absoluto a la dirección de Lydia, habíase sublevado siempre contra sus advertencias; y Lydia, voluntariosa y desenfadada, apenas les había dado oídos. Eran ambas ignorantes, perezosas y vanas. Mientras quedara un oficial en Meryton coquetearían con él, y mientras Meryton estuviera a corto paseo de Longbourn irían siempre.

Su ansiedad por Juana era otro asunto predominante; y la explicación de Darcy, al reponer a Bingley en su primitiva buena opinión, hacíale comprender mejor lo que Juana había perdido. Veíase que el afecto de él había sido sincero y su conducta libre de toda tacha, a no ser que se le atacase por su ciega confianza en su amigo. ¡Cuán triste le era, pues, el pensar que de situación tan apetecible por todos conceptos, tan llena de ventajas, tan prometedora de dichas, había sido privada Juana por la locura y carencia de decoro de su propia familia!

Cuando a esos recuerdos se añadía el del verdadero carácter de Wickham, con facilidad se podría haber creído que la bendita alegría que rara vez había faltado en ella, de tal manera se había trans-

formado, que le resultaba casi imposible aparecer pasaderamente contenta.

Las invitaciones a Rosings fueron tan frecuentes durante la última semana de su estancia como lo fueran al principio. La misma última velada la pasaron allí, y Su Señoría de nuevo interrogó al menudo sobre las particularidades de su viaje, dióles instrucciones sobre el modo mejor de arreglar los baúles, y de tal manera insistió en la necesidad de colocar los vestidos que tenía sólo por bueno, que María se creyó obligada a su regreso a rehacer todo el trabajo de la mañana y volver a hacer su baúl.

Cuando salieron, lady Catalina se dignó desearles feliz viaje, invitándolas a volver a Hunsford el año próximo, y la señorita de Bourgh se esforzó hasta el punto de hacer a ambas una inclinación y ofrecerles su mano.

CAPITULO XXXVIII

El sábado por la mañana Isabel y Collins se unieron para almorzar minutos antes de que los demás compareciesen, y él aprovechó la oportunidad para hacerle los cumplidos de despedida, los cuales juzgaba necesarios en absoluto.

—Ignoro, Isabel—le dijo—, si la señora de Collins te ha expresado en cuánto aprecia tu amabilidad por venir aquí; mas estoy bien seguro de que no abandonarás esta casa sin recibir por ello

su agradecimiento. Asegúrote que el favor que significa tu compañía se ha hecho bien notorio. Sabemos cuán poco hay aquí para que tiente a nadie nuestra humilde morada. Nuestro sencillo modo de vivir, nuestras reducidas habitaciones y escasos criados ha de hacer a Hunsford en extremo triste para una joven como tú; mas espero que nos creerás agradecidos por tu condescendencia, como también creerás que hemos hecho cuanto estaba en nuestro poder para impedir que pasase el tiempo desagradablemente.

Isabel fué expresiva al dar las gracias y al manifestarse satisfecha. Había pasado seis semanas de gran contento; y el placer de estar con Carlota y las amables atenciones que había recibido tenían que dejarla obligada. Collins lo celebró, y con solemnidad más sonriente respondió:

—Me proporciona el mayor gusto escuchar que no has pasado el tiempo con desagrado. Hemos procedido en verdad lo mejor que hemos podido; sobremanera afortunados nos hemos visto en haber podido presentarte en tan elevadísima sociedad; y por nuestra relación con Rosings y los frecuentes medios de variar la humilde escena doméstica creo que podemos lisonjearnos de no haber sido por completo enfadosa tu visita a Hunsford. Nuestra situación respecto a la familia de lady Catalina es en verdad extraordinaria ventaja y dicha de que pocos se podrán envanecer. Ya ves nuestra posición. Habré de reconocer que, con todas las desventajas de esta humilde abadía, no he de tener

compasión de nadie que venga aquí mientras siga nuestra intimidad con Rosings.

Las palabras eran insuficientes para la elevación de sus sentimientos, y vióse obligado a pasear por la pieza mientras Isabel trataba de maridar la cortesía y la verdad en escasas y cortas frases.

—Puedes, pues, llevar buenas noticias nuestras al condado de Hertford, querida prima. Al menos, me lisonjeo de que puedas hacerlo así. Testigo diario has sido de las grandes atenciones de lady Catalina para con la señora de Collins, y confío en absoluto en que tu amiga no te habrá parecido desgraciada. Mas en cuanto a esto, mejor será callar. Permíteme sólo asegurarte, querida Isabel, que muy de corazón te deseo igual felicidad en el matrimonio. Mi cara Carlota y yo no tenemos sino una sola mente y un solo modo de pensar. Hay en todo muy notables semejanzas de carácter y de ideas entre nosotros; parecemos haber sido designados el uno para el otro.

Isabel pudo de veras decir que debía darse gran dicha donde eso sucediese, y con igual sinceridad añadió que lo creía firmemente y que se regocijaba con sus felicidades domésticas; pero no obstante no lamentó ser interrumpida la relación de las mismas con la entrada de la dama que las proporcionaba. ¡Pobre Carlota! ¡Era triste dejarla en semejante compañía! Pero la había elegido a ojos abiertos; y aunque sintiendo a las claras que sus visitantes se marcharan, no parecía demandar compasión. Su hogar y su gobierno doméstico, su pa-

rroquia y su gallinero y los demás negocios anejos aun no habían perdido para ella sus encantos.

Al cabo, la silla de postas llegó, los baúles se cargaron, se acomodaron los paquetes y se dijo que todo quedaba listo. Tras afectuosa despedida entre las amigas, Isabel fué acompañada hasta el coche por Collins, quien mientras atravesaban el jardín le encargó sus afectuosos respetos para toda su familia, sin omitir su agradecimiento por las bondades de que fuera objeto en Longbourn durante el invierno, ni sus cumplidos para los señores de Gardiner, aun sin conocerles. Dióle la mano, María siguió, y estaba ya la portezuela para cerrarse cuando de repente les recordó Collins que habían olvidado hasta entonces encargar algo para las señoras de Rosings.

—Pero—añadió—de seguro desearéis que se transmitan a ellas vuestros humildes respetos con vuestro agradecimiento por su amabilidad con vosotros durante la estancia aquí.

Isabel no se opuso; la portezuela se cerró y partió el carruaje.

—¡Dios mío!—exclamó María tras algunos minutos de silencio—. No parece sino que hace un día o dos que llegamos, y, sin embargo, ¡cuántas cosas han ocurrido!

—Muchas, ciertamente—contestó su compañera con un suspiro—. Hemos comido nueve veces en Rosings, además de tomar allí el te dos veces. ¡Cuánto tengo que contar!

Y para sí añadió: «¡Y cuánto tendré que mantener oculto!»

El viaje se conllevó sin mucha conversación y sin ningún accidente, y a las cuatro horas de haber dejado Hunsford alcanzaron la casa de los Gardiner, donde iban a permanecer unos pocos días.

Juana parecía buena, e Isabel tuvo poca ocasión de estudiar su espíritu en medio de las numerosas invitaciones que la bondad de su tía había reservado para ellas. Pero Juana iba a ir en su compañía a Longbourn, y en este punto habr a vagar suficiente para la observación.

Entre tanto, no sin esfuerzo pudo esperar hasta Longbourn antes de contar a su hermana las proposiciones de Darcy. El saber que podía revelar lo que había de asombrar tanto a Juana, satisfaciendo al mismo tiempo su propia vanidad en cuanto no saliese de lo razonable, era tal tentación para franquearse, que nada la había vencido sino el estado de indecisión en que se hallaba sumida y lo largo de lo que tenía que contar, y además el temor de que si entraba en materia se viese precisada a repetir algo de Bingley, que sólo podría entristecer más a su hermana.

CAPITULO XXXIX

La segunda semana de mayo era cuando las tres muchachas partieron juntas de la calle de la Iglesia de la Merced para la ciudad de..., en el con-

dado de Hertford, y al llegar cerca de la posada donde había de encontrarse el coche del señor Bennet percibieron al punto, cual prueba de la puntualidad del cochero, que Catalina y Lydia estaban en acecho en un comedor del piso superior. Las dos llevaban cerca de una hora en ese punto, felizmente ocupadas en visitar a una modista de enfrente, en vigilar al centinela de guardia y en aderezar una ensalada de pepino.

Después de dar la bienvenida a sus hermanas mostráronles triunfalmente una mesa dispuesta con cuanta carne fría puede proporcionar por lo común la despensa de una posada, exclamando:

—¿No es eso precioso? ¿No es una sorpresa agradable?

—Suponemos que os regalaréis todas—añadió Lydia—; pero habréis de darnos el dinero, porque hemos gastado el nuestro en las tiendas de por aquí.

Y enseñando entonces sus compras añadió:

—Mirad, yo he comprado este sombrero. No creo que sea muy bonito; pero pensé que lo mismo podía comprarlo que no comprarlo; lo desharé en cuanto lleguemos a casa y veré si puedo convertirlo en algo mejor.

Y al tildarlo sus hermanas de feo, añadió aún, con indiferencia completa:

—¡Oh!, pues había en la tienda dos o tres mucho más feos, y si hubiera comprado algún satén de bonito color para adornarlo de nuevo creo que habría resultado regular. Por otra parte, no importa

mucho lo que una pueda llevar este verano después que la milicia del condado haya dejado Meryton, y se va dentro de quince días.

—¿De veras se va?—exclamó Isabel con la mayor satisfacción.

—Van a acampar cerca de Brighton, y por eso es preciso que papá nos lleve allí a todas este verano. Sería un plan delicioso, y atrévome a afirmar que, después de todo, apenas costaría nada. Mamá, de todas suertes, querría ir también. Sólo piensa en el triste verano que de otra manera tendremos.

—Sí—dijo Isabel—, sería un proyecto delicioso en verdad y por completo adecuado a nosotras. ¡Cielos! ¡Brighton y un campamento de soldados para nosotras, que hemos quedado ya trastornadas con un mísero regimiento de milicia y con los bailes mensuales de Meryton!

—Tengo algunas noticias para vosotras—dijo Lydia en cuanto se sentaron a la mesa—. ¿Qué es lo que creéis? Se trata de algo nuevo en absoluto, de noticia importantísima y relativa a cierta persona que a todas nos gusta.

Juana e Isabel se miraron, y se le dijo al criado que no se le necesitaba. Lydia rióse y dijo:

—¡Ah!, eso es muy propio de vuestra formalidad y discreción. ¿Pensáis que el criado no ha de escuchar si quiere? Me atrevo a apostar que oye con frecuencia peores cosas de las que os voy a comunicar. Pero es muy feo; me alegro de que se haya ido; jamás he visto una barba tan larga. Bien; pues ahora, a mis noticias; se refieren a nuestro caro

Wickham; demasiado buenas para el criado, ¿no es así? No hay que temer que Wickham se case con María King. Ahí lo tenemos para nosotras. Ella se ha ido a Liverpool a casa de su tía, y se ha ido para quedarse. ¡Wickham está en salvo!

—Y María King está en salvo también—añadió Isabel—; en salvo de una unión imprudente en cuanto a ventura.

—Muy loca es en irse si le quiere.

—Pero supongo que no habrá afecto por ningún lado—dijo Juana.

—Segura estoy de que no lo hay por parte de él; nunca le importó tres pitos de ella. ¿Quién podía cargar con cosita tan sucia y tan llena de pecas?

Isabel se escandalizó, pensando que, aunque incapaz de semejante grosería de expresión, la grosería del sentimiento que ella indicaba era bien poco distinta de la que su propio pecho había albergado e imaginado admisible.

Así que todas hubieron comido y las mayores pagado, pidieron el coche; y tras alguna discusión, toda la partida, con sus cajas, bolsas de trabajo y paquetes, y la mal recibida adición de las compras de Catalina y Lydia, se acomodaron en él.

—¡Qué bien embutidas vamos!—exclamó Lydia—. ¡Me alegro de haber comprado el sombrero sólo por el gusto de llevar otra caja de mano! Bien; vamos a ponernos cómodas y a charlar y reír en todo el camino hasta casa. Y en primer lugar oigamos lo que os ha ocurrido a vosotras desde que os fuisteis. ¿Habéis visto hombres agradables? Había

grandes esperanzas de que una de vosotras tuviera marido antes de regresar. Juana opino que pronto va a ser vieja, ¡casi tiene veintitrés años! ¡Señor, qué avergonzada estaré si no me he casado antes de los veintitrés!... No os podéis figurar lo que mi tía Philips necesita que os caséis. Dice que Isabelita habría hecho mejor en aceptar a Collins; pero me parece que eso no habría sido muy divertido. ¡Dios mío, cuánto me gustará casarme antes que vosotras! Y entonces os acompañaré a todos los bailes. ¡Ah queridas, qué diversión hemos tenido el otro día en casa del coronel Forster! Catalina y yo fuimos a pasar la velada allí—¡claro, la señora de Forster y yo somos tan amigas!—y convidaron a las dos de Harrigton a que fuesen; pero Enriqueta estaba enferma, y por eso Pen vióse forzada a ir sola; y entonces, ¿qué pensáis que hicimos? Vestimos de mujer a Chamberlayne, con propósito de que pasase por una señora; ¡imaginad qué diversión! Ni un alma lo supo, menos el coronel, la señora de Forster, Catalina y yo, con excepción de mi tía, porque nos vimos obligadas a pedirle prestado uno de sus vestidos; y no podéis figuraros lo bien que resultaba. Cuando Darcy, y Wickham, y Pratt, y dos o tres más de los hombres, llegaron, no le conocieron ni lo más mínimo. ¡Señor, cómo me reí! ¡Y lo mismo la señora de Forster! Creí morirme. Y eso hizo sospechar algo a los hombres, y pronto dieron en la cosa.

Con análogas historias de reuniones y chanzas trató Lydia, ayudada con las advertencias y adi-

ciones de Catalina, de divertir a sus compañeras durante todo el camino hasta Longbourn. Isabel escuchó lo menos que pudo; mas no se le escapó la frecuente mención del nombre de Wickham.

Su recibimiento en casa fué muy cariñoso. La señora de Bennet se regocijó de ver a Juana con no disminuída hermosura, y más de una vez durante la comida dijo de corazón el señor Bennet a Isabel:

—Me alegro de que hayas vuelto, Isabelita.

La reunión en el comedor fué numerosa, pues las de Lucas fueron a buscar a María y oír las noticias, y variados fueron los temas que las ocuparon. Lady Lucas interrogaba a María desde el otro lado de la mesa sobre el bienestar y el corral de su hija mayor; la señora de Bennet hallábase doblemente ocupada, recibiendo por un lado informaciones sobre las modas de actualidad de Juana, que estaba algo más abajo que ella, y volviéndose a darlas a la más joven de las señoritas de Lucas, por el otro; y Lydia, con voz más ruidosa que las demás, enumeraba los variados placeres de la mañana a cuantos la querían oír.

—¡Oh María!—dijo—, querría que hubieses venido con nosotras, ¡porque nos hemos divertido tanto! Cuando íbamos Catalina y yo solas cerramos todas las ventanillas, simulando que no iba nadie en el coche, y así habríamos ido todo el camino si ella no se hubiera puesto mala; y al llegar al «George» me parece que obramos lindamente festejando a las otras tres con el más delicado *lunch* frío del mundo, y si hubieras ido te habríamos rega-

lado a ti también. ¡Y al regresar nos divertimos tanto! Pensé que nunca habíamos ido en el coche. Estuve para morirme de risa. ¡Y nos encontrábamos tan alegres al venir hacia casa! Hablábamos y reíamos tan alto que se habría podido oírnos a diez millas.

A eso respondió con gravedad María:

—Lejos de mí, querida hermana, el despreciar esos placeres. Serán sin duda propios de la generalidad de los ánimos femeniles. Pero confieso que no habrían poseído encanto para mí; habría preferido con mucho un libro.

Mas de su contestación no oyó Lydia una palabra. Rara vez escuchaba a nadie arriba de medio minuto, y jamás prestaba atención a María.

Por la tarde Lydia propuso con insistencia ir a Meryton con los demás de la familia y ver cómo estaban todos; mas Isabel se opuso resueltamente al plan. No quería que se dijera que las señoritas de Bennet no podían permanecer en casa medio día sin perseguir a los oficiales. Y tenía otra razón para oponerse: temía ver a Wickham de nuevo, y resolvió evitarlo todo lo posible. Su satisfacción por aproximarse la partida del regimiento era en verdad sobre cuanto se puede decir. Iban a marcharse dentro de quince días, y una vez idos esperaba que nada le molestaría ya con noticias de él.

No llevaba muchas horas en casa antes de notar que el plan de Brighton, de que Lydia le había dado cuenta en la posada, se discutía a menudo entre sus padres. Isabel conoció pronto que su

padre no tenía la menor intención de ceder; pero sus contestaciones eran a la vez tan vagas y equívocas que su madre, aunque con frecuencia descorazonada, no había aún desesperado de salir al cabo con la suya.

CAPITULO XL

La impaciencia de Isabel por comunicar a Juana lo que le había ocurrido no pudo contenerse por más tiempo, y al fin, resolviendo suprimir toda particularidad que a su hermana se refiriese, y preparándola para la sorpresa, contóle a la mañana siguiente lo capital de su escena con Darcy.

El asombro de Juana se aminoró pronto gracias al fuerte afecto fraternal, que le hacía aparecer naturalísimo cuanto fuera admiración por Isabel, y la sorpresa se cambió en otros sentimientos. Dolíase de que Darcy hubiera manifestado los suyos de modo tan poco a propósito para recomendarse; pero todavía le apenaba más el pesar que la repulsa de su hermana tenía que haberle causado.

—Fué un error el creerse tan seguro del éxito —dijo—, y es evidente que no debía aparentarlo; ¡pero considera cuánto más ha tenido que aumentar eso su disgusto!

—Verdad—repuso Isabel—; lo siento de corazón por él; mas abriga él otros sentimientos, que probablemente le harán olvidar su afecto hacia mí.

Pero, díme: ¿me censuras por haberle rechazado?

—¡Censurarte! ¡Oh!, no.

—Y ¿me censuras por haber hablado de Wickham con tanto calor?

—No; no creo que obraras mal en decir lo que dijiste.

—Pero lo creerás cuando te haya dicho lo que ocurrió al día siguiente.

Entonces le habló de la carta, repitiéndole la totalidad de su contenido en cuanto se refería a Jorge Wickham. ¡Qué golpe fué éste para la pobre Juana!; ¡para Juana, que habría recorrido el mundo sin sospechar que en toda la raza humana existiera tanta maldad como aparecía allí reunida en un individuo! Ni aun la vindicación de Darcy, aunque tan grata a sus sentimientos, bastaba a consolarla de un descubrimiento semejante. Con mucho ardor dióse a defender las probabilidades de error, tratando de purificar al uno sin envolver al otro.

—Eso no lo conseguirás—díjole Isabel—; nunca podrás dar por buenos a los dos. Haz lo que quieras; pero sólo te habrá de satisfacer uno. Entre ambos no suman sino cierta cantidad de méritos, justos los precisos para hacer un hombre bueno; y desde antiguo se ha tergiversado eso bastante. Por mi parte, me inclino a creer todo lo de Darcy; mas tú harás lo que gustes.

Pasó algún tiempo antes de que pudiera brotar de Juana una sonrisa.

—No sé qué me ha sorprendido más—dijo al cabo—. ¡Wickham tan rematado! Casi no se puede

creer. ¡Y pobre señor Darcy! ¡Querida Isabel, no pienso sino en lo que habrá sufrido! ¡Qué disgusto! ¡Y conocer además tu mala opinión de él! ¡Y tener que contar tales cosas de su hermana! ¡Es cosa en verdad demasiado angustiosa! Bien segura estoy de que tú lo creerás así.

—¡Oh!, no; mi pena y mi compasión han desaparecido al verte tan colmada de ambas cosas. Sé que le harás completa justicia y que cada vez me veré yo más libre e indiferente. Tu plétora de todo eso me salva, y si sigues lamentándote de él, mi corazón quedará tan ligero como una pluma.

—¡Pobre Wickham! ¡Hay tal aspecto de bondad en su porte, tal franqueza en sus modales!

—Es evidente que hubo muy mal manejo en la educación de esos dos muchachos. El uno acaparó toda la bondad y el otro toda la apariencia de ella.

—Jamás tuve a Darcy por tan falto de buenas apariencias como tú has solido.

—Y con todo, me creía muy sagaz cuando sin motivo me desagradaba tanto. Hay cierto aguijón para todos, cierto prurito de burla que nos hace sentir desagrados de esa especie. Puédese estar siempre injuriando sin decir nada que sea justo; pero no se puede estar siempre riéndose de un hombre sin dar de vez en cuando con algo chistoso.

—Estoy segura, Isabel, de que al leer la carta por primera vez no habrías tratado del asunto como ahora lo haces.

—Cierto que no me habría sido posible. Estaba

bastante resentida y me tenía por desgraciada. ¡Y no tener entonces a nadie a quien revelar mis sentimientos, ni a Juana, para que me consolara y me dijera que no había sido yo tan débil, vana y absurda como yo me reconocía! ¡Oh, cuánto te eché de menos!

—¡Qué lástima que usaras expresiones tan fuertes hablando de Wickham a Darcy, ya que ahora las juzgas por completo inmerecidas.

—Es verdad; pero la desdicha de expresarme con amargura fué consecuencia naturalísima de los prejuicios que había ido alimentando. Hay un punto en que requiero tus consejos. Necesito que me digas si debo o no dar a conocer a nuestras relaciones en general el modo de ser de Wickham.

Juana meditó un rato y dijo después:

—A buen seguro que no hay motivo para mostrárselo como tan terrible. ¿Cuál es tu opinión?

—Que no debo hacerlo. El señor Darcy no me ha autorizado para hacer pública su información. Por el contrario, todas las particularidades referentes a su hermana parecían reservadas en lo posible para mí; y por otra parte, si tratase de desengañar a la gente en cuanto a lo restante de su conducta, ¿quién me creería? El prejuicio general contra Darcy es tan fuerte que sería la muerte de la mitad de las buenas gentes de Meryton el tratar de ponerle en buen lugar. No sirvo para eso. Wickham se irá pronto, y por eso a nadie diré lo que es en puridad. De aquí a algún tiempo todo se sabrá, y entonces podremos reírnos de la necedad

de la gente por no haberlo conocido antes. Por ahora nada diré de eso.

—Tienes mucha razón. El publicar sus yerros podría arruinarle para siempre. Acaso se arrepienta ahora de lo que hizo y ansíe reivindicar su buena fama. No debemos hacer que se desespere.

El tumulto de la mente de Isabel se apaciguó con este coloquio. Habíase descargado de uno de los dos secretos que habían pesado sobre ella durante quince días, y estaba segura de encontrar en Juana quien la escuchase de grado cuando quisiese hablar algo sobre ello. Mas ocultaba todavía algo que la prudencia vedaba descubrir. No osaba revelar a su hermana la otra mitad de la carta ni decirle con cuánta sinceridad había sido amada por su amigo. Era ése un conocimiento suyo que con nadie podía compartir, y sabía que sólo un completo acuerdo entre las partes podría justificar que se descargase ella de ese último secreto. «Y aun entonces—se decía—sólo podría contar lo que Bingley mismo le podría manifestar de modo más grato. ¡La libertad de comunicar ese secreto no puedo obtenerla sino hasta que haya perdido todo su valor!»

Por entonces, encontrándose fija en casa, hallábase en situación de observar el verdadero estado de ánimo de su hermana. Juana no era feliz; conservaba todavía muy tierno afecto hacia Bingley. No habiéndose juzgado jamás antes enamorada, su afecto poseía todo el fuego de un amor primero, y, por su edad y su modo de ser, aun con mayor

firmeza que los primeros amores suelen mostrar; y así, apreciaba tanto el recuerdo de Bingley y le prefería tanto a cualquier otro hombre, que se requerían todo su buen sentido y toda su atención a los sentimientos de los suyos para moderar aquellos recuerdos, que habrían de ser perjudiciales a su propia salud y a la tranquilidad de los otros.

—Bien, Isabel—dijo un día la señora de Bennet—, ¿cuál es *ahora* tu opinión sobre el triste asunto de Juana? Por mi parte, estoy resuelta a no volver a hablar del mismo a nadie. Así se lo dije el otro día a mi hermano Philips. Mas no puedo creer que Juana no le viese en Londres. Sí, sí; es un muchacho bien indigno, y no me figuro que haya al presente la menor probabilidad de que ella lo consiga. No se habla de que vuelva a Netherfield este verano, y eso que he preguntado a cuantos pueden estar enterados.

—No espero que viva más en Netherfield.

—¡Ah, bien!; eso es justamente lo que le cumple hacer. Nadie necesita que venga. Aunque yo siempre diré que se ha portado en extremo mal con mi hija; y si yo estuviera en el lugar de ésta no se lo habría aguantado. Bien; mi consuelo estriba en la seguridad de que Juana morirá del corazón, y entonces él se apenará por lo que ha hecho.

Mas como Isabel no podía recibir consuelo con esperanzas por el estilo, no contestó.

—Bien, Isabel—continuó su madre—; y los Collins ¿viven muy confortablemente, no es así? Bien, bien; espero que eso siga. Y ¿qué tal mesa

disfrutan? Tengo a Carlota por excelente administradora. Si es la mitad de lista que su madre, ya ahorrarán bastante. Supongo que no habrá nada de prodigalidad en su gobierno doméstico.

—Nada en absoluto.

—Gran parte del arreglo depende de eso. Sí, sí; cuidarán de no sobrepasar sus ingresos; nunca se apurarán por falta de dinero. Bien; ¡muy dichosos pueden ser! Y supongo que hablarán a menudo de poseer Longbourn cuando haya muerto tu padre, que lo considerarán suyo en cuanto eso suceda.

—Ese es un punto que jamás tocaban ante mí.

—Claro; habría sido raro que lo hicieran; mas no abrigo duda de que lo hablarán a menudo entre sí. Bien; si les es posible quedarse contentos con un estado que legalmente no es suyo, mejor. Yo estaría avergonzada de poseer uno que estuviera vinculado sólo para mí.

CAPITULO XLI

La primera semana tras el regreso de las muchachas pasó pronto y comenzó la segunda. Era la última de la permanencia en Meryton del regimiento y todas las jóvenes de la vecindad languidecían rápidamente; la tristeza era casi general. Sólo las mayores de las de Bennet eran capaces de comer, beber y dormir: de seguir el acostumbrado curso de la vida. Con gran frecuencia veíanse censuradas por su insensibilidad por Catalina y Lydia, cuya

tristeza era extremada y que no podían comprender tal dureza de corazón en nadie de su familia.

—¡Dios mío!, ¿qué va a ser de nosotras? ¿Qué vamos a hacer?—exclamaban a menudo, en medio de la amargura de su dolor—. ¿Cómo puedes sonreírte, Isabel?

Su cariñosa madre participaba de su pesar; recordaba que también había sufrido en una ocasión semejante, veinticinco años atrás.

—Recuerdo—decía—que lloré dos días seguidos cuando se fué el regimiento del coronel Miller; pensaba que mi corazón iba a estallar.

—Segura estoy de que estallará el mío—dijo Lydia.

—¡Si una pudiera ir a Brighton!—exclamó la señora de Bennet.

—¡Oh, sí!; ¡si pudiera ir una a Brighton! ¡Pero papá es tan desagradable!

—Unos baños de mar me repondrían para siempre.

—Y mi tía Philips está segura de que a mí me probarían muy bien—añadió Catalina.

Tal era el género de lamentaciones que resonaban de continuo en la casa de Longbourn. Isabel trataba de apartarse de todos ellos; pero el placer del apartamiento se le tornaba sentimiento de vergüenza: de nuevo conocía la justicia de las objeciones de Darcy, y nunca como ahora se había hallado dispuesta a perdonar sus intromisiones en los proyectos de su amigo.

Pero la tristeza de las perspectivas de Lydia

pronto se disipó, porque recibió una invitación de la señora de Forster, la esposa del coronel del regimiento, para acompañarla a Brighton. Esa inapreciable amiga de Lydia era señora muy joven y estaba casada desde hacía poco. La semejanza en el buen humor había hecho que simpatizaran entre sí, y a los tres meses de relación ya habían intimado las dos.

El entusiasmo de Lydia en esta ocasión, la adoración que mostró por la señora de Forster, así como la satisfacción de la de Bennet y lo mortificada que se sintió Catalina, son cosas que apenas pueden describirse. Inatenta por completo a los sentimientos de su hermana, Lydia voló por la casa en verdadero éxtasis, pidiendo a todas enhorabuena, riendo y hablando con más violencia que de ordinario, mientras la infortunada Catalina continuaba en el salón lamentándose de su suerte en términos bien poco razonables y expuestos en tono de mal humor.

—No sé por qué la señora de Forster no me convida a mí como a Lydia—decía—, aunque ésta sea su amiga particular. Tengo el mismo derecho que ella a ser convidada, y aun mejor, porque tengo dos años más que ella.

En vano procuró Isabel que entrase en razón, y en vano también Juana pretendió que se resignase. En cuanto a aquélla, la mencionada invitación estuvo tan lejos de excitarle idénticos sentimientos que a su madre y a Lydia, que la consideró como prueba de que cesaba la posibilidad de sen-

tido común en ésta; y por lo malísima que para la misma podía resultar, no pudo menos de pedir a su padre que no la dejase ir. Hízole presente las inconveniencias de la conducta general de Lydia, las escasas ventajas que podía obtener con la amistad de una mujer como la señora de Forster, y la posibilidad de que con semejante compañía fuese aquélla todavía más imprudente en Brighton, donde las tentaciones habían de ser mayores que en casa. El la escuchó con atención y le dijo:

—Lydia no estará tranquila hasta que se exhiba en un sitio u otro, y nunca podremos esperar que lo haga con tan poco gasto o sacrificio para su familia como en las presentes circunstancias.

—Si conocieras—díjole Isabel—los grandes daños que a todos nosotros puede acarrear lo que el público diga sobre el proceder inconsiderado e imprudente de Lydia, y aun los que nos ha acarreado ya, segura estoy de que juzgarías la cuestión de modo muy diferente.

—¡Que ya os los ha acarreado!—repitió el señor Bennet—. Qué, ¿ha ahuyentado ella a alguno de tus pretendientes? ¡Pobre Isabelita! Pero no te descorazones. Esos jóvenes delicados que no pueden estar en relación con un pequeño absurdo no valen la pena. Ven, hazme conocer la lista de los piadosos muchachos que hay huidos por las locuras de Lydia.

—Estás muy equivocado. No experimento esos daños. No me quejaba de peligros particulares, sino de los generales. Nuestro crédito, nuestra respeta-

bilidad en el mundo habrán de resentirse por la ligereza extremada, el descoco y el desdén de todo freno que constituyen el carácter de Lydia. Perdona, pero me tengo que explicar por extenso. Si tú, querido padre, no quieres tomarte el cuidado de reprimir su natural y de enseñarle que sus actuales anhelos no han de ser la ocupación de su vida, pronto estará lejos de poder enmendarse. Su carácter se afirmará, y a los diez y seis años será la más redomada coqueta y pondrá en ridículo para siempre a ella misma y a su familia; coqueta, además, de la peor clase, sin atractivo ninguno fuera de su juventud y regulares prendas físicas; ignorante y de entendimiento vacío; incapaz de reparar en lo más mínimo el universal desprecio que suscitará su ansia de ser admirada. En peligro análogo se encuentra también Catalina, quien seguirá adonde Lydia la guíe: vana, ignorante, perezosa y en extremo libre. ¡Oh querido padre!, ¿puedes suponer que no serán las dos censuradas y menospreciadas dondequiera que sean conocidas, y que no envolverán en su desgracia a sus demás hermanas?

El señor Bennet se percató de que Isabel ponía toda su alma en el asunto, y tomándole afectuosamente la mano díjole por vía de contestación:

—No te intranquilices, amor mío. En cualquier sitio en que Juana y tú seáis conocidas habréis de ser respetadas y queridas; y no pareceréis menos aventajadas por tener dos, o acaso pueda decir tres, hermanas muy necias. No tendremos paz en Lougbourn si Lydia no va a Brighton. Déjala, pues.

ir. El coronel Forster es un hombre sensato y la librará de todo daño; y ella es, por dicha, sobrado joven para ser objeto de la rapiña de nadie. En Brighton tendrá menos importancia que aquí como coqueta; los oficiales encontrarán mujeres que valgan más a sus ojos. Esperemos, pues, que su estancia allí le haga conocer su propia insignificancia. De todas suertes, no cabe que empeore en muchos grados sin autorizarnos para encerrarla bajo llave por el resto de su vida.

Con esta respuesta se vió obligada Isabel a contentarse; pero su opinión personal continuó siendo la misma, y se separó de su padre disgustada y triste. No estaba, con todo, en su modo de ser el acrecer sus disgustos insistiendo en ellos. Confiaba en haber representado su papel, y no era para ella el destruir males inevitables o aumentarlos con su ansiedad.

Si Lydia o su madre hubieran conocido la substancia de su confidencia con su padre, la indignación de ambas no habría hallado adecuada expresión, dada su común volubilidad. En la imaginación de Lydia, una visita a Brighton reunía cuanto puede constituir la felicidad terrena. Con la creadora mirada de su fantasía veía las calles de aquella alegre playa de baños plagadas de oficiales; veíase a sí misma como objeto de la atención de docenas y más docenas de ellos, al presente desconocidos. Imaginábase en las glorias del campamento, con tiendas extendidas con bella uniformidad de líneas y llenas de jóvenes alegres, des-

lumbrantes de color carmesí; y para completar el cuadro, reconocíase a sí propia sentada junto a una de dichas tiendas, coqueteando tiernamente lo menos con seis oficiales a la vez.

A saber que su hermana intrigaba para arrebatarle tales perspectivas, tales realidades, ¿cuáles habrían sido sus sentimientos? Sólo su madre los podría entender; su madre, que casi experimentaba lo mismo que ella. La ida de Lydia a Brighton era todo cuanto la consolaba de la melancólica convicción de que su marido jamás iría allí.

Mas ambas ignoraban en absoluto lo que había pasado; y así, sus transportes continuaron hasta el día mismo en que Lydia abandonó la casa.

Isabel iba a ver ahora a Wickham por última vez. Como había estado con frecuencia en su compañía desde que regresara, la agitación habíasele calmado bastante; y en cuanto a lo relativo a su interés por él, eso había desaparecido en absoluto. Había aprendido a descubrir en aquella misma amabilidad que al principio le atraía cierta afectación, y hasta le disgustaba y cansaba. Por otra parte, en su proceder actual para con ella había para Isabel fresco manantial de desagrado, porque los deseos, que pronto manifestó, de renovar las atenciones características de su primera época de relación sólo podían servirle, después de todo lo ocurrido, para provocarla. Perdió todo interés por él al verse así elegida objeto de tan vana y frívola galantería; y al contenerla con finura no podía menos de sentir la ofensa que entrañaba la creencia

del mismo en que por más tiempo que hubiera pasado sin prodigarle sus atenciones, y cualquiera que hubiera sido la causa de interrumpirlas, satisfaría la vanidad de ella y hallaría asegurada su preferencia por él en toda ocasión con sólo renovar aquéllas.

El último día mismo de la permanencia del regimiento en Meryton comió Wickham con otros oficiales en Lougbourn; y se encontraba Isabel tan poco dispuesta a departir con aquél el buen humor, que al dirigirle él ciertas preguntas sobre la manera como había pasado el tiempo en Hunsford, dijo ella que el coronel Fitzwilliam y Darcy habían permanecido tres semanas en Rosing, y le preguntó si conocía al primero.

Wickham pareció sorprendido, molesto, alarmado; mas, repuesto al punto y con cierta sonrisa, contestó que le había visto antes a menudo; y después de afirmar que era hombre muy caballeroso, le preguntó a ella si le gustaba. La respuesta de Isabel fué entusiasta en su favor; y, con aire de indiferencia, añadió él poco después:

—¿Cuánto ha dicho usted que estuvo él en Rosings?

—Cerca de tres semanas.

—¿Y le veía usted con frecuencia?

—Sí, casi todos los días.

—Sus modales son bien diferentes de los de su primo.

—Sí, muy diferentes. Pero yo creo que el señor Darcy gana cuando se le trata.

—¡Cierto!—exclamó Wickham con una mirada que no se le escapó a Isabel—. Y ¿qué?—Pero, reprimiéndose, añadió en tono más jovial: —¿Es en las formas en lo que gana? ¿Se ha dignado añadir algo de cortesía a su estilo ordinario? Porque no me resuelvo a creer—continuó en tono más bajo y serio—que haya mejorado en lo esencial.

—¡Oh!, no—repuso Isabel—. En lo esencial pienso que aun es más de lo que siempre fué.

Mientras ella hablaba, Wickham parecía no saber apenas si regocijarse con sus palabras o desconfiar de la significación de las mismas. En el porte de Isabel había algo que le hizo a él escuchar con ansiosa atención y con recelo, cuando añadió:

—Al decir que gana con el trato no quiero significar que ni su mente ni sus modales vayan ganando, sino que cuando se le conoce mejor se comprende también mejor su modo de ser.

La alarma de Wickham se delató en esta ocasión por lo subido de su color y la agitación de su mirada; quedó en silencio durante unos instantes, hasta que, sacudiendo su embarazo, volvióse de nuevo a ella y dijo en el tono más amable:

—Usted que conoce tan bien mi resentimiento contra el señor Darcy comprenderá cuán sinceramente me ha de regocijar que sea lo suficiente avisado para asumir por lo menos la apariencia de lo debido. Si él adopta ese sistema, su orgullo puede ser útil, si no a él mismo, a muchos otros, porque le habrá de apartar de procederes tan locos como los que yo he soportado. Pero temo que esa espe-

cie de cautela a que parece aludir usted la emplee sólo en sus visitas a su tía, cuya buena opinión y buen concepto tiene en mucho. Miedo a ella lo ha tenido siempre que estaban juntos, lo sé bien, y en buena parte puede imputarse al deseo de acelerar su casamiento con la señorita de Bourgh, que estoy seguro que tiene muy metido.

Isabel no pudo reprimir una sonrisa al oír esto; mas sólo contestó con ligera inclinación de cabeza. Conoció que iba él a conducirla al antiguo tema de sus pesares, y no estaba de humor de permitírselo. El resto de la velada pasó por parte de él aparentando su acostumbrada alegría, mas sin tratar de distinguir ya a Isabel; y al fin se separaron ambos con mutuas cortesías y probablemente también con mutuo deseo de no volverse a ver.

Al terminar la tertulia Lydia se fué con la señora de Forster a Meryton, de donde iban a partir temprano a la mañana siguiente. Su separación de la familia fué más ruidosa que patética. Catalina fué la única que derramó lágrimas, pero lo hizo de tristeza y envidia. La señora de Bennet estuvo difusa al expresar sus buenos deseos de dicha para su hija y recalcitrante en añadirle que no perdiese la oportunidad de divertirse todo lo posible, advertencia que era muy razonable creer que sería atendida; y con la ruidosa alegría de la propia Lydia al despedirse quedó por ella desatendido el adiós, más apacible, que le dieron sus hermanas.

CAPITULO XLII

Si las opiniones de Isabel se hubieran formado sólo con lo que veía en su propia familia no habría podido albergar muy grata idea de la felicidad conyugal o de la comodidad domésticas. Su padre, cautivado por la juventud y la hermosura y por la apariencia de buen humor que por lo común revisten ambas cosas, habíase casado con una mujer cuyo flaco entendimiento y mezquino ánimo habían puesto fin, ya en los comienzos del matrimonio, a todo afecto real hacia ella. El respeto, la estimación y la confianza habíanse desvanecido para siempre, y todas las perspectivas de felicidad doméstica de aquél se habían disipado. Mas no estaba en el carácter del señor Bennet buscar consuelo para el disgusto que su propia imprudencia le acarreara en ninguno de esos placeres que consuelan a menudo con locuras o vicios a los infortunados. Amaba el campo y los libros, y de semejantes aficiones habían brotado sus principales goces. Poco debía a su mujer, a no ser lo que la ignorancia y locura de la misma habían contribuído a su propio entretenimiento. No es ésa la clase de dicha que un hombre desea por lo común deber a una mujer; pero donde faltan otros medios de diversión, el verdadero filósofo sabe sacar partido de los que están a su alcance.

Isabel, no obstante, jamás había dejado de conocer lo inconveniente de la conducta de su padre

como marido. Siempre la había observado con pena; mas, respetuosa con su talento y agradecida a su afectuoso modo de tratarla, procuraba olvidar lo que no podía pasar por alto, desechando de su pensamiento aquella continua infracción de los deberes conyugales y del decoro, que, por el hecho de exponer a su esposa al desprecio de sus propias hijas, era tan grandemente reprensible. Nunca empero había sentido con tanta fuerza como al presente los daños que puede causar a los hijos un matrimonio tan incongruente, ni nunca se había percatado tanto de los peligros que derivan de tan errada dirección del talento; talento que empleado debidamente habría conservado por lo menos la respetabilidad de las hijas, aunque no bastase para aumentar el cacumen de la mujer.

Si bien es cierto que Isabel se alegró de la marcha de Wickham, no puede decirse que hallara motivo de satisfacción con la pérdida del regimiento. Sus salidas eran menos variadas que antes, y en casa tenía una madre y una hermana cuyas constantes quejas por el aburrimiento de cuanto las rodeaba entristecían su círculo doméstico; y aunque Catalina llegase a recobrar con el tiempo su ordinario ánimo cuando desapareciera lo que perturbaba su cerebro, su otra hermana, de cuyo modo de ser era dado prever mayores daños, parecía haberse curtido en la locura y en el descaro y se encontraba en situación de duplicado peligro, como eran un punto de baños y un campamento. En resumidas cuentas, tocaba ahora lo que ya antes viera alguna

vez: que un acontecimiento por el que tanto había suspirado no podía, al verlo realizado, proporcionarle toda la dicha que se había prometido con él. Era preciso por tanto señalar otros límites para el comienzo de su felicidad, tender a otro punto al cual quedasen ligados sus deseos y esperanzas, y que proporcionándole placer anticipado la consolase del presente y la preparase para otro disgusto. Su excursión a los Lagos era ahora el objeto de sus más caros pensamientos; resultaba su mayor consuelo en las horas molestas, que hacían inevitables el descontento de su madre y de Catalina, y de haber podido incluir a Juana en el plan, éste habría quedado perfecto en todas sus partes.

—Es una suerte—pensaba—que tenga algo que desear. Si todo fuera completo, mi disgusto sería seguro. Mas ahora, al cargar con la incesante fuente de pena consistente en la separación de mi hermana, puedo razonablemente pensar que todas mis esperanzas de placer quedarán colmadas. Un proyecto en que la totalidad de sus partes promete gozo, jamás puede obtener buen éxito, y el disgusto general se salva sólo gracias a algún detalle molesto.

Al marcharse Lydia prometió escribir muy a menudo y con mucho detalle a su madre y a Catalina; mas sus cartas se hicieron esperar siempre largo tiempo, y todas fueron breves. Las dirigidas a su madre contenían poco más que la participación de que acababan de regresar de la sala de lectura, donde tales y cuales oficiales las habían saludado y donde había visto tan bella decoración que la

dejara por completo admirada; que poseía un vestido nuevo o una nueva sombrilla que describiría con mayor amplitud, pero viéndose obligada a no hacerlo por tener prisa, pues la señora de Forster la llamaba y se marchaban al campamento; y de su correspondencia con su hermana aun había menos que aprender, porque en sus cartas a Catalina, aunque más largas, había demasiada parte subrayada para hacerse pública.

Tras las dos o tres primeras semanas de la ausencia de Lydia, la salud, el buen humor y la alegría comenzaron a brillar en Longbourn. Todo presentaba más grato aspecto. Regresaban las familias que habían pasado el invierno en la capital y resurgían las finezas y las invitaciones del verano. La señora de Bennet repúsose de su habitual estado quejumbroso; y hacia mediados de junio Catalina se halló lo bastante confortada para poder entrar en Meryton sin llorar. Hecho tan insólito prometía tanto, que Isabel creyó que por la próxima Navidad su citada hermana se encontraría tan tolerablemente razonable que no mencionaría a un oficial ni una vez al día, a no ser que por alguna cruel y maligna orden del ministerio de la Guerra se acuartelara en Meryton otro regimiento.

La época fijada para su excursión al Norte se aproximaba ya, faltando para ella dos semanas, cuando se recibió una carta de la señora de Gardiner que a la vez dilataba su comienzo y abreviaba su duración. El señor Gardiner veíase impedido por sus negocios de partir hasta dos semanas después

de comenzado julio, y le era forzoso estar de nuevo en Londres al cabo de un mes; y como esto reducía demasiado el tiempo para ir tan lejos como proyectaron y para que viesen tantas cosas como se prometieran, o por lo menos las viesen con el reposo y comodidad calculados, sentíanse obligados a renunciar a los Lagos, substituyéndolos por otra excursión más limitada; en vista de lo cual no iban a pasar más al Norte que al condado de Derby. En esta comarca había bastantes cosas dignas de verse para ocupar la mayor parte del mencionado tiempo, y para la señora de Gardiner tenía la misma atracción particular. La ciudad donde en otros tiempos había pasado algunos años de su vida y donde ahora pasarían unos días, acaso fuera para Isabel objeto de curiosidad tan grande como todas las célebres bellezas de Matlock, Chatsowrth, Dovedale o el Peak.

Isabel disgustóse en grado sumo: había puesto sus anhelos en ver los Lagos, y creía que habrían tenido para ello tiempo suficiente. Mas su empeño de salir iba a satisfacerse, de seguro sería feliz, y así, pronto lo encontró todo bien.

Con el nombre de Derby asociábanse muchas ideas. Erale a Isabel imposible fijarse en esa palabra sin pensar en Pemberley y en su poseedor. «Pero de seguro—se decía—podré entrar en su condado impunemente y hurtarle algunos pedruscos sin que él se dé cuenta.»

Doblemente largo hízose entonces el período de espera. Cuatro semanas transcurrieron antes de que

llegaran sus tíos. Pero transcurrieron al cabo, y los señores de Gardiner se presentaron en Longbourn con sus cuatro hijos. Estos, dos niñas de seis y ocho años respectivamente y dos varones menores, iban a quedarse bajo el cuidado especial de su prima Juana, la favorita de todos ellos, cuyo ánimo tranquilo y temperamento dulce la hacían perfectamente apta para instruirlos, jugar con ellos y amarlos.

Los Gardiner hicieron en Longbourn sólo una noche, y partieron con Isabel a la mañana siguiente en busca de novedades y esparcimiento. Un placer estaba asegurado: el de ser todos excelentes compañeros de viaje, lo cual supone salud y carácter a propósito para sufrir incomodidades, alegría para acrecer todo goce, y afecto y talento, que pudieran influir entre ellos si se presentasen disgustos.

No es objeto de esta obra describir el condado de Derby ni ninguno de los notables puntos por donde pasaba su ruta: Oxford, Blenheim, Worwick, Kemlworth, Birmingham, etc., son suficientemente conocidos. A una reducida parte del condado se refiere todo lo que sigue, a la pequeña ciudad de Lambton, escenario de la antigua residencia de la señora de Gardiner, donde había sabido después que le quedaban algunos conocidos y adonde se encaminaron los expedicionarios después de ver las principales maravillas de la campiña; y el corazón dictó a Isabel que a menos de cinco millas de Lambton estaba situado Pemberley, no en su camino directo, pero no más de una o dos millas

separado de él. Al hablar de su ruta la tarde anterior la señora de Gardiner manifestó deseos de volver a ver ese punto. El señor Gardiner los aprobó y solicitó la aprobación de Isabel.

—Querida, ¿no te gustaría ver un sitio de que tanto has oído hablar—díjole su tía—, sitio además con el que se relacionan los nombres de tantos de tus conocidos? Ya sabes que Wickham pasó toda su juventud allí.

Isabel se acongojó. Sabía que nada tenía que hacer en Pemberley y se vió forzada a atribuirse falta de deseo de verlo. Tuvo que decir que se encontraba cansada de grandezas; que, tras haber visto tantas, no encontraba en realidad gusto en las alfombras finas ni en los cortinajes de seda.

La señora de Gardiner censuró su necedad.

—Si se tratase sólo de una casa ricamente puesta —le dijo—, tampoco me interesaría a mí; pero la finca es deliciosa. Contiene uno de los mejores bosques de la comarca.

Isabel no habló más, pero su espíritu no reposó ya: al instante ocurrióle la posibilidad de encontrarse con Darcy mientras visitaban ese lugar. ¡Sería horroroso! A la sola idea se sonrojó, pensando que mejor sería hablar con claridad a su tía que correr semejante riesgo. Mas contra ese proceder había objeciones, y a la postre resolvió que el emplearlo sería el último recurso si sus indagaciones particulares sobre la ausencia de la familia del propietario eran contestadas desfavorablemente.

En consecuencia, al irse a descansar preguntó

a la criada si Pemberley era sitio muy bonito, cuál era el nombre de su poseedor, y luego, con no pequeño sobresalto, si la familia estaba allí durante el verano. La negativa mejor recibida del mundo siguió a la última pregunta, y habiendo así desaparecido su sobresalto, se encontró dispuesta a sentir viva curiosidad en ver hasta la propia casa, y por eso, cuando se propuso el plan a la mañana siguiente y de nuevo se le preguntó, fuéle posible contestar al instante y con marcado aire de indiferencia que no le disgustaba aquél. Por consiguiente fueron a Pemberley.

CAPITULO XLIII

Cuando se dirigían allí Isabel recibió la vista de los bosques de Pemberley con cierta turbación, y cuando por fin llegaron a la portería, su espíritu se hallaba agitadísimo.

El parque era muy vasto y comprendía gran variedad de tierras. Entraron en él por una de las puertas más bajas y pasearon durante algún tiempo a través de un hermoso bosque que se extendía sobre amplia superficie.

La mente de Isabel estaba sobrado ocupada para conversar; pero veía ella y admiraba todos los parajes notables y todos los puntos de vista. Subieron gradualmente durante media milla, encontrándose a la postre sobre una considerable eminencia donde el bosque se interrumpía y donde

les hirió la vista al punto la casa de Pemberley, situada al lado opuesto del valle por el cual se deslizaba el algo abrupto camino. Era una construcción en piedra, amplia y hermosa, bien emplazada en elevado terreno, que se destacaba sobre una cadena de altas colinas cubiertas de bosque, y tenía enfrente un considerable arroyo que iba en aumento, mas sin aspecto ninguno de artificio: sus orillas carecían de forma regular y de todo linaje de adorno sobrepuesto. Isabel quedó complacidísima. Jamás había visto un sitio por el cual hubiera hecho más la naturaleza o donde la belleza natural fuera menos contrariada por el mal gusto. Todos estaban henchidos de admiración, ¡y en aquel instante conoció ella que ser señora de Pemberley valía algo!

Bajaron de la colina, cruzaron un puente y siguieron hasta la puerta, y mientras examinaban el aspecto de la casa desde cerca se renovó en Isabel el temor de encontrarse con su poseedor. Temía que la criada se hubiera equivocado. Al pedir visitar la casa fueron introducidos en el vestíbulo; e Isabel, mientras esperaban al ama de llaves, tuvo vagar para asombrarse de hallarse donde se hallaba.

El ama de llaves llegó; era una mujer anciana y respetable, mucho menos fina y más cortés que aquélla suponía encontrarla. Siguiéronla al comedor. Era éste una pieza de buenas proporciones y hermosamente amueblada. Isabel, tras de mirarla por encima, fuése a una ventana para gozar

de la perspectiva. La colina coronada de bosque de que habían bajado, al aumentar su carácter abrupto con la distancia, resultaba hermosa. Toda la disposición del terreno era acertada, y con delicia contempló toda la escena: el arroyo, los árboles esparcidos por sus orillas, y la curva del valle hasta donde la vista alcanzaba. Cuando pasaron a otros cuartos, los mencionados objetos aparecían en disposiciones diferentes; mas desde todas las ventanas había bellezas que contemplar. Las piezas, por su parte, eran altas y bellas, y su ajuar en armonía con la fortuna de su propietario; pero Isabel notó, admirando el gusto de éste, que no había nada charro ni nimiamente delicado; que reinaba menos esplendor pero más elegancia verdadera que en el moblaje de Rosings.

«¡Y de este sitio—pensaba—habría podido ser dueña! ¡Estas habitaciones podrían ser ahora familiares para mí! ¡En lugar de visitarlas como forastera podría regocijarme con ellas como mías y recibir en las mismas la visita de mis tíos! Pero no—pensó recobrándose—, eso no podría ser; mi tío y mi tía habrían tenido que perderse para mí; no me habría sido lícito convidarlos.»

Ese fué un afortunado recuerdo: libróle de algo parecido a tristeza.

Deseaba averiguar por el ama de llaves si su amo estaba de veras ausente, mas carecía de valor para ello. Al fin, sin embargo, hizo la pregunta su tío, y ella se volvió alarmada al contestar la señora Reynolds que sí lo estaba, añadiendo: «Pero le

esperamos mañana con gran acompañamiento de amigos.» ¡Cuán contenta quedó Isabel de que su viaje propio no se hubiera dilatado un día por cualquiera circunstancia.

Llamóla por entonces su tía para ver un cuadro. Aproximóse y vió la imagen de Wickham sobre un tapete, entre otras varias miniaturas. Su tía le preguntó sonriente qué le parecía. El ama de llaves se acercó y les dijo que aquel retrato era de un joven hijo del último administrador de su amo, educado por éste y a sus expensas.

—Ahora ha ido al ejército—añadió—, y temo que se haya vuelto muy desenfrenado.

La señora de Gardiner miró a su sobrina con una sonrisa, pero Isabel no se la devolvió.

—Y éste—dijo la señora Reynolds refiriéndose a otra de las miniaturas—es mi amo, y está muy parecido. Fué pintado al mismo tiempo que el otro, hace unos ocho años.

—Mucho he oído hablar de la distinción de su amo de usted—dijo la señora de Gardiner mirando la pintura—; es un rostro bello. Pero, Isabel, díme si está o no parecido.

El respeto de la señora Reynolds por Isabel pareció aumentar con esa referencia de que conocía a su amo.

—¿Conoce esta señorita al señor Darcy?

Isabel se sonrojó y respondió:

—Un poco.

—¿Y no le tiene usted por muy guapo caballero, señorita?

—Sí, muy guapo.

—Estoy segura de que no conozco otro tan guapo; pero en la galería del piso superior verán ustedes un retrato de él mejor y más grande. Este cuarto era el favorito de mi anterior amo, y estas miniaturas se hallan exactamente como solían estar entonces. Le gustaban mucho.

Eso explicó a Isabel por qué las de Wickham se encontraban entre ellas.

La señora Reynolds dirigió entonces la atención de los amos hacia una de la señorita de Darcy pintada cuando sólo tenía ocho años.

—Y la señorita de Darcy ¿es tan guapa como su hermano?—preguntó la señora de Gardiner.

—¡Oh!, sí; la más bella señorita que se ha visto; ¡y tan completa! Toca y canta durante todo el día. En la habitación próxima hay un piano nuevo, recién traído para ella, regalo de mi amo. Ella viene mañana con él.

El señor Gardiner, cuyos modales eran complacientes y amables, la animaba a hablar con preguntas y advertencias, y la señora Reynolds, ya por orgullo, ya por afecto, tenía evidentemente gran satisfacción en dar noticias de su amo y de la hermana de éste.

—¿Reside su amo de usted en Pemberley mucho tiempo durante el año?

—No tanto como yo querría; pero puedo afirmar que pasa aquí la mitad del tiempo; y en cuanto a la señorita de Darcy, se queda aquí siempre durante los meses de verano.

«Excepto—pensó Isabel—cuando va a Ramsgate.»

—Si su amo de usted se casase le vería usted más.

—Sí, señor; mas no sé cuándo llegará eso. No sé quién será bastante buena para él.

Los señores de Gardiner se sonrieron. Isabel no pudo evitar el decir:

—Bien cierto es que habla en su favor que usted lo crea así.

—No digo sino la verdad y lo que dirá cualquiera que le conozca—replicó la otra. Isabel vió que el asunto llevaba tela, y escuchaba con creciente asombro, cuando el ama dijo: —Nunca en mi vida he recibido de él una palabra de enojo, y le conozco desde que tenía cuatro años.

Era ése un elogio mucho más extraordinario que los otros y más opuesto a lo que Isabel pensaba de Darcy. Su más firme opinión había sido que no era él hombre de buen carácter. Despertóle así la más viva curiosidad; ansiaba oír más, y quedó complacida por su tío cuando éste dijo:

—Pocas personas hay de quienes se pueda decir eso. Es usted afortunada en tener un amo así.

—Sí, señor, sí que lo soy. Si recorriera el mundo no podría dar con otro mejor. Mas siempre he observado que quienes muestran buen natural desde niños lo conservan cuando mayores; y él era siempre el muchacho de carácter más dulce y de más generoso corazón del mundo.

Isabel fijó en ella la mirada. «¿Puede ser ése Darcy?», pensó.

—Creo que su padre era una excelente persona—dijo la señora de Gardiner.

—Sí, señora, éralo en efecto; y su hijo es exactamente como él, tan afecto a los pobres.

Isabel escuchaba, se admiraba, dudaba y estaba impaciente por oír más. La señora Reynolds no le despertaba interés con otra cosa. En vano le explicaba el asunto de los cuadros, las dimensiones de las piezas y el valor del moblaje. El señor Gardiner, a quien entretenía notar el prejuicio de familia a que atribuía los excesivos elogios de ella a su amo, pronto volvió al tema; y ella insistió en los muchos méritos de Darcy mientras juntos subían la gran escalera.

—Es el mejor señor—dijo—y el mejor amo que ha habido jamás; no se parece a los aturdidos jóvenes del día, que no piensan sino en sí mismos. No hay uno de sus arrendatarios y criados que no le elogie. Algunos dicen que es orgulloso; pero estoy bien segura de no haber notado nada de eso. A lo que imagino, aquello es debido a que no es machacón como otros.

«¡En qué aspecto tan amable le coloca eso!», pensó Isabel.

—Tan delicado elogio—cuchicheó su tía a su oído mientras seguían por la casa—no se aviene con su conducta con nuestro pobre amigo.

—Acaso estemos equivocados.

—No es verosímil: nuestra información era demasiado autorizada.

Llegados al amplio corredor de arriba, mostró-

seles un muy lindo aposento, recientemente alhajado con mayor elegancia y tono más claro que los departamentos inferiores, y enteróseles de que todo eso se había hecho por complacer a la señorita de Darcy, quien había tomado apego a la estancia la última vez que estuvo en Pemberley.

—Es de veras un buen hermano—dijo Isabel mientras se encaminaba a una de las ventanas.

La señora Reynolds manifestó el placer que recibiría la señorita de Darcy cuando penetrase en la habitación. —Y así se porta él siempre—añadió—. Cuanto puede proporcionar gusto a su hermana, de seguro que lo ejecuta al punto. No hay nada que no hiciera por ella.

La galería de pinturas y dos o tres de los principales dormitorios era cuanto quedaba por enseñar. En la primera lucían varios cuadros buenos; pero Isabel no entendía nada de arte, y ya entre las cosas de esa clase que había visto abajo había querido mirar sólo ciertos dibujos a lápiz de la señorita de Darcy, cuyos asuntos eran en general más interesantes y a la par más inteligibles.

En la galería pendían también varios retratos de familia; mas valían poco para fijar la atención de un extraño. Isabel la recorrió buscando el único retrato cuyas facciones había de reconocer. Al llegar a él se detuvo, notando la sorprendente semejanza con Darcy, quien aparecía con cierta sonrisa en el rostro que ella recordaba haber visto cuando la miraba. Permaneció varios minutos ante semejante pintura, en la más atenta contempla-

ción, y aun volvió a ella de nuevo antes de abandonar la galería. La señora Reynolds hízole saber que había sido hecha en tiempos de su padre.

En el ánimo de Isabel había en verdad en este momento más inclinación hacia el original de la que había experimentado en el auge de su relación con él. Las ponderaciones de la señora Reynolds no eran una bicoca. ¿Qué elogio es más valioso que el de un criado inteligente? ¡Consideraba a cuanta gente podía hacer feliz como hermano, como señor y como amo!; ¡cuánto placer y cuánta pena podía proporcionar!; ¡cuánto le era dable hacer en bien o en mal! Todo lo manifestado por el ama de llaves hablaba en favor de su carácter, y al hallarse ella misma ante el lienzo en que estaba representado, fijos los ojos en ella, juzgó el interés que le manifestó con más profundo sentimiento de gratitud del que antes había suscitado; acordóse de su acaloramiento y dulcificó la impropiedad de las palabras que expresara.

Una vez visto cuanto de la casa se abría al público, volvieron a bajar, y despidiéndose del ama de llaves se las confió a la dirección del jardinero, que esperaba a la puerta del vestíbulo.

Cuando se encaminaban, pasando a través de la pradera, hacia el arroyo, volvióse Isabel para mirar de nuevo la casa; su tío y su tía detuviéronse también, y mientras el primero hacía conjeturas sobre la época del edificio, el propietario del mismo venía aprisa hacia ellos desde el camino que por detrás conducía a las caballerizas.

Estaban a menos de veinte yardas entre sí, y tan repentina fué su aparición, que resultó imposible impedir que los viera. Los ojos de ambos, de Isabel y de Darcy, se encontraron al instante, y sus rostros se cubrieron del más fuerte rubor. El se paró en seco, quedando durante un momento inmóvil de sorpresa; mas recobrándose presto, se adelantó hacia la partida y habló a Isabel, si no en términos de perfecta compostura, al menos con completa cortesía.

Ella instintivamente se había vuelto; pero, deteniéndose a su aproximación, recibió sus cumplidos con embarazo imposible de dominar. Si su aspecto a primera vista, o su parecido con los retratos que acababa de contemplar, hubieran sido insuficientes para hacer sabedores a los otros dos de la partida de que veían ahora a Darcy, la expresión de sorpresa del jardinero al encontrarse con su amo habría tenido que revelárselo al punto. Detuviéronse a cierta distancia mientras hablaba a su sobrina, la cual, asombrada y confusa, apenas osaba levantar los ojos hacia él y no sabía qué contestación darle a las preguntas que le dirigía sobre su familia. Sorprendida por la mudanza de sus modales desde que se habían separado por última vez, toda frase que él decía aumentaba su embarazo; y al acudir a su mente tcdas las ideas de lo impropio que le era encontrarse allí, los pocos momentos que estuvieron juntos fueron de lo más intranquilo de su vida. Tampoco parecía él estar más en sí; cuando hablaba, su acento no poseía nada de su calma

habitual, y repetía sus preguntas sobre cuándo había dejado Lougbourn y sobre su estancia en el condado de Derby tantas veces y con tal apresuramiento, que a las claras delataba la agitación de su mente.

Al cabo, pareció que le faltaba qué decir; y tras permanecer algunos instantes sin pronunciar una palabra, reportóse de pronto y se despidió.

Los otros dos se juntaron con Isabel, elogiando el aspecto de Darcy; pero ella no oía nada y, por completo embebida en sus pensamientos, los siguió en silencio. Hallábase dominada por la vergüenza y la tristeza. ¡El haber ido ella allí era la cosa más desatinada y peor pensada del mundo! ¡Qué extraño tenía que parecerle! ¡Cómo habría de tomar eso un hombre tan vanidoso! Parecía que de intento se había ella atravesado en su camino. ¡Ah! ¿Por qué había venido?, o ¿por qué había venido él un día antes de lo que se le aguardaba? Si hubieran llegado sólo diez minutos antes se habrían visto fuera de su alcance, pues era patente que acababa de llegar en aquel momento, que en aquel instante bajaba de su caballo o de su coche. Se avergonzó una y otra vez de su desdichado encuentro. Y la conducta de él, tan notablemente cambiada, ¿qué podía significar? ¡Era sorprendente que todavía le hubiera hablado!; ¡mas hablarle con tanta cortesía, preguntarle por su familia! Jamás había notado tal sencillez en sus modales, nunca le había oído hablar con tanta gentileza como en este inesperado encuentro. ¡Qué contraste ofre-

cía éste con la última vez que se le dirigiera, en el parque de Rosings, para poner en sus manos la carta! No sabía qué pensar ni cómo interpretar todo eso.

Entre tanto habían entrado en un hermoso paseo próximo al arroyo, y a cada paso se ofrecía o un más bello declive del terreno o una más preciosa vista de los bosques a que se aproximaban; pero transcurrió tiempo antes de que Isabel se percatara de algo de todo ello; y aunque respondía maquinalmente a las repetidas preguntas de sus tíos y parecía dirigir la mirada a los objetos a que se referían, no distinguía parte ninguna de la escena. Sus pensamientos estaban todos fijos en aquel sitio de la casa de Pemberley, cualquiera que fuese, donde entonces debía encontrarse Darcy. Anhelaba saber lo que en aquel momento pasaba por su mente, de qué modo pensaba de ella, y si a pesar de todo era aún querida por él. Acaso hubiera sido cortés tan sólo porque se sentía tranquilo; mas algo había en su voz que no delataba tranquilidad. No podía adivinar si él había sentido placer o pesar al verla; pero era bien cierto que la había visto con tranquilidad.

Mas al cabo las observaciones de sus acompañantes sobre su carencia de atención la sonrojaron y conoció la necesidad de parecer más en sí.

Penetraron en el bosque y, despidiéndose del arroyo por un rato, subieron a uno de los puntos más elevados, desde el cual, en los sitios donde lo separado de los árboles permitía extender la

vista, se apreciaban muchos encantadores panoramas del valle, de las colinas opuestas, por las que se desparramaban largas series de árboles, y en ocasiones, de parte del arroyo. El señor Gardiner manifestó deseos de dar la vuelta al parque entero; pero temía que eso resultara más que paseo. Con sonrisa triunfal se les dijo que el parque tenía diez millas de circunferencia, y eso decidió la cuestión, siguiendo sólo la vuelta más acostumbrada; la cual, tras algún tiempo, condújoles de nuevo a una bajada, con árboles inclinados sobre el borde del agua en uno de sus puntos más estrechos. Cruzaron el arroyo sobre un puente sencillo y en armonía con el aspecto general de la escena. Era aquél un paraje menos adornado artificialmente que ninguno de los que habían visitado, donde el valle, aquí convertido en cañada, sólo proporcionaba espacio para el arroyo y para un estrecho paseo en medio del rústico soto que lo bordeaba. Isabel deseaba explorar sus sinuosidades; mas cuando hubieron cruzado el puente y notado la distancia que había hasta la casa, la señora de Gardiner, que no era amiga de caminar, no pudo pasar más lejos, y sólo pensó en volver al coche lo antes posible. Vióse, pues, su sobrina obligada a someterse, y emprendieron todos el camino hacia la casa por el lado opuesto del arroyo y en la dirección más corta; pero su andar era lento, pues el señor Gardiner era muy aficionado a pescar, aunque pocas veces pudiera satisfacer ese gusto, y se entretenía ahora mucho acechando la aparición de alguna tru-

cha en el agua; y como hablaba sobre eso con el hombre, avanzaban con lentitud. Mientras caminaban a ese lento paso fueron de nuevo sorprendidos, y el asombro de Isabel fué tan grande como el de la vez anterior al percibir que Darcy se les aproximaba y estaba ya a corta distancia. Como el camino aquí no era tan oculto como el del otro lado pudieron verle a él antes de encontrárselo. Isabel, pues, aunque asombrada, hallábase más prevenida que antes para una conversación, y resolvió manifestar calma en su aspecto y en su lenguaje si realmente él intentaba salirles al encuentro. Por un instante creyó ella firmemente que Darcy se había lanzado por el otro sendero, y esa idea le duró mientras un recodo del camino le ocultaba la vista de aquél; mas pasado dicho recodo se encontró él ante ellos. A la primera mirada notó Isabel que Darcy no había perdido nada de su reciente cortesía, y para imitar su buena educación comenzó, en cuanto se juntaron, a admirar la hermosura del paisaje; mas no había llegado a las palabras «delicioso» y «encantador» cuando algún desdichado recuerdo se interpuso, imaginando Isabel que elogiar ella a Pemberley sería cosa mal interpretada. Cambió de color y no dijo más.

La señora de Gardiner venía algo atrás, y aprovechando Darcy el silencio de Isabel preguntóle si le haría el honor de presentarle a sus amigos. Ese fué un rasgo de cortesía para el cual no estaba preparada, y con dificultad pudo evitar una sonrisa al ver que él pretendía conocimiento de al-

gunas de aquellas gentes mismas contra las cuales se revolviera su orgullo al ofrecerse a ella. «¿Cuál será su sorpresa—pensó—cuando sepa quiénes son? Ahora los toma por personas elegantes.»

Con todo, la presentación se hizo al punto; y al mencionar el parentesco, miró con rapidez a Darcy para ver cómo lo recibía, y no sin esperar que huyera tan pronto como pudiese de tan poco gratos compañeros. Que quedó sorprendido por aquella noticia se hizo evidente; soportóla no obstante con fortaleza, y en lugar de continuar adelante retrocedió con todos ellos, entrando en conversación con el señor Gardiner. Isabel no pudo menos de alegrarse y considerarse triunfante. Era consolador que él supiese que tenía algunos parientes de los que no era preciso avergonzarse. Escuchó muy atenta cuanto pasaba entre ellos, congratulándose de toda locución, de toda frase de su tío que denotara su inteligencia, su gusto y sus buenos modales.

La conversación recayó pronto sobre la pesca, y la joven oyó que Darcy invitaba a su tío a pescar allí siempre que quisiera mientras se encontrase en la próxima ciudad, ofreciéndose además a procurarle aparejos de pesca y señalándole los puntos del río donde de ordinario había más entretenimiento. La señora de Gardiner, que paseaba cogida del brazo de Isabel, la miraba con expresión de asombro. Isabel nada dijo, pero agradóle mucho todo eso; el cumplido tenía que ser de seguro por ella. Su asombro, con todo, era extraordinario, y sin cesar se repetía: «¿Por qué está tan cambiado?

No puede ser por mí, no puede ser por causa mía el que sus modales se hayan dulficado tanto. Mis reproches de Hunsford no podían operar un cambio así. Es imposible que aun me ame.»

Después de pasear algún tiempo de esa guisa, las dos señoras delante y los dos caballeros detrás, al volver a emprender de nuevo el camino, tras un descenso al borde del arroyo, con objeto de contemplar mejor cierta curiosa planta acuática, se efectuó un trueque. Originólo la señora de Garendiner, quien, fatigada por el ejercicio del día, encontraba el brazo de Isabel inadecuado para sostenerla, y en consecuencia prefirió el de su marido. Darcy entonces se situó al lado de la sobrina y siguieron así su paseo. Después de un corto silencio habló ella primero. Deseaba hacerle saber que se había cerciorado de su ausencia antes de llegar a ese sitio, y en armonía con esto, comenzó observando que su llegada había sido inesperada, «porque su ama de llaves de usted—añadió—nos había informado de que no vendría usted aquí hasta mañana; y aun antes de salir de Bakewell entendimos que no se le esperaba a usted pronto en el país». El reconoció la verdad de todo eso y dijo que asuntos con su administrador habían motivado que se adelantara algunas horas al resto de la partida con que viajaba.

—Mañana temprano—prosiguió diciendo—se unirán todos conmigo, y entre ellos hay algunos que tienen títulos de relación con usted: el señor Bingley y sus hermanas.

Isabel contestó sólo con una ligera inclinación de cabeza. Su pensamiento voló al instante a la ocasión en que el nombre de Bingley había sido últimamente mencionado entre los dos, y, a juzgar por el aspecto de Darcy, su mente no debía estar ocupada de modo muy diverso.

—Figura también otra persona en la partida —continuó diciendo después de una pausa— que muy en particular desea ser conocida por usted. ¿Me permitirá usted, o es pretender demasiado, presentarle a usted a mi hermana mientras están ustedes en Lambton?

La sorpresa por semejante demanda fué grande en verdad. Era excesivo para Isabel adivinar cómo aquélla pretendía eso; pero al punto comprendió que cualquier deseo de ser presentada a ella que abrigase la señorita de Darcy tenía que ser obra de su hermano, y por ende, sin que hubiese más que pensar en ello, resultaba cosa satisfactoria: era grato saber que el resentimiento no le había hecho a él pensar de veras mal de ella.

Siguieron paseando en silencio, profundamente embebidos ambos en sus pensamientos. Isabel no estaba tranquila, érale imposible, pero sí lisonjeada y complacida. El deseo de Darcy de presentarle a su hermana era atención de lo más subido. Pronto dejaron atrás a los otros, y cuando alcanzaron el coche, los señores de Gardiner quedaban a medio cuarto de milla detrás.

Invitóla entonces a pasar a la casa; pero Isabel confesó que no estaba cansada, y permanecieron

juntos en la pradera. Durante semejante tiempo mucho pudieron haber dicho, y este silencio fué insigne torpeza. Al fin, recordó Isabel que había viajado, y habló de Matlock y Dovedale con efusión. El tiempo pasaba, su tía se movía con calma y su paciencia y sus ideas se consumían antes de acabarse el *tête-à-tête*. Llegados los señores de Gardiner, se los invitó a todos a entrar en la casa y tomar algún refrigerio; pero éste fué rehusado y se separaron con la mayor cortesía. Darcy acompañó a los señores al coche, y cuando éste partió, Isabel vió a aquél encaminarse despacio hacia la casa.

Entonces comenzaron las observaciones de sus tíos, declarando ambos a Darcy infinitamente superior a cuanto se podía esperar.

—Está perfectamente educado, es fino y sencillo—dijo el tío.

—Estoy convencida de que hay en él algo de orgullo—continuó la tía—; pero limitado a su aire, y no le sienta mal. Puedo decir, con el ama de llaves, que aunque se le tilde de orgulloso, yo no he visto en él nada de eso.

—Jamás me he quedado más sorprendido que con su conducta con nosotros. Ha sido más que cortés, ha sido atento de verdad, y no tenía necesidad de semejante atención. Su relación con Isabel era muy ligera.

—Cierto, Isabelita—dijo la tía—, que no es tan guapo como Wickham, o mejor dicho, que no posee su figura; pero sus facciones son por completo

perfectas. Mas ¿cómo hiciste para decirnos que era tan desagradable?

Isabel se disculpó lo mejor que supo: dijo que al encontrarle en Kent le había gustado más que con anterioridad, y que nunca le había hallado tan complaciente como en este día.

—Acaso sea algo caprichoso en su cortesía—dijo el tío—. Vuestros grandes hombres lo son a menudo. Por eso no le tomaré la palabra en lo referente a la pesca, no sea que cambie de opinión otro día y me notifique que salga de la finca.

Isabel comprendió que habían confundido en absoluto su carácter, pero no dijo nada.

—De lo que hemos visto en él—continuó la señora de Gardiner—no habría pensado en verdad que se portara con nadie tan mal como lo ha hecho con Wickham: no tiene aspecto de desnaturalizado. Por el contrario, hay en su voz algo agradable cuando habla. Y también hay algo de dignidad en su porte que a nadie daría desfavorable idea de su corazón. Pero la buena mujer que nos enseñó la casa le atribuía carácter más ardiente. Apenas podía yo entonces evitar el reírme para mis adentros alguna vez. Mas será que es amo liberal, y a los ojos de una sirvienta eso comprende todas las virtudes.

Isabel se sintió con esto llamada a decir algo en defensa del proceder de Darcy con Wickham; y así, dióles a entender con el mayor miramiento que le fué posible que, por lo oído a los parientes de él en Kent, sus actos podían interpretarse de muy diferente modo, y que ni su carácter era tan malo

ni el de Wickham tan bueno como se había creído en el condado de Hertford. En confirmación de lo dicho refirióle las particularidades de todas las transacciones pecuniarias en que habían tomado parte, sin mencionar la fuente de donde las tomaba, mas afirmando que eran tales como las dejaba referidas.

La señora de Gardiner quedó sorprendida e interesada con todo eso; mas como en aquel momento se iban acercando al teatro de sus pasados placeres, todas estas ideas cedieron al encanto de sus recuerdos, estando sobrado ocupada en señalar a su marido todos los interesantes puntos que les rodeaban, para pensar en otra cosa. Así que, aun fatigada como había quedado por el paseo del día, no bien hubieron comido, salieron de nuevo en busca de antiguas relaciones, y se pasó la velada entre las satisfacciones de un trato renovado tras muchos años de interrupción.

Los acontecimientos del día habían sido demasiado interesantes para permitir a Isabel mucha atención a ninguno de esos nuevos amigos, y no pudo sino pensar con asombro en la amabilidad de Darcy, y más aún en el deseo de éste de que conociera a su hermana.

CAPITULO XLIV

Isabel había calculado que Darcy llevaría a su hermana a visitarla al día siguiente de llegada, y,

en consecuencia, había resuelto no perder de vista la fonda en toda aquella mañana. Pero su cálculo resultó equivocado, pues sus visitantes vinieron el mismo día que llegaron a Pemberley. Habían los de Gardiner e Isabel paseado por la población con algunos de los nuevos amigos, y regresaban en aquel momento a la fonda para vestirse e ir a comer con los mismos, cuando el ruido de un carruaje les hizo asomarse a la ventana, viendo a un caballero y a una señorita en un cabriolé que subía por la calle. Isabel, reconociendo al instante la librea, adivinó lo que eso significaba y proporcionó no escasa sorpresa a sus parientes haciéndoles sabedores del honor que esperaba. Su tío y su tía eran todo asombro, y el embarazo en el modo de hablar de ella, unido al hecho mismo y a muchas de las circunstancias del día anterior, les hizo concebir nueva idea del asunto. Nada lo había dado a entender antes; mas ahora convinieron en que no había otro medio de explicarse esas atenciones por parte de él sino suponer cierto interés por su sobrina. Mientras acudían a sus mentes esas nuevas ideas la perturbación de los sentimientos de Isabel aumentaba por momentos. Admirábase por completo de su propia inquietud; pero, entre otras causas de desasosiego, temía ahora que la parcialidad del hermano hubiera hablado a la señorita de Darcy demasiado en su favor, y deseosa más que de ordinario de agradar, creía que no le iba a ser dado el conseguirlo.

Retiróse de la ventana, temerosa de ser vista;

y mientras paseaba de arriba abajo por la estancia, tratando de calmarse, percibió tales miradas de interrogación de sus tíos, que todavía se empeoró la cosa.

Entraron Darcy y su hermana y efectuóse tan interesante presentación. Con asombro notó Isabel que su nueva conocida estaba tan azorada por lo menos como ella misma. Desde su llegada a Lambton había oído que la señorita de Darcy era en extremo orgullosa; pero la observación de muy pocos minutos le convenció de que era sólo tímida con exceso. Le fué difícil obtener de ella más que monosílabos.

La señorita de Darcy era más alta que Isabel, y aun sin tener sino diez y seis años, su figura estaba ya desarrollada y su aspecto era femenil y gracioso. Era menos guapa que su hermano; pero había en su rostro inteligencia y buen carácter, y sus modales eran en absoluto sencillos y gratos. Isabel, que había creído encontrarla observadora tan perspicaz y constante como había sido siempre Darcy, se reconoció muy aliviada al observar la diferencia de modo de ser.

Poco tiempo llevaban juntos cuando Darcy dijo a Isabel que Bingley venía a visitarla, y apenas había tenido ella tiempo para expresar su satisfacción y prepararse para visita semejante, cuando oyeron los precipitados pasos de Bingley en la escalera, y al momento penetró en la habitación. Toda la cólera de Isabel contra el mismo había desaparecido hacía tiempo; pero de haber sentido

todavía alguna, con dificultad habría podido resistir a la franca cordialidad con que se le expresó él al volver a hallarse en su presencia. En amigable modo, aunque en general, preguntóle por su familia, y se condujo y habló con igual buen humor que el gastado por él de costumbre.

Para los señores de Gardiner era Bingley poco menos interesante personaje que para Isabel. Tiempo hacía que deseaban conocerle. En realidad, todos los presentes les inspiraban la más viva atención. Las sospechas que acababan de concebir sobre Darcy y su sobrina los forzaron a dirigir su observación hacia ambos con examen detenido, aunque cauto; y pronto surgió de éste la absoluta convicción de que uno de ellos al menos estaba enamorado. De los sentimientos de ella quedaron algo en duda; pero que el caballero rebosaba admiración era suficientemente patente.

Isabel, por su parte, tenía mucho que hacer. Debía adivinar los sentimientos de cada uno de sus visitantes; debía también contener los suyos propios y hacerse a todos grata. Bien es verdad que en cuanto a lo último, aun temiendo mucho errar, estaba muy segura del éxito, porque aquellos a quienes trataba de complacer se hallaban predispuestos a su favor. Bingley estaba dispuesto a quedar complacido; Georgiana, pronta, y Darcy, resuelto.

Al ver a Bingley, los pensamientos de Isabel volaron, como es natural, a su hermana; y ¡oh, con cuánto ardor se dió a penetrar si alguno de los de

aquél se dirigían a lo mismo! A veces imaginaba que él hablaba menos que en ocasiones anteriores, y una o dos veces se complació con la idea de que al mirarla trataba él de desentrañar un parecido. Mas, aun siendo todo eso imaginaciones, no podía equivocarse en cuanto a la conducta observada por él con la señorita de Darcy, que fuera presentada como rival de Juana. Ni una mirada se vió por ningún lado que pudiera justificar las esperanzas de la hermana de él; en cuanto a eso, en breve quedó satisfecha; y aun ocurrieron dos o tres menudas circunstancias antes de que se marchasen que, a su ansiosa interpretación, denotaban por parte de Bingley recuerdo de Juana no exento de ternura y deseo de decir algo más, que hubiese podido conducir a mencionarla si se hubiera atrevido. Manifestóle él en un rato en que los demás conversaban, y en tono que revelaba algo de verdadero pesar, que «hacía mucho que no tenía el gusto de verla»; y antes de poder ella responder añadió: «Hace cerca de ocho meses. No nos hemos visto desde el veintiséis de noviembre, cuando todos juntos bailamos en Netherfield.»

Isabel se regocijó de hallarlo tan exacto de memoria, y él, después, cuando los demás no se fijaban, tuvo ocasión de preguntarle si *todas* sus hermanas estaban en Longbourn. No eran de monta ni la pregunta ni el recuerdo precedente; pero se acompañaron de unas miradas y unos ademanes que les prestaron significación.

No podía Isabel a menudo volver la vista a

Darcy; pero siempre que pudo lanzar una mirada notó en él expresión de complacencia general, y en todo cuanto él dijo percibió un acento tan distante de la altanería o del desdén para sus compañeros que vino a convencerla de que la mejora de su modo de ser, de que fuera testigo el día anterior, había continuado por lo menos en el siguiente. Al verle así solicitando el trato y procurándose la buena opinión de gentes cuya conversación unos meses antes habría sido para él una desgracia; al encontrarlo tan cortés nc sólo con ella, sino con los mismos parientes que abiertamente había menospreciado, y recordar a la par la última escena habida con él en la abadía de Hunsford, la diferencia, el cambio que notaba era tan grande y con tal fuerza hería su mente, que a duras penas pudo impedir el hacer visible su asombro. Nunca, ni aun en compañía de sus amigos de Netherfield o de sus encopetadas parientas de Rosings, lo había hallado tan ansioso de agradar, tan ajeno a darse importancia ni a mostrarse reservado como lo estaba ahora, aun sin poder tener importancia el buen éxito de su esfuerzo, y por más que el trato de aquellos a quienes dirigía sus atenciones habría sido censurado y hasta ridiculizado así por las señoras de Netherfield como por las de Rosings.

Los visitantes permanecieron allí alrededor de media hora, y cuando se levantaron para despedirse, Darcy invitó a su hermana a unírsele para expresar su deseo de tener a comer en Pemberley a los señores de Gardiner y a la señorita de Bennet

antes de que abandonasen la comarca. La señorita de Darcy, aunque con temor que denotaba su escaso hábito de invitar, obedeció al punto. La señora de Gardiner miró a su sobrina, deseosa de adivinar si ésta, a quien se dedicaba la invitación, se sentía dispuesta a aceptarla; pero Isabel había vuelto la cabeza. Presumiendo, con todo, que su estudiada evasiva significaba más bien momentáneo embarazo que disgusto por la proposición, y viendo a su marido, a quien agradaba la sociedad, deseoso de acceder, se arriesgó a aceptar el obsequio, que se fijó para el día siguiente al inmediato.

Bingley manifestó gran contento con esa seguridad de volver a ver a Isabel por tenerle aún que decir muchas cosas y hacerle muchas preguntas sobre todos los amigos del condado de Hertford. Ella, interpretando eso como deseo de oírle hablar de su hermana, se quedó gozosa; y por semejante hecho y por algunos otros, cuando las visitas se fueron se sintió capaz de recordar la última media hora con alguna satisfacción, aunque mientras durara, el placer obtenido fuera escaso. Ansiosa de verse sola y temerosa de las preguntas o imaginaciones de sus tíos, se quedó con ellos sólo lo suficiente para escuchar la favorable opinión de los mismos sobre Bingley, y se apresuró a ir a vestirse.

Mas no tenía razón en temer la curiosidad de los señores de Gardiner; no era deseo de éstos obligarle a hablar. Era evidente que estaba mucho mejor relacionada con Darcy de lo que ellos antes creían; éralo que él se hallaba muy enamorado de ella.

Habían visto mucho para interesarse en el asunto, pero nada que justificase la averiguación.

Era preciso ahora pensar bien de Darcy, y en cuanto a lo que el conocimiento directo de ellos alcanzaba, no se podía encontrar la menor falta en él. No les era dado permanecer indiferentes a su cortesía, y si hubieran de haber dibujado su carácter por lo que ellos mismos sentían y por los informes de su sirvienta, prescindiendo de todo lo demás, el círculo del condado de Hertford en que se le conocía no habría conocido a Darcy en ese dibujo. Inclinábanse a creer ahora al ama de llaves, y pronto concedieron ambos que el testimonio de una sirvienta que le conocía desde los cuatro años, y cuyo propio modo de ser indicaba respetabilidad, no era para ser rechazado de buenas a primeras. Por otra parte, en las noticias de sus amigos de Lambton no había nada capaz en puridad de aminorar el peso de aquel testimonio. No tenían que acusarle sino de orgullo; y orgullo acaso lo tuviese, y si no, habíasele de imputar por los habitantes de una localidad pequeña a quienes no visitaba la familia. Mas reconocíasele como hombre liberal y que hacía mucho por los pobres.

Respecto a Wickham, los viajeros vieron pronto que no era tenido allí en mucha estima, pues aunque lo más substancial de sus relaciones con el hijo de su amo se conocía imperfectamente, bien notorio era en cambio el hecho de que al salir del condado de Derby había dejado tras de sí muchas deudas, las cuales satisfizo después Darcy.

En cuanto a Isabel, sus pensamientos estuvieron en Pemberley esta noche más aún que la pasada; y aunque mientras transcurría la misma pareció larga, no lo fué lo bastante para interpretar sus sentimientos hacia *uno* de los habitadores de aquella mansión; y permaneció echada, pero despierta, dos horas enteras tratando de concretar aquéllos. Cierto que no le odiaba. No, el odio se había desvanecido hacía mucho tiempo, y casi durante todo él se había avergonzado de haber experimentado contra esa persona disgusto alguno que pudiera recibir dicho nombre. El respeto debido a la convicción en sus valiosas cualidades, aunque admitido al comienzo contra su voluntad, hacía no poco que cesara de repugnar a sus sentimientos, subiendo de punto, hasta llegar a tornarse amistoso, con un testimonio tan alto en su favor como el que oyera y con las amigables disposiciones que él había dado a conocer el día anterior. Pero sobre todo eso, sobre el respeto y la estimación, había en ella otro motivo de benevolencia que no podía pasarse por alto. Era la gratitud; gratitud no sólo por haberla amado, sino por amarla todavía lo bastante para olvidar töda la petulancia y acrimonia de su manera de rechazarle y todas las injustas acusaciones que acompañaron a su repulsa. El que debía considerarla—y de eso estaba ella persuadida—como su mayor enemigo parecía en este encuentro casual muy ansioso de conservar su relación, y sin ninguna muestra de interés falta de delicadeza y sin ninguna singularidad de traza, en asunto en que sólo los dos estaban

interesados, solicitaba la buena opinión de sus amigos y se decidía a hacerla conocida de su hermana. Semejante cambio en un hombre de tanto orgullo no sólo excitaba asombro, sino gratitud, pues al amor, a un amor ardiente había que atribuirlo. Por eso la impresión que le producía era para alentarla; muy opuesta al desagrado, aunque no se pudiera definir con exactitud. Le respetaba, le estimaba, le estaba agradecida, sentía vivo interés por su felicidad, y sólo le faltaba saber hasta qué punto deseaba ella misma que esa felicidad dependiera de ella y hasta cuál redundaría en dicha de ambos que emplease el poder, que su imaginación le presentaba aún como suyo, de arrastrar a él a renovar su proposición.

Se había convenido por la tarde entre la tía y la sobrina que una atención tan sorprendente como la de venir a verlos la señorita de Darcy el mismo día de su llegada a Pemberley—pues a este punto había llegado a la hora de almorzar, y tarde—debía ser imitada, aunque no pudiera hacerse con igualdad, con algún exceso de cortesía por su parte; y en consecuencia, que sería sumamente acertado visitarla en Pemberley a la mañana siguiente. Estaban, pues, en ir. Isabel encontrábase contenta, aunque cuando se preguntaba a sí misma por qué, tenía muy poco que contestarse.

El señor Gardiner las dejó en cuanto almorzó. El proyecto de la pesca había sido renovado el día antes y se le había asegurado que encontraría para

ella a mediodía a alguno de los caballeros en Pemberley.

CAPITULO XLV

Estando convencida Isabel ahora de que la antipatía de la señorita de Bingley se había originado de los celos, no podía dejar de comprender cuán funesto tenía que ser para la misma su aparición en Pemberley, y estaba curiosa de saber con qué grado de cortesía por parte de dicha señorita iba a renovar aquel día su relación con ella.

En cuanto llegaron a la casa y atravesaron el vestíbulo entraron en el salón, cuya orientación al Norte hacíalo delicioso para el estío. Sus ventanas, abiertas de par en par, brindaban una muy refrigerante vista de las altas colinas, pobladas de bosque, posteriores a la casa, y de los hermosos robles y castaños de España esparcidos sobre la pradera que entre aquéllos y la casa se extendía.

En dicho departamento fueron recibidos por la señorita de Darcy, que allí esperaba sentada con la señora de Hurst, la señorita de Bingley y la señora con quien vivía en Londres. Su recibimiento por Georgiana fué muy cortés; pero acompañado de todo aquel embarazo que, aun procediendo de timidez y miedo a errar, había imbuído la creencia de que era orgullosa y reservada a los que le eran inferiores; mas la señora de Gardiner y su sobrina le hicieron justicia y la compadecieron.

Por parte de la señora de Hurst y de la señorita

de Bingley recibieron sólo una cortesía, y al sentarse, un silencio terrible, como tienen que ser todos ellos, siguió por unos momentos. Fué interrumpido primeramente por la señora Annesley, gentil y agradable señora, cuya tentativa para introducir cierta especie de conversación mostróla como más de veras bien educada que ninguna de las otras, y entre ella y la señora de Gardiner, con la ayuda en ocasiones de Isabel, fué continuando la charla. La señorita de Darcy parecía desear poseer ánimo suficiente para tomar parte en ella, y de vez en cuando se aventuraba a alguna corta frase cuando menos peligro había de ser oída.

Isabel conoció pronto que estaba vigilada con rigor por la señorita de Bingley y que no le era dado hablar una palabra, y en especial con la señorita de Darcy, sin llamar su atención. Semejante observación no le habría no obstante impedido hablar con la última si no hubieran estado situadas ambas a inconveniente distancia; mas no le entristeció el verse libre de hablar mucho; sus pensamientos los empleaba en sí misma. Deseaba y temía a la vez que el dueño de la casa se viese entre ellas, y apenas podía determinar si era más lo que lo deseaba que lo que lo temía. Tras de permanecer de ese modo un cuarto de hora, sin oír la voz de la señorita de Bingley, Isabel se sonrojó al recibir de la misma una fría pregunta sobre la salud de su familia. Contestó con igual indiferencia y con brevedad, y la otra no prosiguió.

La primera variedad que ofreció la visita fué

producida por la entrada de criados con carne fría, pasteles y diversas de las mejores frutas de la estación; mas eso no aconteció hasta después de muchas miradas significativas dirigidas por la señora Annesley a la señorita de Darcy para recordarle sus deberes. Ello proporcionó nueva ocupación a toda la partida, pues si no todas podrían hablar, a todas era posible comer, y las hermosas pirámides de uvas, abridores y melocotones las congregaron pronto alrededor de la mesa.

Mientras se ocupaban en eso, Isabel halló vagar para decidir si temía o deseaba más la aparición de Darcy, en vista de los sentimientos que habían de prevalecer en ella cuando entrase en la estancia; y aunque un instante antes había creído que los deseos predominaban, entonces empezó a sentir que llegase.

El había pasado algún tiempo con el señor Gardiner, quien, con otros dos o tres caballeros, se entretenía a la sazón en el río, y le había abandonado sólo al saber que las damas de su familia proyectaban visitar a Georgiana aquella mañana misma. No bien apareció, cuando Isabel resolvió, con cordura, mostrarse por completo natural; resolución muy necesaria de tomar, pero acaso no tan fácil de cumplir, ya que conocía que despertaban ambos sospechas en toda la reunión, sin que hubiese un ojo que no vigilara el proceder de él a su ingreso. En ningún rostro se marcaba esa curiosidad con tanta fuerza como en el de la señorita de Bingley, a pesar de las sonrisas que de él brotaban al hablar

a cualquiera; pero los celos no la habían desesperado y de ningún modo habían cesado sus atenciones a Darcy. La señorita de Darcy, al entrar su hermano esforzóse mucho más en hablar, e Isabel conoció que él estaba ansioso de que su hermana y ella intimasen, para lo cual favorecía toda tentativa de conversación por ambos lados. La señorita de Bingley veía eso del mismo modo, y, con la imprudencia propia de su ira, aprovechó la primera oportunidad para decir con burlona finura:

—Haga usted el favor de decirme, señorita Isabel, la milicia del condado, ¿ha sido sacada de Meryton? Ha debido de ser una gran pérdida para su familia de usted.

En presencia de Darcy no se atrevió a mentar el nombre de Wickham; pero Isabel al punto adivinó que ése era el nombre que culminaba en su pensamiento, y los variadísimos recuerdos que le suscitaba proporcionáronle un momento de aflicción; mas sobreponiéndose con entereza para repeler tan desnaturalizado ataque, respondió a la pregunta en tono pasaderamente despreocupado. Al hacerlo, una mirada involuntaria le mostró a Darcy con el color encendido, mirándola con atención, y a su hermana por completo confusa e incapaz de levantar la vista. Si la señorita de Bingley hubiera sabido cuánto apenaba a su amado amigo habríase, a no dudar, refrenado con esa señal; mas había tratado sólo de descomponer a Isabel trayendo a colación la idea de un hombre por quien creía interesada a ella, para que revelara alguna impresión que

le dañara a los ojos de Darcy y que acaso también hubiera de recordar a éste todos los absurdos y locuras por los cuales la familia de Isabel se relacionaba con aquel Cuerpo. Ni una palabra había ella alcanzado relativa al proyecto de fuga de la señorita de Darcy; no había sido éste revelado a criatura alguna que pudiera tenerlo secreto, fuera de Isabel, y Darcy ansiaba ocultarlo en especial a todos los parientes de Bingley por aquel mismo deseo, que Isabel le atribuyera desde larga fecha, de que llegase a emparentar con aquéllos. Había en efecto formado semejante plan, y sin que éste hubiera sido la causa de pretender separar a su amigo de la señorita de Bennet, es posible que se sumara a su vivo interés por la felicidad de aquél.

Pero el proceder de Isabel apaciguó su emoción; y como la señorita de Bingley, irritada y disgustada, no osara tratar más de nada que se refiriese a Wickham, Georgiana se reportó con el tiempo, aunque no lo suficiente para poder hablar en adelante. Su hermano, cuyas miradas temía ella encontrar, apenas conservó interés por el asunto, y la misma circunstancia que fuera mencionada para apartar su pensamiento de Isabel pareció fijarlo más y con mayor entusiasmo en ésta.

La visita no se prolongó mucho tras la pregunta y contestación referidas, y mientras Darcy los acompañaba al coche, la señorita de Bingley desahogó sus sentimientos criticando la persona, conducta y vestido de Isabel. Pero Georgiana no le hizo caso. La recomendación de su hermano era suficiente

para asegurar su beneplácito; el juicio de él no podía errar, y había hablado de Isabel en tales términos que dejaron a Georgiana imposibilitada de encontrarla de otra manera que amable y atrayente. Cuando Darcy retornó al salón la señorita de Bingley no pudo menos de repetirle algo de lo dicho a su hermana.

—¡Qué mal resultaba Isabel Bennet, señor Darcy! —exclamó—. Jamás he visto a nadie tan cambiado como lo está ella desde el invierno. ¡Hase vuelto tan morena y basta! Luisa y yo conveníamos en que no la habríamos reconocido.

Aunque a Darcy gustara poco esa salida, contúvose, y contestó con frialdad que no notaba otra variación sino la de hallarse tostada del sol, cosa poco extraordinaria viajando en verano.

—Por mi parte—prosiguió aquélla—he de confesar que nunca he visto en ella hermosura. Su rostro es demasiado delgado, su color carece de brillantez y sus facciones no son en absoluto nada bonitas; a su nariz le falta carácter, sin haber nada de notable en sus líneas; sus dientes son pasaderos, pero no extraordinarios, y en cuanto a los ojos, que a veces se han calificado de hermosos, nada he notado en los mismos de particular; tienen un mirar regañón, que de ningún modo me gusta; y en su aire en general, en fin, hay tales pretensiones y tal ausencia de buen tono que se hace intolerable.

Persuadida como estaba la señorita de Bingley de que Darcy admiraba a Isabel, no era ése en verdad el sistema mejor para recomendarse a sí

propia; mas la gente irritada no siempre es cuerda, y con que pareciese a la postre algo picado conseguía ella el éxito que anhelaba. Mas él continuaba resueltamente callado, y determinada a hacerle hablar, prosiguió así:

—Recuerdo que la primera vez que la encontramos en el condado de Hertford quedamos sorprendidos de que se la tuviera por señalada belleza; y recuerdo en particular que usted dijo una noche, después de que ella comiera en Netherfield: «¡Ella una hermosura! Lo mismo se podría llamar a su madre un ingenio.» Pero después pareció mejorar a sus ojos de usted, y creo que ahora más bien la tiene usted por bonita.

—Sí—replicó Darcy, que no pudo contenerse más—; mas eso fué sólo cuando principié a conocerla; porque hace muchos meses ya que la considero como una de las más bellas mujeres que conozco.

Partió dicho eso, y la señorita de Bingley se quedó con toda la satisfacción de haberle obligado a decir lo que no apenaba sino a ella misma.

La señora de Gardiner e Isabel hablaron, mientras regresaban, de cuanto había ocurrido durante su visita, menos de lo que interesaba a las dos. Fueron discutidos el aspecto y el proceder de cada cual de los que vieron, excepto los de la persona que más les había ocupado la atención. Hablaron de su hermana, de sus amigos, de su casa, de sus frutas..., de todo menos de él mismo, aunque Isabel ansiara conocer lo que de él pensaba la señora de

Gardiner, y por más que ésta se habría alegrado mucho de que su sobrina entrara en materia.

CAPITULO XLVI

Isabel había quedado muy disgustada por no hallar carta de Juana a su primera llegada a Lambton, y ese disgusto habíase renovado cada una de las mañanas que hasta entonces había pasado allí; pero a la tercera de éstas su pena desapareció y su hermana quedó a la par justificada por recibir aquélla dos cartas de ésta a la par, en una de las cuales se indicaba haberse extraviado en determinado punto, lo que no sorprendió a Isabel, pues Juana había escrito en la misma la dirección notablemente mal.

Disponíase a ir a paseo en el preciso momento en que arribaron ambas cartas; y para dejarla disfrutarlas con tranquilidad, sus tíos se marcharon solos. Era lógico atender primero a la extraviada, la cual estaba escrita hacía cinco días. El comienzo contenía una relación de sus pequeñas tertulias e invitaciones, con las noticias que el campo permitía; pero la última mitad, fechada un día después y escrita con evidente agitación, daba más importantes noticias. Era de esta suerte:

«Después de escrito lo anterior, carísima Isabel, ha ocurrido algo de lo más serio e inesperado; pero tengo miedo de alarmarte; ten por entendido que todos estamos bien. Lo que he de decirte se refiere

a la pobre Lydia. La última noche, a las once, precisamente cuando nos íbamos a acostar, llegó un propio enviado por el coronel Forster para informarnos de que aquélla se había escapado a Escocia con uno de los oficiales del mismo; ¡para decir la verdad, con Wickham! Imagina nuestra sorpresa. Con todo, a Catalina no pareció la cosa del todo inesperada. Estoy muy triste. ¡Imprudencia tal por parte de ambos! Pero quiero esperar lo mejor, y que su carácter no haya sido bien comprendido. Por ligero e indiscreto puédolo tener con facilidad; pero este paso—y alegrémonos de ello—no le pinta como de mal corazón. Su elección, al fin y al cabo, es desinteresada, pues has de saber que nuestro padre nada puede dar a ella. Nuestra pobre madre está tristemente apenada; nuestro padre lo soporta mejor. ¡Cuántas gracias doy de no haberle hecho conocer a ella lo que se ha dicho contra él! Nosotras mismas debémoslo olvidar. Se supcne que se marcharon el sábado a las doce próximamente, pero no se les echó en falta hasta ayer a las ocho de la mañana. Entonces vino en derechura el propio. Querida Isabel, han tenido que pasar a menos de diez millas de vosotros. El coronel Forster dice que le esperemos en breve aquí. Lydia dejó escritas algunas líneas para su mujer informándole de sus intenciones. Tengo que acabar, pues no puedo alargarme por causa de mi pobre madre. Temo que no entiendas lo escrito, y apenas sé lo que he puesto.»

Sin darse tiempo a meditar, y sabiendo escasa-

mente lo que sentía al acabar esta carta, cogió Isabel la otra, y abriéndola con la mayor impaciencia leyó lo que sigue, escrito un día después de concluída la primera:

«A estas horas, queridísima hermana, habrás recibido mi apresurada carta. Deseo que la presente sea más inteligible; pero, aun disponiendo de tiempo, mi cabeza está tan extraviada que no puedo ser coherente. Queridísima Isabel, apenas sé si escribir; pero tengo malas noticias para ti y no puedo dilatarlas. Por más imprudente que pueda ser el casamiento de Wickham y nuestra pobre Lydia, estamos ansiosos de que se nos asegure haberse verificado, pues hay sobradas razones para temer que no se hayan ido a Escocia. El coronel Forster vino ayer, habiendo dejado Brighton el día anterior no muchas horas después que el propio. Aunque la breve carta de Lydia a la señora F. daba a entender que iban a Gretna Green, Denny dijo saber algo sobre eso, y expresó su creencia de que W. jamás pensó en ir allí ni en casarse con Lydia de ningún modo, y habiéndoselo contado al coronel Forster, alarmóse y salió al punto de B. con idea de seguir el camino de aquéllos. Siguió en efecto su rastro con facilidad hasta Clapham; pero no más adelante, porque al llegar ellos a dicho punto se habían mudado a un coche ordinario despidiendo la silla de postas que los llevara desde Epson. Todo lo posterior que se sabe es que se les vió seguir el camino de Londres. No sé qué pensar. Tras de hacer todas las investigaciones posibles por allí,

el coronel F. vino al condado de Hertford, renovándolas ansioso en todos los portazgos y hosterías de Bonnet y Hatfield, pero sin ningún éxito; no se había visto por allí a tales personas. Con el mayor pesar llegó a Longbourn y manifestó sus recelos del modo que más puede enaltecer su corazón. Estoy apenada de veras por él y por la señora de F., y nadie los podrá censurar. Nuestra aflicción, querida Isabel, es muy grande. Mi padre y mi madre esperan lo peor; pero yo no puedo pensar tan mal de él. Muchas circunstancias pueden haber hecho más elegible para ellos el casarse privadamente en la capital que seguir su plan primitivo; y aun si él pudiera haber formado semejante designio contra una joven con familia, como Lydia, ¿he de suponer a ésta tan perdida como todo eso? ¡Imposible! Me apena, con todo, ver que el coronel F. no se ve dispuesto a confiar en el matrimonio: sacudió la cabeza cuando yo manifesté mis esperanzas, diciendo que temía que W. no fuese de fiar. Mi pobre madre está enferma de veras y no sale de su cuarto. Si pudiera esforzarse sería mejor; mas no hay que esperarlo. En cuanto a mi padre, jamás lo he visto tan afectado. La pobre Catalina está pesarosa de haber ocultado el afecto de aquéllos; pero hay que maravillarse de que una cosa así fuera objeto de confidencias. De veras me alegro, queridísima Isabel, de que te hayas ahorrado algo de estas dolorosas escenas; pero ahora que el primer golpe ha pasado, ¿confesaré que anhelo tu regreso? No soy egoísta, sin embargo,

hasta el extremo de instarte si hay inconvenientes. Adiós. Tomo de nuevo la pluma para hacer lo que acabo de decirte que no haría; pero las circunstancias son tales que no puedo evitar el suplicarte vivamente que vengas aquí lo antes posible. Conozco tan bien a mis queridos tío y tía que no temo pedírselo, y aun tengo algo más que pedir al primero. Mi padre se ha ido al punto a Londres con el coronel Forster para ver de hallar a los prófugos. Desconozco en absoluto lo que piensa hacer; pero su excesiva pena no le permitirá tomar las medidas que sean mejores y más expeditas, y el coronel Forster está obligado a encontrarse en Brighton mañana por la noche. En tal situación, los consejos y la asistencia de mi tío serían lo mejor del mundo. El comprenderá al instante lo que tengo que sentir, y cuento con su bondad.»

—¡Oh! ¿Dónde está mi tío?—exclamó Isabel lanzándose de la silla en cuanto acabó la carta, ansiosa de seguirle sin perder un momento de tiempo tan precioso; pero cuando llegó a la puerta abría ésta un criado y entraba Darcy. El semblante pálido y los modales impetuosos de ella hiciéronle detenerse, y antes de poderse reportar lo suficiente para hablar, ella, en cuya mente todo pensamiento estaba ocupado en la situación de Lydia, exclamó ansiosa:

—Perdone usted, pero tengo que dejarle; necesito hablar al punto con el señor Gardiner por un asunto que no puede dilatarse; no puedo perder un instante.

—¡Dios mío!, ¿de qué se trata?—exclamó él con más sentimiento que cortesía; y después, reponiéndose, dijo: —No quiero detenerla a usted un minuto; pero permítame usted a mí, o mande un criado, que vaya tras los señores de Gardiner. Usted no está lo suficiente bien; usted misma no puede ir.

Isabel dudó; pero sus rodillas temblaron, y conoció cuán poco ganaría con que tratase de alcanzarlos. Por consiguiente, llamando al criado, encargóle que trajera sin dilación a sus amos, aunque dando la orden con voz tan sin aliento que resultaba ininteligible.

Al abandonar el criado la estancia sentóse ella, incapaz de sostenerse, y pareciendo hallarse tan mala que fué imposible a Darcy dejarla sin contenerse de decir en tono amigable y compasivo:

—Permítame usted llamar a su doncella. ¿No hay nada que pueda usted tomar para aliviarse? ¿Un vaso de vino? Voy a traerlo. Usted está mala de veras.

—No, gracias—replicó ella tratando de serenarse—. No se trata de nada mío. Estoy por completo bien. Estoy sólo desconsolada por una horrible noticia que acabo de recibir de Longbourn.

Estalló en lágrimas al decir esto, y durante algunos minutos no pudo hablar más. Darcy, tristemente suspenso, pudo sólo decir algunas vaguedades sobre su interés y observarla en compasivo silencio. Al fin habló ella de nuevo.

—Acabo de tener carta de Juana con noticias

horribles, que no pueden ocultarse a nadie. Mi hermana menor ha abandonado a todos los suyos, se ha fugado, se ha entregado a... Wickham. Juntos se han marchado de Brighton. Usted conoce a él sobrado bien para dudar de lo demás. Ella no tiene dinero, no tiene relaciones, nada que pueda tentar a él... Está perdida para siempre.

Darcy se quedó quieto de estupor.

—¡Cuando pienso—añadió ella con voz muy agitada—que yo podía haber evitado eso!; ¡yo, que sabía lo que era él! ¡Si hubiera explicado sólo parte de ello, algo de lo que aprendí, a mi familia! Si su modo de ser hubiera sido conocido no habría ocurrido lo que ha ocurrido. Pero ahora, para todo, para todo es tarde.

—Estoy de veras apenado—exclamó Darcy—; apenado y espantado. Pero ¿es seguro?, ¿es por completo seguro?

—¡Oh!, sí. Se fueron de Brighton el domingo por la noche y se les han seguido las huellas hasta cerca de Londres, pero no más allá; seguro que no han ido a Escocia.

—Y ¿qué se ha hecho, qué se ha hecho para encontrarlos?

—Mi padre se ha ido a Londres, y Juana escribe solicitando la inmediata ayuda de mi tío; espero que nos marcharemos dentro de media hora. Mas no cabe hacer nada. ¿Es él hombre para dejarse manejar? ¿Cómo siquiera descubrirlos? No abrigo la menor esperanza. Es horrible por todos lados.

Darcy movió su cabeza en silencio.

—¡Oh! ¡Si cuando se me abrieron los ojos y vi su verdadero carácter hubiera conocido lo que debía, lo que me habría atrevido a hacer! Pero no lo supe; temí cometer un exceso. ¡Desdichado, desdichado error!

Darcy no contestó. Apenas parecía escucharla, paseando de un lado a otro de la habitación en la meditación más absorta, con las cejas contraídas y el aire sombrío. Observólo Isabel y al instante interpretó todo eso. Su poder para con él se hundía, todo tenía que hundirse ante prueba tal de la debilidad de su familia, ante certeza tal de la más profunda desgracia. No podía ni admirarse de eso ni condenarlo; mas la creencia de haber sido conquistada por él no aportó ningún consuelo a su pecho ni ningún paliativo a su pesar. Al contrario, aquello parecía calculado exactamente para que ella comprendiese sus propios deseos, y jamás había sentido tan castamente que podía haberlo amado como ahora, cuando todo amor tenía que ser en vano.

Pero aun esa misma consideración, aunque pudo darse, no pudo absorberla. Lydia, la humillación, la desgracia que a todos había acarreado, reclamaron al punto su atención, y cubriendo su rostro con un pañuelo, desapareció Isabel pronto para todo lo demás; y después de un silencio de varios minutos sólo recobró la conciencia de su situación por la voz de su compañero, quien, de manera que, aun descubriendo compasión, delataba a la par reserva, le dijo:

—Temo que hace tiempo desee usted mi ausencia, y nada me es dado alegar como excusa de mi permanencia aquí, fuera de un verdadero aunque inútil interés. ¡Quiera el Cielo que pueda yo decir o hacer por mi parte algo que proporcione consuelo en semejante desgracia! Mas no quiero atormentar a usted con deseos que parecerían pretender de propósito el agradecimiento de usted. Temo que este infortunado asunto haya de privar a mi hermana del gusto de ver a usted hoy en Pemberley.

—¡Oh, sí!; tenga usted la bondad de excusarnos con la señorita de Darcy. Dígale usted que asuntos urgentes nos llaman a casa sin demora. Oculte usted la triste verdad cuanto sea posible. Sé que no podrá ser mucho.

El le ofreció al punto seguridades de su secreto, expresó de nuevo su pena por la desgracia, deseóle más feliz remate del asunto del que razonablemente podía esperarse entonces, y encargándole que saludara a sus parientes, con sólo una seria mirada de despedida se marchó.

Cuando abandonó la habitación, Isabel comprendió cuán poco probable era que se viesen de nuevo de aquel modo cordial que había caracterizado sus encuentros en el condado de Derby; y al lanzar una ojeada retrospectiva sobre la totalidad de su relación con él, tan llena de contradicciones y variaciones, conoció lo perverso de unos sentimientos que ahora habrían promovido la continuación de la misma y antes le habrían regocijado con su terminación.

Si la gratitud y la estimación son buenas bases del afecto, el cambio de sentimientos de Isabel no parecerá ni improbable ni equivocado. Mas si es de otra suerte, si el interés que brota de fuentes tales no es razonable o natural en cotejo con el tantas veces descrito como nacido de un primer coloquio con su objeto y aun antes de haber cambiado con él dos palabras, nada podrá decirse en abono de aquélla sino que había ensayado el antiguo procedimiento en su parcialidad con Wickham, y que su mal éxito podría acaso autorizarla a buscar el otro camino del afecto, aunque menos interesante. Mas, de cualquier modo que fuera, vió marchar a Darcy con gran pesar; y en esa primera muestra de lo que podía acarrear la infamia de Lydia halló mayor angustia al reflexionar sobre tan desdichado asunto.

Desde que leyera la segunda carta de Juana nunca había alimentado la esperanza de que Wickham tratara de casarse con Lydia. Pensaba que nadie sino Juana podía lisonjearse con semejante esperanza. La sorpresa era el último de los sentimientos en la serie de los suyos. Mientras permaneció en su mente el contenido de la carta primera, Isabel fué todo sorpresa, todo asombro por que Wickham fuese a casarse con una muchacha con quien era imposible hacerlo por el dinero, pareciéndole incomprensible que Lydia hubiera podido atraerle así. Mas ahora todo resultaba sobradamente natural. Para atracción semejante contaba ella con suficientes encantos; y aun sin suponer que Lydia

se hubiese comprometido deliberadamente para la fuga sin intención de casarse, no veía dificultad en creer que ni su virtud ni su cabeza la hubieran preservado de caer como presa fácil.

Mientras el regimiento estuvo en el condado de Hertford jamás notó que Lydia albergase parcialidad ninguna por Wickham; pero estaba convencida de que Lydia sólo habría necesitado algún incentivo para aficionarse a cualquiera. Unas veces un oficial, otras otro, había sido su favorito, según las atenciones de los tales los elevaba en su opinión. Sus afectos siempre habían permanecido fluctuantes, mas jamás sin un objeto. ¡Ah! ¡Con qué agudeza sentía ahora los daños del descuido y de la errada indulgencia con semejante muchacha!

Ansiaba vivamente estar en su casa para oír, para ver, para encontrarse en situación de compartir con Juana los cuidados que en la actualidad tenían que pesar sólo sobre ella, con una familia tan loca, un padre ausente y una madre incapaz de esfuerzo y requiriendo constante atención; y aun casi persuadida de que nada cabría hacer por Lydia, la ayuda de su tío parecíale de importancia máxima, y así, hasta que él entró en el cuarto fué grande el suplicio en que le puso su impaciencia. Los señores de Gardiner habían regresado aprisa y alarmados, suponiendo por el recado que su sobrina se había puesto enferma; y tras de tranquilizarlos ella al instante sobre ese extremo, comunicóles con gran ansiedad la causa de su llamada, leyéndoles en voz alta las dos cartas e insistiendo en la

posdata de la última con trémula energía. Aun no habiendo sido Lydia nunca su favorita, los señores de Gardiner no pudieron menos de afectarse profundamente. No sólo a Lydia, sino a todos alcanzaba eso; y así, pasadas las primeras exclamaciones de sorpresa y horror, el señor Gardiner prometió cuanta asistencia estuviese en sus manos. Isabel, aun no esperando menos, agradecióselo con lágrimas de gratitud, y animados todos tres de un mismo pensamiento determinaron al punto todo lo referente a su viaje. Iban a partir lo antes posible.

—Pero ¿qué haremos en lo relativo a Pemberley?—exclamó la señora de Gardiner—. John nos ha comunicado que el señor Darcy estaba aquí cuando enviaste por nosotros; ¿es cierto?

—Sí; y le dije que no estábamos en disposición de cumplir nuestro compromiso. Todo eso queda arreglado.

—Todo arreglado—repitió la otra, mientras corría a prepararse—; y ¿son ésos términos para descifrar la verdad? ¡Ojalá me fuera dado saber lo que hay ahí!

Mas esos deseos eran en balde, o a lo sumo podían servirle para entretenerla en su apresuramiento y confusión en la hora que siguió. Si Isabel hubiera tenido posibilidad de estar ociosa habría supuesto que todo trabajo era irrealizable para una desgraciada como ella; mas tenía tantas ocupaciones como su tía, y entre otras, poner tarjetas a todos los amigos de Lambton con mentidas excusas por su repentina marcha. Pero en una hora todo

se despachó; y habiendo el señor Gardiner arreglado mientras tanto su cuenta en la fonda, no restó sino partir; e Isabel, tras la pesadumbre de la mañana, hallóse, en menos tiempo del que habría supuesto, sentada en el carruaje y camino de Longbourn.

CAPITULO XLVII

—He vuelto a pensar en ello, Isabel—díjole su tío cuando salían de la ciudad—, y en realidad, por muy serias consideraciones, me veo mucho más inclinado a pensar del asunto como tu hermana mayor. Paréceme tan poco probable que ningún joven abrigase semejante designio contra una muchacha que no carece de protección y de amigos y que vivía entonces con la familia de su coronel, que me tiento mucho a pensar lo mejor. ¿Podía él pensar que los amigos de ella no pasarían adelante? ¿Cabía que pensase ser admitido de nuevo en el regimiento después de tamaña ofensa al coronel? La tentación no era proporcionada al riesgo.

—¿Piensas de veras así?—exclamó Isabel, animándose por un momento.

—Palabra de honor—dijo la señora de Gardiner—que yo principio también a ser de la opinión de tu tío. Es en verdad violación sobrado grande de la decencia, del honor y del interés por parte de él hacerse así culpable. No me es lícito pensar tan mal de Wickham. Tú misma, Isabel, ¿le desprecias tanto que lo crees capaz de todo eso?

—Acaso no en lo que atañe al olvido de su propio interés; pero de los otros olvidos lo juzgo capaz. ¡Si fuera como suponéis! Mas no oso esperarlo. ¿Por qué no haber ido a Escocia siendo ése el caso?

—En primer lugar—arguyó el señor Gardiner—, no hay prueba completa de que no hayan ido.

—¡Oh! ¡Pero el cambio de la silla de postas por un coche común es indicio tal de ello! Además, no se ha encontrado rastro de ellos en el camino de Barnet.

—Bien; pues supongamos que están en Londres. Pueden hallarse allí con propósito de ocultarse y no con otro más particular. No es probable que abunde mucho el dinero por parte de ninguno, y habrán podido conocer que se casarían con mayor economía, aunque no con igual prontitud, en Londres que en Escocia.

—Pero ¿a qué ese secreto? ¿Por qué había de ser privado su casamiento? Por Juana sabes que el más íntimo amigo de él opinaba que jamás pensó en casarse con Lydia. Wickham no se casará nunca con una mujer sin algún dinero: él no lo puede aportar. Y ¿qué títulos posee Lydia, qué atractivos, aparte de la salud, la juventud y el buen humor, que puedan forzar a él a privarse por ella de toda posibilidad de beneficiarse con un buen casamiento? No me es dado apreciar con exactitud hasta qué punto podría infamarle en su Cuerpo una fuga deshonrosa con ella, pues ignoro los efectos que un paso así habría de producir; mas en cuan-

to a las restantes objeciones tuyas, me parece difícil que puedan sostenerse. Lydia no tiene hermanos que lleven adelante la cuestión; y dado el proceder de mi padre, su indolencia y la falta de atención que siempre ha parecido conceder a su familia, pudo aquél imaginar que éste haría y pensaría en el asunto lo menos que un padre pudiera en su caso.

—Pero ¿puedes creer a Lydia tan inconsiderada para cuanto no sea amarle, que llegue a consentir en vivir con él en otros términos que los del matrimonio?

—Así parece—replicó Isabel con lágrimas en los ojos—, y es en verdad muy horrible que del sentido de la decencia y de la virtud de una hermana pueda dudarse. Pero en realidad no sé qué decir. Acaso no le haga justicia; pero es muy joven; jamás se la ha habituado a pensar en cosas serias, y durante el último medio año—mejor aún, durante uno—no se ha dado sino a las diversiones y a la vanidad. Hásele permitido disponer del tiempo para el ocio y la frivolidad y adoptar sólo las opiniones acomodadas a sus deseos. Desde que la milicia del condado se acuarteló en Meryton no ha anidado en su cabeza sino amor, coqueteo y oficiales. Pensando y hablando sólo sobre esto ha hecho cuanto era posible para dar, ¿cómo lo llamaré?, mayor susceptibilidad a sus sentimientos, que por naturaleza son ya bastante vivos; y todos sabemos que Wickham posee en su persona y trato todo el encanto que puede cautivar a una mujer.

—Pero tú ves—dijo su tía—que Juana no piensa tan mal de Wickham que lo crea capaz del atentado.

—¿De quién piensa nunca mal Juana? Y ¿quién hay, cualquiera que haya sido su conducta anterior, a quien ella crea capaz de un hecho así antes de ser probado? Pero Juana sabe tan bien como yo lo que Wickham es en realidad. Ambas sabemos que ha sido un libertino en toda la extensión de la palabra, que carece de integridad y de honor, que es tan falso y engañoso como atrayente.

—¿Y crees de veras todo eso?—exclamó la señora de Gardiner, cuya curiosidad por conocer la fuente de ese creencia era tan vivísima.

—Lo creo de veras—replicó Isabel sonrojándose—. Ya te hablé el otro día de su infame conducta con el señor Darcy, y tú misma oíste la última vez en Longbourn de qué manera hablaba del hombre que con tanta indulgencia y liberalidad se había portado con él. Y aun hay otra circunstancia que no tengo libertad..., que no vale la pena de contarla; pero lo cierto es que sus embustes sobre la familia de Pemberley no tienen fin. Por lo que nos había comunicado de la señorita de Darcy estaba yo preparada a ver en ella una muchacha altiva, reservada y desagradable. La retrató al revés. Hay que reconocer que es tan amigable y sencilla como la hemos visto.

—¿Pero no sabe Lydia nada de eso? ¿Puede ignorar lo que Juana y tú parece que conocéis tan bien?

—¡Oh!, sí; esto es lo peor de todo. Hasta que estuve en Kent y traté tanto al señor Darcy como a su pariente el coronel Fitzwilliam, yo misma ignoraba la verdad. Cuando llegué a casa la milicia del condado iba a abandonar Meryton al cabo de tres semanas; y siendo ése el caso, ni Juana, a quien refiriera todo, ni yo creímos necesario hacerla pública, porque ¿de qué provecho podía servir a nadie que se disipase la buena opinión que todo el mundo tenía de él? Y cuando se decidió que Lydia se fuese con los señores de Forster, jamás me ocurrió que hubiera necesidad de descubrirle el carácter de Wickham; nunca entró en mi mente el que pudiera peligrar por el engaño. Con facilidad podréis comprender que estaba bastante lejos de mi pensamiento el que pudiesen derivarse de mi silencio consecuencias como ésta.

—Pero al irse todos a Brighton supongo que no tendríais razones para juzgarlos interesados entre sí.

—Ni la más pequeña. No alcanzo a recordar señal alguna de afecto por parte de ninguno; y algo de ello hubiere sido perceptible, habéis de saber que nuestra familia no es de aquellas en que eso se puede ocultar. Cuando ingresó él en el Cuerpo, ella le admiraba bastante, pero sólo como todas nosotras. Todas las muchachas de Meryton y de sus cercanías perdieron los cascos por él durante los dos primeros meses; mas él nunca la distinguió con ninguna atención especial; y por consiguiente, después de un período de admiración ex-

travagante y desenfrenado cesó de pensar en él, y otros del regimiento, que la trataban con más distinción, volvieron a ser sus favoritos.

* * *

Sin inconveniente podrá creerse que, aun pudiendo añadir poco de nuevo a sus temores, esperanzas y conjeturas sobre este interesante asunto con su repetida discusión, ningún otro los pudo desviar de él durante todo el viaje; nunca estuvo ausente del pensamiento de Isabel. Fija ésta en el mismo por el más penetrante de todos los pesares, por el reproche a sí misma, no le era dado el menor intervalo de alivio o de olvido.

Viajaron tan aprisa como fué posible, y tras de dormir una noche en el camino llegaron a Longbourn a la hora de comer del día siguiente. Fué un consuelo para Isabel considerar que Juana no se habría consumido con larga espera.

Los pequeños Gardiner, atraídos por la visión de la silla de postas, esperaban de pie en las gradas de la casa cuando entraron en la cerca; y al hacer alto el coche a la puerta, la alegre sorpresa que brillaba en sus rostros y retozaba por todo su cuerpo, manifestándose en variedad de brincos y cabriolas, fué el preludio de su bienvenida.

Isabel saltó afuera, y después de dar a cada cual un presuroso beso corrió al vestíbulo, donde Juana, que descendía corriendo de la habitación de su madre, se encontró al punto con ella.

Mientras Isabel la abrazaba con efusión, entre lágrimas de los ojos de ambas, no perdió tiempo sin preguntar si se había oído algo de los fugitivos.

—Aun no—respondió Juana—. Mas ahora que mi querido tío ha venido espero que todo irá bien.

—¿Está papá en la capital?

—Sí, se fué el martes, como te escribía.

—¿Y habéis sabido de él a menudo?

—Sólo una vez. Me puso unas pocas líneas el miércoles participando su feliz llegada y comunicándome su dirección, lo que en particular le pedí que hiciese. Sólo añadía que no volvería a escribir hasta que tuviera que contar algo importante.

—¿Y mamá, cómo está? ¿Cómo estáis todas?

—Mamá está regularmente bien, así se me figura, aunque su ánimo se encuentre muy abatido. Está arriba y tendrá gran satisfacción en veros a todos. Aun no sale de su cuarto. María y Catalina se hallan perfectamente, gracias a Dios.

—¿Y tú, cómo te encuentras?—exclamó Isabel—. Pareces pálida. ¡Cuántas cosas habrás tenido que hacer!

Mas su hermana le aseguró que se encontraba por completo bien; y su coloquio, que se había efectuado mientras los señores de Gardiner se ocupaban con sus hijos, acabó con la aproximación de toda la partida. Juana corrió hacia su tío y su tía, dándcles la bienvenida y también las gracias en medio de sonrisas y lágrimas alternadas.

Una vez todos en el salón, las preguntas ya he-

chas por Isabel fueron repetidas por los otros, y pronto vieron que Juana no tenía noticias que dar; pero la ardiente esperanza en lo bueno sugerida por la benevolencia de su corazón no la había abandonado; aun confiaba en que todo acabase bien y en que cualquiera mañana vendría una carta, o de Lydia o de su padre, explicadora de los sucesos o anunciadora quizá del casamiento.

La señora de Bennet, a cuya habitación subieron todos tras cortos minutos de comunicación entre sí, recibiólos exactamente como podría esperarse: con lágrimas y lamentaciones de pesar, invectivas contra la villana conducta de Wickham y quejas de sus propios sufrimientos y mal trato; censurando a todo el mundo, salvo a la persona a cuyo indulgente y mal juicio debíanse principalmente los errores de su hija.

—Si hubiera podido—decía—realizar mi proyecto de ir a Brighton con toda mi familia no habría ocurrido eso; pero la pobre Lydia no tenía a nadie que se cuidase de ella. ¿Cómo se permitirían los Forster perderla de vista? Estoy segura de que hubo gran descuido o algo así por su parte, pues no es ella muchacha para obrar así estando bien vigilada. Siempre creí que no eran idóneos para cargar con ella; mas yo me veía dominada, como de continuo lo estoy. ¡Pobre hija querida! Y ahora Bennet se ha ido, y supongo que desafiará a Wickham dondequiera que lo encuentre, y como quedará muerto, ¿qué va a ser de nosotras? Los Collins nos echarán antes de estar él frío en el sepulcro,

y si tú, hermano, no te muestras cariñoso con nosotros, no sé qué haremos.

Todos protestaron contra tan terroríficas ideas; y habiendo el señor Gardiner asegurado su afecto para ella y su familia, díjole que proyectaba estar en Londres al día siguiente y ayudaría al señor Bennet en sus esfuerzos para recobrar a Lydia.

—No os alarméis con exceso—añadió—; aunque bien está hallarse preparado para lo peor, no es ocasión de mirarlo como seguro. No hace una semana completa que salieron de Brighton. En pocos días más averiguaremos alguna noticia suya; y hasta que sepamos que no están casados y que no abrigan propósito de estarlo no demos el asunto por perdido. En cuanto llegue a la capital buscaré a mi hermano, haciéndole ir conmigo a la calle de la Iglesia de la Merced, y entonces, juntos, deliberaremos sobre lo que se haya de hacer.

—¡Oh hermano querido mío!—exclamó la señora de Bennet—, eso es justamente lo que más deseaba. Y cuando llegues a la capital descúbrelos en cualquier sitio que estén, y si no están casados, *hazlos* casar. Y en cuanto a los vestidos de boda, no les permitas demorarlo por eso; si no, dí a Lydia que tendrá cuanto dinero quiera para comprarlos después que estén casados. Y sobre todo, impide que se bata Bennet. Díle en qué horrible estado me encuentro: espantada, fuera de juicio, con tales temblores y tal agitación, tales convulsiones al costado, dolores en la cabeza y palpitación en el corazón, que no me es dado reposar ni de día ni de no-

che. Y dí a mi querida Lydia que no encargue sus vestidos hasta que me haya visto, pues desconoce los mejores almacenes. ¡Oh hermano, qué bueno eres! Sé que tú lo arreglarás todo.

Pero el señor Gardiner, aun repitiendo las seguridades de sus esfuerzos en el asunto, no pudo evitar el recomendarle moderación así en sus esperanzas como en sus temores; y haciendo conversar con ella de ese modo hasta que la comida estuvo en la mesa, dejóla entonces desahogando sus sentimientos con el ama de llaves que la asistía en ausencia de las hijas.

Aunque su hermano y su hermana estaban convencidos de no existir motivo para excluirla de la mesa, no se atrevieron a oponerse a la exclusión por saber que carecía de la suficiente prudencia para refrenar su lengua ante los criados que servían, juzgando mejor que una sola de las domésticas, aquella en quien más podían confiar, conociese todos sus temores y solicitud en el asunto.

En el comedor uniéronseles pronto María y Catalina, que habían permanecido sobrado ocupadas en sus habitaciones para presentarse con anterioridad. La una venía de sus libros; la otra, de su tocador. Mas los rostros de ambas estaban serenos, sin advertirse cambio en ninguna, excepto que la pérdida de la hermana favorita o el coraje con que había tomado el asunto había tornado más colérico que de costumbre el acento de la segunda. En cuanto a la primera, fué lo bastante dueña de sí misma para cuchichear con Isabel, con visos de

gran reflexión, poco después de sentadas a la mesa.

—Es éste el asunto más desgraciado, y probablemente se hablará mucho de él; pero hemos de sobrepujar la oleada de la malicia y derramar sobre los heridos pechos de cada uno el bálsamo del consuelo fraternal.

Al llegar aquí, notando que Isabel no tenía ganas de contestar, añadió:

—Aunque para Lydia haya de ser desdichado el suceso, podemos nosotras sacar del mismo la más provechosa lección: que la pérdida de la virtud en la mujer es irreparable; que un solo paso en falso lleva envuelta la ruina final; que su corazón es no menos quebradizo que su belleza, y nunca puede resultar demasiado circunspecta en su conducta contra las indignidades del otro sexo.

Isabel, asombrada, alzó los ojos; mas se encontró sobrado apurada para contestar. Pero María continuó consolándose con moral por el estilo extraída del peligro que veían ante sí.

Por la tarde las dos mayores de las Bennet pudieron estar a solas durante media hora, e Isabel aprovechó al instante la oportunidad para muchas preguntas que Juana tenía igual deseo de satisfacer.

Tras de unirse ambas en las lamentaciones generales sobre las terribles consecuencias del suceso, que Isabel daba en absoluto por cierto y que la otra no podía dar por imposible, la primera continuó el tema, diciendo:

—Pero cuéntame todo lo referente a ello que no

haya yo oído todavía. Dame más pormenores. ¿Qué dijo el coronel Forster? ¿No sospechaba lo más mínimo la fuga? Seguro que los verían siempre juntos.

—El coronel Forster confesó que con frecuencia había sospechado algún interés, en especial por parte de Lydia; pero nada que le alarmase. ¡Estoy tan apenada por él! Su conducta fué atenta y amable hasta lo sumo. Venía ya a vernos, para hacernos patente su interés, aun antes de tener idea ninguna de que no hubiesen ido a Escocia; cuando esa creencia nació apresuró su viaje.

—Y Denny, ¿estaba convencido de que Wickham no se casaría? ¿Supo que intentaban fugarse? ¿Ha visto el coronel Forster al propio Denny?

—Sí; pero cuando le interrogó, Denny negó saber lo más mínimo del plan y rehusó dar su verdadera opinión sobre ese punto. No repitió su creencia de que no se iban a casar, y por eso me inclino a pensar que antes se le entendiera mal.

—Supongo que hasta que el coronel Forster vino ninguno de casa dudaría de que estuviesen casados.

—¿Cómo era posible que idea semejante entrara en nuestras cabezas? Reputo algo difícil, algo temible pensar en la felicidad de mi hermana casándose con él, cuya conducta he sabido que no siempre ha sido correcta. Mi padre y mi madre nada sabían de eso; sólo reconocían lo imprudente que ese casamiento tenía que resultar. Entonces Catalina confesó, con la natural satisfacción de saber más que el resto de nosotros, que la última

carta de Lydia la había preparado para ese trance. Parece que había conocido que se amaban desde hacía varias semanas.

—Pero no antes de irse a Brighton.

—Creo que no.

—Y el coronel Forster, ¿parecía opinar mal del propio Wickham? ¿Conoce su verdadero modo de ser?

—He de confesar que no habló de él tan bien como lo hacía antes. Lo juzgaba imprudente y desatado. Y después del triste suceso dícese que dejó en Meryton grandes deudas; mas espero que eso resulte falso.

—¡Oh Juana!; ¡si hubiéramos sido menos reservadas, diciendo lo que sabíamos de él, no habría ocurrido esto!

—Acaso habría sido mejor—repuso su hermana—. Mas publicar las faltas anteriores de una persona desconociendo cuáles son sus sentimientos en el momento parece injustificable. Nosotras obramos con la mejor intención.

—¿Repitió el coronel Forster las particularidades de la esquela de Lydia a su mujer?

—La trajo consigo para que la viésemos.

Juana entonces sacóla de su libro de bolsillo y dióla a Isabel. Este era su contenido:

«Querida Enriqueta: Te vas a reír al saber a dónde me he ido, y yo misma no puedo dejar de reírme pensando en tu sorpresa de mañana cuando me eches de menos. Voyme a Gretna Green; y

si no puedes adivinar con quién, creeré que eres una tonta, pues no hay sino un hombre en el mundo a quien yo amo, y el tal es un ángel. Nunca sería feliz sin él; y así, no reputo por daño el irme. No tienes que decir palabra de mi ida en Longbourn si no quieres, porque así será mayor la sorpresa cuando les escriba y firme como Lydia Wickham. ¡Qué buena broma será! Casi no puedo escribir de risa. Suplícote que me excuses con Pratt por no cumplir mi compromiso de bailar con él esta noche; díle que espero que me dispense cuando sepa todo; y añádele que bailaré con él con mucho gusto en el primer baile en que nos encontremos. Enviaré por mis vestidos cuando vaya a Longbourn; mas deseo que le digas a Sally que componga un gran rasguño de mi traje de muselina bordada antes de que lo empaquetes. Adiós. Da mis recuerdos al coronel Forster. Supongo que brindarás por nuestro feliz viaje.

»Tu afectísima amiga,

»LYDIA BENNET.»

—¡Oh loca, loca Lydia!—exclamó Isabel en cuanto la hubo terminado—. ¡Qué carta ésta para escrita en semejante momento! Pero a lo menos muestra que tomaba en serio el objeto de su viaje; sea cualquiera la cosa a que él después pueda haberle persuadido, por su parte no era el suyo plan infamante. ¡Pobre padre mío! ¡Cómo lo habrá sentido!

—Jamás he visto a nadie tan disgustado; no pudo articular una palabra durante diez minutos

seguidos. Mi madre se puso mala al punto, ¡y toda la casa en tal confusión...!

—¡Oh Juana!—exclamó Isabel—. ¿Hubo algún criado en toda ella que no supiese la historia entera antes de acabar el día?

—No lo sé; creo que no. Pero ser circunspecto en aquella ocasión era muy difícil. Mi madre estaba con ataques histéricos, y tratando yo de prestarle toda la asistencia posible, temo no haber hecho tanto como era debido. Mas el horror de lo que podía haber sucedido me privó casi de mis facultades.

—Tus cuidados para con ella han sido excesivos para ti; no tienes buen semblante. ¡Ojalá hubiera estado yo contigo! De esa suerte habrías guardado para ti sola todos tus cuidados y ansiedades.

—María y Catalina han estado muy cariñosas, y estoy persuadida de que habrían participado de todas las fatigas; pero no lo creí conveniente para ninguna de las dos; María estudia tanto, que sus horas de reposo no deben ser interrumpidas. Mi tía Philips vino a Longbourn el martes, después de marcharse mi padre, y tuvo la bondad de permanecer conmigo hasta el jueves. Fué de gran ayuda y comodidad para todas nosotras. Y lady Lucas ha sido muy amable: vino el viernes por la mañana para compadecernos y ofrecernos sus servicios o los de alguna de sus hijas si hubieran servido de alivio para nosotras.

—Mejor habría sido que se quedase en casa—ex-

clamó Isabel—; acaso sus *intenciones* fueran buenas; pero en desgracias como ésta se debe ver muy poco a los vecinos. La asistencia es imposible; la compasión, intolerable. Que triunfen a distancia y estén satisfechos.

Comenzó entonces a interrogar sobre las medidas proyectadas por su padre para cuando se viese en la capital con objeto de recobrar a su hija.

—Creo que piensa—contestó Juana—ir a Epson, sitio donde ellos cambiaron últimamente de caballos; ver a los postillones y tentar si se puede sacar algo de los mismos. Su principal mira ha de ser descubrir el número del coche que los sacó de Clapham. Había llegado de Londres con un ajuste; y como opina mi padre que la circunstancia de que un caballero y una señora se muden de coche puede ser advertida, intenta hacer averiguaciones en Clapham. Por si le era dado descubrir de algún modo en qué casa había dejado antes el cochero a su gente, determinó hacer pesquisas allí, esperando no serle difícil dar con la posada y con el número del coche. No sé que haya formado ningún otro plan; pero tenía tal prisa por ir y su ánimo estaba tan descompuesto, que hallé dificultad hasta para averiguar lo dicho.

CAPITULO XLVIII

Todos esperaban carta del señor Bennet a la mañana siguiente; mas llegó el correo sin traer ni una

sola línea suya. Conocíalo su familia como corresponsal muy negligente y remiso en las ocasiones comunes; pero en aquélla había esperado algún esfuerzo. Viéronse, pues, obligados a colegir que no había noticias gratas que comunicar, aunque aun de eso habrían deseado cerciorarse. El señor Gardiner sólo había aguardado esa carta antes de partir.

Cuando se fué tuvieron los demás seguridad de recibir por lo menos información constante de lo que pasaba, y el señor Gardiner les prometió influir con el señor Bennet para que regresase a Longbourn tan pronto como pudiera, para consuelo de su hermana, quien consideraba eso como la única garantía de que su marido no muriese en duelo.

La señora de Gardiner y sus hijas iban a permanecer en el condado de Hertford algunos días más, pues la primera juzgaba su presencia útil a sus sobrinas. Alternaba con éstas en la asistencia a la señora de Bennet y las servía de gran alivio en sus horas de libertad. Su otra tía visitábalas también a menudo, siempre, como decía, para levantarles el ánimo y darles bríos; pero como nunca dejaba de contarles alguna nueva muestra del desconcierto o desorden de Wickham, rara vez se marchaba sin dejarlas más descorazonadas de lo que las hallara.

Todo Meryton parecía empeñado en ennegrecer al hombre que sólo tres meses antes había semejado casi un ángel de luz. Se decía que estaba en deuda con todos los comerciantes de la plaza, y entre todos ellos se habían extendido sus trampas,

honradas con el nombre de embaucamientos. Todos afirmaban que era el joven más malvado del mundo y todos comenzaron a decir que siempre habían desconfiado de su apariencia de bondad. Isabel, aun no dando crédito a la mitad de lo que se refería, creía lo bastante para afianzar su primitiva creencia en la ruina de su hermana, y hasta Juana principió a verse sin esperanzas, en especial al llegar la época en que, de haber aquéllos ido a Escocia, habríase probablemente debido recibir noticias suyas.

El señor Gardiner salió de Longbourn el domingo, y el martes su mujer recibió carta. Decíale que a su arribo había hallado al punto a su hermano y persuadídole a ir a la calle de la Iglesia de la Merced; que el señor Bennet había estado en Epson y Clapham antes de llegar él, mas sin obtener ninguna noticia favorable, y que ahora se encontraba decidido él a preguntar en todas las principales fondas de la capital, ya que el señor Bennet creía posible que se hubieran albergado en una de ellas a su llegada a Londres, antes de procurarse otro alojamiento. El señor Gardiner no esperaba ningún resultado de esa medida; mas como su hermano estaba ansioso de tomarla, pensaba ayudarle en la empresa. Añadía que el señor Bennet era en absoluto refractario al presente a dejar Londres, y prometía escribir en breve. Había allí también una posdata del tenor siguiente:

«He escrito al coronel Forster suplicándole que

averigüe por alguno de los íntimos del regimiento si Wickham cuenta con algunos parientes o relaciones que puedan suponer con probabilidad en qué parte de la capital puede estar oculto. Si hubiera alguien a quien se pudiese acudir con alguna probabilidad de pescar ese hilo, se obtendría gran resultado. Por ahora nada tenemos que nos guíe. Seguro estoy de que el coronel Forster hará cuanto esté a su alcance para satisfacernos en este particular; pero por segunda mano quizá Isabel pudiera señalarnos mejor que otra persona qué parientes le viven a aquél.»

Isabel no dejó de comprender de dónde procedía esa deferencia a su testimonio; mas no le era dado enviar ninguna información tan satisfactoria como merecía semejante cumplido. Jamás había oído si tenía parientes, excepto su padre y su madre, muertos hacía muchos años. Pero era verisímil que alguno de los compañeros de regimiento pudiera dar mayores informes, y aun sin sentirse inclinada a esperarlos, el preguntarlos lo hallaba acertado.

En Longbourn por entonces todos los días eran de ansiedad; pero el momento de mayor ansia de cada uno era cuando se esperaba el correo. La llegada de cartas era el primer motivo importante de impaciencia de todas las mañanas. Por carta se había de comunicar lo que hubiera que decir de bueno o de malo, y cada día que transcurría se esperaba portador de alguna noticia de importancia.

Mas antes de que volvieran a saber del señor Gardiner llegó para el señor Bennet una carta de otro punto, del señor Collins; y como Juana había recibido orden de abrir cuanto llegase para él en su ausencia, la leyó; e Isabel, que sabía cuán estrafalarias eran siempre tales epístolas, mirando por encima de su hermana, leyóla también. Era como sigue:

«Mi querido primo: Me siento llamado por nuestro parentesco y por mi situación en la vida a compadecerte por la penosa aflicción que estás sufriendo, de la cual fuimos informados por una carta de ese condado. Ten por cierto, querido, que la señora de Collins y yo acompañamos en el sentimiento a tí y a toda tu respetable familia en la actual calamidad, que tiene que ser de lo más amargo, ya que procede de causa que el tiempo no puede alejar. No se han de esperar de mí argumentos que puedan aliviar tan seria desventura o consolar en circunstancias que han de ser más aflictivas para un padre que para todos los demás. La muerte de una hija habría sido una bendición en cotejo con esto. Y hay que lamentarlo más, ya que existen motivos para suponer, como mi querida Carlota me comunica, que esa licencia de conducta de tu hija ha procedido de un erróneo grado de indulgencia; aunque al propio tiempo, para consuelo tuyo y de tu esposa, me incline a pensar que su natural debía de ser malo de por sí, pues de otra suerte no se hiciera culpable de tal enormidad en edad

tan temprana. De cualquier modo que sea, eres, por desgracia, de compadecer; opinión en la cual voy unido no sólo con la señora de Collins, sino asimismo con lady Catalina de Bourgh y su hija, a quienes he contado el hecho. Convienen ellas conmigo en que ese paso en falso de una hija será perjudicial para la suerte de las demás; porque, ¿quién, cual la propia lady Catalina dice afablemente, se querrá unir con semejante familia? Y esta consideración me lleva además a recordar con mayor satisfacción cierto suceso del pasado noviembre, pues a ser la cosa de otro modo habría tenido yo que quedar envuelto en toda vuestra tristeza y desgracia. Permíteme, pues, que te advierta, querido primo, que te consueles cuanto sea posible, que arranques a tu indigna hija de tu estimación para siempre, dejándola coger el fruto de su detestable ofensa a sí misma.

»Quedo, querido», etc., etc.

El señor Gardiner no volvió a escribir hasta haber recibido contestación del coronel Forster, y entonces nada placentero pudo comunicar. No se sabía que Wickham tuviese un solo pariente con quien sostuviese relación, y se daba por cierto que no tenía ninguno próximo. Sus primeras relaciones habían sido numerosas; mas desde su ingreso en la milicia no parecía estar en términos de particular amistad con nadie. No había por consiguiente quien pudiese ser juzgado apto para suministrar noticias de él. Y en el desdichado asunto

de sus intereses había un poderoso motivo para el secreto, que se sumaba con el temor de ser descubierto por la familia de Lydia, pues se había sabido que dejara tras sí deudas de juego en considerable cantidad. El coronel Forster opinaba que serían necesarias más de mil libras para satisfacer sus gastos en Brighton. Mucho debía en la ciudad; pero sus deudas de honor eran aún más formidables. El señor Gardiner no osó ocultar esas particularidades a la familia de Longbourn. Juana las oyó con horror.

—¡Tramposo!—exclamó—; eso sí que era por completo inesperado. No tenía idea de ello.

Añadía el señor Gardiner en esa carta que podían esperar ver a su padre en casa al día siguiente, que era sábado. Desanimado por el mal éxito de sus pesquisas, había accedido a las instancias de su cuñado para volver a su familia, dejándole obrar a él mientras no se ofreciesen circunstancias a propósito para proseguir juntos sus trabajos. Cuando se le dijo esto a la señora de Bennet no expresó tanta satisfacción como sus hijas esperaban en vista de lo que fuera su ansiedad por la vida de él.

—¡Que viene a casa, y sin la pobre Lydia!—exclamó—. Seguro que no abandonará Londres hasta haberlos encontrado. ¿Quién habrá de desafiar a Wickham y hacerle casar si él regresa?

Como la señora de Gardiner deseaba ya verse en casa, convínose que fuera con sus hijas a Londres al mismo tiempo que el señor Bennet regresaba de allí. Por consiguiente, el coche de la casa

llevó a aquéllos durante la primera etapa de su viaje y regresó con su dueño a Longbourn.

Volvía la señora de Gardiner toda perpleja acerca de Isabel y de su amigo del condado de Derby, que en éste la había acompañado. El nombre de Darcy no había sido voluntariamente pronunciado ante ellos por su sobrina, y la especie de semiesperanzas que se habían forjado de que tras ellos viniese alguna carta suya se había desvanecido. Isabel no había recibido desde su llegada ninguna que pudiera venir de Pemberley.

El actual desgraciado estado de toda la familia hacía innecesaria toda otra excusa para explicar el abatimiento de ánimo de Isabel; nada, por ende, podía conjeturarse sobre *aquello*, por más que la propia Isabel, que por entonces conocía bastante bien sus propios sentimientos, supiese perfectamente que si no hubiera sabido nada de Darcy habría tolerado mejor los temores por la deshonra de Lydia. Pensaba que eso le habría ahorrado una o dos noches de no dormir.

Cuando el señor Bennet llegó tenía toda su habitual compostura de filósofo. Habló poco, cual siempre había solido hacer; no mentó el motivo que le hiciera regresar, y transcurrió algún tiempo antes de que sus hijas se revistieran de valor para hablar de aquello.

Sólo por la tarde, al unirse a ellos a la hora del te, fué cuando Isabel se aventuró a presentarle el tema; y entonces, al expresar ella con brevedad su pena por lo que había tenido que sufrir, contestó él:

—No digas eso. ¿Quién merece sufrir sino yo? Ha sido mi propia obra y tengo que dolerme de ella.

—No debes ser tan severo contigo mismo—replicó Isabel.

—Bien puedes hacerme advertencias sobre males tan grandes. ¡La naturaleza humana es tan propensa a caer en ellos! No, Isabelita; déjame una vez en la vida experimentar lo censurable que he sido. No temo quedar dominado por la impresión; esto pasará bastante pronto.

—¿Supones que están en Londres?

—Sí; ¿dónde si no podrían seguir tan ocultos?

—Y Lydia deseaba ir a Londres—añadió Catalina.

—Entonces es feliz—dijo su padre con retintín—, y su estancia allí durará probablemente bastante.

Después de un corto silencio prosiguió:

—Isabelita, no me tengas mala voluntad por haber quedado justificada tu advertencia del pasado mayo, lo cual, visto lo ocurrido, revela cierta alteza de entendimiento.

Fueron interrumpidos por Juana, que venía a buscar el te para su madre.

—¡He ahí una cosa que sienta bien—exclamó él—, que presta cierta elegancia a la desdicha! Otro día haré yo lo propio: me quedaré en mi biblioteca con mi gorro de dormir y mi bata y os proporcionaré todo el quehacer que me sea posible, o acaso lo difiera hasta que Catalina se escape.

—Yo no me escapo, papá—dijo Catalina, colérica—. Si yo hubiera ido a Brighton me habría portado mejor que Lydia.

—¡Ir tú a Brighton! ¡No me fiaría de ti, ni en un sitio tan próximo como Eastbourne, por cincuenta libras! No, Catalina. Al fin he aprendido a ser cauto, y tú sentirás los efectos. No volverá a mi casa un oficial ni aun yendo de camino. Los bailes quedan en absoluto prohibidos, a no ser que asistáis a ellos con una de vuestras hermanas, y jamás saldréis de la puerta de casa sin haber demostrado que habéis vivido diez minutos del día de una manera razonable.

Catalina, que tomó por lo serio todas esas amenazas, comenzó a gritar.

—Bien, bien—dijo él—; no te hagas tú misma desgraciada. Si eres buena muchacha durante los diez primeros años, al cabo de ellos te llevaré a presenciar una revista.

CAPITULO XLIX

Dos días después del regreso del señor Bennet, mientras Juana e Isabel paseaban juntas por el plantío de arbustos posterior a la casa, vieron al ama de llaves que venía hacia ellas, y calculando que era por llamarlas de parte de su madre, corrieron a su encuentro; mas, en vez del aviso esperado, dijo ella a Juana cuando estuvieron cerca:

—Dispense usted, señorita, que la interrumpa;

pero he supuesto que pudiera usted tener alguna buena noticia de la capital y por eso me he tomado la libertad de venir a preguntárselo.

—¿Qué dice usted, Hill? No he sabido nada.

—Querida señorita—exclamó la señora Hill con gran asombro—, ¿ignora usted que ha venido un propio para el amo, enviado por el señor Gardiner? Ha estado aquí media hora, y el amo ha tenido una carta.

Corrieron entonces las dos muchachas, sobrado ansiosas de llegar para seguir conversando; pasaron del vestíbulo al cuarto de almorzar y de allí a la biblioteca; mas su padre no se hallaba en ninguno de esos sitios; y ya iban a buscarlo por arriba, donde estaba su madre, cuando se encontraron con el despensero, quien les dijo:

—Si buscan ustedes a mi amo, señoritas, sepan que está paseando por el sotillo.

Con tales informes, al punto volvieron a atravesar el vestíbulo y, cruzando la pradera, corrieron tras de su padre, el cual deliberadamente seguía su camino hacia un bosquecillo al lado de la cerca.

Juana, que no era tan ligera ni tenía la costumbre de correr que Isabel, quedóse atrás, mientras que su hermana llegaba palpitante a aquél y exclamaba con ansia:

—Papá, ¿qué noticias, qué noticias hay? ¿Has sabido algo de mi tío?

—Sí, he tenido una carta suya por un propio.

—Bien, y ¿qué noticias trae, buenas o malas?

—¿Qué se podía esperar de bueno?—dijo él sa-

cando la carta del bolsillo—. Mas acaso os guste leeria.

Isabel la asió con impaciencia en sus manos. Juana llegaba entonces.

—Léela alto—dijo su padre—, porque yo mismo apenas sé de qué se trata.

«Calle de la Iglesia de la Merced, lunes, »2 agosto.

»Mi querido hermano: Al fin puedo enviarte noticias de mi sobrina, y tales en conjunto que espero que te satisfarán. Poco después de que me dejases el sábado tuve suficiente fortuna para averiguar en qué parte de Londres estaban. Los detalles los reservo hasta que nos veamos; baste saber que están descubiertos; los he visto a ambos.

—Entonces es lo que siempre he esperado—exclamó Juana—: ¡están casados!

Isabel continuó leyendo:

»He visto a los dos. No están casados, ni puedo pensar que tuvieran intención de estarlo; mas si quieres llevar a efecto los compromisos que me he aventurado a proponer de tu parte, creo que no pasará mucho sin que lo estén. Cuanto se requiere de ti es asegurar a tu hija como dote su porción igual en las cinco mi libras aseguradas para tus hijas después de tu muerte y la de mi hermana, y comprometerte además a darle durante tu vida cien libras anuales. Esas son las condiciones, que,

considerado todo, no he dudado en aceptar en tu nombre en cuanto me juzgaba autorizado para ello. Envío ésta por propio, pues no hay tiempo que perder en tener tu contestación. Con facilidad comprenderás por estos detalles que las circunstancias del señor Wickham no son tan desesperadas como se ha creído en general. El mundo se ha equivocado en eso, y me considero dichoso en decir que, aun satisfechas todas sus deudas, habrá algún dinerillo para dotar a mi sobrina, como adición a la propia fortuna de ésta. Si, como calculo que sucederá, me envías plenos poderes para obrar en tu nombre en la totalidad de este negocio, daré al punto órdenes a Haggerston para redactar el oportuno contrato. No hay la menor necesidad de que vuelvas a la capital; por consiguiente, quédate tranquilo en Longbourn y confía en mi diligencia y celo. Remite tu contestación tan pronto como puedas, y cuida de escribir con claridad. Hemos juzgado lo mejor que mi sobrina efectúe su matrimonio saliendo de esta casa, lo que espero que aprobarás. Viene aquí hoy. Volveré a escribir tan pronto como se determine algo más.

»Tu, etc.,

»Ed. Gardiner.»

—¿Es posible?—exclamó Isabel cuando hubo acabado—; ¿es posible que se case con ella?

—Wickham, por lo tanto—dijo su hermana—, no es tan indigno como hemos creído. Querido papá, te doy la enhorabuena.

—¿Y has contestado a la carta?—dijo Isabel.

—No; pero tiene que hacerse eso pronto.

Con la mayor vehemencia le rogó que no pasara más tiempo sin escribir.

—Querido papá—exclamó—, vuelve a casa y escribe al punto. Considera cuán importante es cada momento en estas circunstancias.

—Déjame escribir por ti—dijo Juana—si no quieres molestarte.

—Mucho me disgusta eso—replicó él—, mas hay que hacerlo.

Y dicho eso, regresó con ellas, dirigiéndose a la casa.

—Y supongo—añadió Isabel—que será aceptando.

—¡Aceptar! Sólo me avergüenzo de que pida tan poco.

—¡Y se *casarán!* ¡Es hombre para eso!

—Sí, se casarán. No puede hacer otra cosa. Pero hay dos puntos que necesito aclarar: uno, cuánto dinero ha adelantado tu tío para resolver eso, y otro, cómo se lo pagaré.

—¡Dinero! ¡Mi tío!—exclamó Juana—. ¿Qué quieres decir?

—Digo que no hay hombre en sus cabales que se case con Lydia por tan leve tentación como cien libras anuales durante mi vida y cincuenta tras de mi muerte.

—Es muy cierto—dijo Isabel—, aunque no me haya ocurrido antes a mí. ¡Pagadas sus deudas y quedar todavía algo! ¡Oh! Eso debe de ser obra

de mi tío. ¡Oh varón generoso y bueno! Temo que se haya arruinado: una pequeña suma no podría obrar todo eso.

—No—dijo su padre—. Wickham es un loco si la acepta con un céntimo menos de diez mil libras. Sentiría pensar tan mal de él al punto que comenzamos nuestro parentesco.

—¡Diez mil libras! ¡No lo quiera el Cielo! ¿Cuándo se podría pagar la mitad de esa cantidad?

El señor Bennet no respondió, y abismados todos en sus pensamientos continuaron silenciosos hasta llegar a la casa. El padre entró en la biblioteca para escribir, y las muchachas se dirigieron al cuarto de almorzar.

—¡Y van de veras a casarse!—exclamó Isabel en cuanto se vieron solas—. ¡Qué extraño es eso! ¡Y habremos de dar gracias por ello! A pesar de lo escasa que es la probabilidad de dicha boda y lo malvado del carácter de él, será fuerza que nos regocijemos de que estén casados. ¡Oh Lydia!

—Consuélome con pensar—replicó Juana—que de seguro no se habría casado él con Lydia si no hubiera sentido verdadero interés por ella. Aunque nuestro cariñoso tío haya hecho algo por desembarazarlo, no puedo creer que haya adelantado diez mil libras, ni nada que se le parezca. Tiene ya hijos, y puede tener más. ¿Cómo ahorraría la mitad de esa suma?

—Si cupiese averiguar lo que montan las deudas de Wickham—dijo Isabel—y en cuánto dota por su parte a nuestra hermana sabríamos con exactitud

lo que el señor Gardiner ha hecho por ellos, pues Wickham no posee medio chelín propio. La bondad de mi tío no se podrá jamás pagar. El llevarla a su casa y ponerla bajo su dirección y auxilio personal es sacrificio tal que años de gratitud no bastarán para reconocerlo. ¡En la actualidad está con ellos! Si tamaña bondad no la hace ahora desdichada, nunca podrá ser feliz. ¡Qué encuentro para ella al ver por primera vez a mi tía!

—Hemos de procurar por ambas partes olvidar cuanto ha pasado—dijo Juana—. Espero y confío que todavía serán dichosos. Opino que el consentimiento de él para casarse es prueba de que ha entrado en buen camino. Su mutuo afecto les hará ser prudentes, y me lisonjeo de que los tornará tan razonables que hagan olvidar con el tiempo su pasada imprudencia.

—Su proceder ha sido tal—contestó Isabel—que ni tú ni yo ni nadie lo podrá olvidar jamás. Es inútil hablar de eso.

Ocurriòles entonces a las muchachas que su madre estaría con toda probabilidad ignorante por completo de lo que pasaba. Fueron, pues, a la biblioteca y preguntaron a su padre si no deseaba que se lo hicieran saber a aquélla. Hallábase él escribiendo, y sin levantar la cabeza respondió con frialdad:

—Como queráis.

—¿Podemos coger la carta de nuestro tío para leérsela?

—Coged lo que gustéis, y marchaos.

Isabel tomó del escritorio la carta, y las dos hermanas subieron a la habitación de su madre. María y Catalina estaban con la señora de Bennet, y por consiguiente el comunicarlo a una había de ser hacerlo a todas. Tras una ligera preparación para las buenas nuevas, leyóse en voz alta la carta. La señora de Bennet con dificultad pudo contenerse durante la lectura, y así, en cuanto Juana leyó las esperanzas del señor Gardiner de que Lydia se viese pronto casada estalló su gozo, y todas las frases siguientes aumentaron el mismo. Más exaltada estaba ahora por el gozo que jamás lo estuviera por la angustia y el pesar. Saber que su hija iba a verse casada era lo bastante. No se turbó con el temor de que no fuera feliz ni se consideró humillada con recuerdo ninguno de su mal proceder.

—¡Mi querida, mi querida Lydia!—exclamó—. ¡Es verdaderamente delicioso! ¡Estará casada! ¡La volveré a ver! ¡Estará casada a los diez y seis años! ¡Oh bueno y cariñoso hermano! ¡Ya sabía yo lo que había de suceder; ya sabía que se arreglaría todo! ¡Cuánto ansío verla! ¡Y también ver a Wickham! ¡Pero los vestidos, los vestidos de boda! Escribiré en derechura a mi hermano Gardiner sobre eso. Isabel, querida mía, corre a tu padre y pregúntale cuánto va a darle. Espera, espera, voy yo misma. Toca la campanilla, Catalina, para que venga Hill. Me voy a vestir en un periquete. ¡Mi querida, mi querida Lydia! ¡Qué contentas estaremos ambas cuando nos veamos!

La hermana mayor trató de moderar algo la

violencia de estos transportes, enderezando los pensamientos de su madre hacia las obligaciones con que la conducta del señor Gardiner cargaba a todos.

—Porque hemos de atribuir esta feliz terminación—añadió—en gran parte a su bondad. Estamos persuadidas de que se ha brindado a auxiliar con dinero a Wickham.

—Bien—exclamó la madre—; es muy natural. ¿Quién lo había de hacer sino tu tío? Si no hubiera tenido familia habríamos de haber poseído su fortuna, ya lo sabéis, y ésta es la vez primera que hemos recibido algo de él, fuera de algunos pocos regalos. Bien; ¡soy tan feliz! Dentro de poco tendré una hija casada, ¡la señora de Wickham! ¡Qué bien suena eso! Y sólo cumplió diez y seis años el pasado junio. Querida Juana, me hallo tan emocionada que sé de cierto que no podré escribir; así, que yo dictaré y tú escribirás por mí. Después determinaremos con tu padre lo relativo al dinero; pero las otras cosas hay que arreglarlas al punto.

Disponíase a proceder a todas las menudencias de indianas, muselinas y batistas, y habría al instante dictado algunas órdenes, a no haberla persuadido Juana, aunque con cierta dificultad, a que esperase a poder consultar con sosiego a su padre. Hizo notar que un día de dilación sería de poca monta, y su madre estaba sobrado contenta para seguir tan obstinada como de costumbre. Además, otros planes le vinieron a la cabeza.

—Iré a Meryton—dijo—en cuanto me vista, a

comunicar tan excelentes nuevas a mi hermana Philips. Y al regreso podré visitar a lady Lucas y a la señora de Long. ¡Catalina, baja corriendo y pide el coche! Estoy segura de que el tomar el aire me va a probar muy bien. Niñas, ¿puedo hacer algo por vosotras en Meryton? ¡Oh! Aquí viene Hill. Querida Hill, ¿ha oído usted las buenas noticias? La señorita Lydia va a casarse, y todas ustedes tendrán un bol de ponche que las alegre en la boda.

La señora Hill comenzó al punto a expresar su satisfacción. Isabel recibió su felicitación, como las demás, y entonces, enferma de ver tanta locura, se refugió en su cuarto para pensar con libertad.

La situación de la pobre Lydia habría de ser, aun dando lo mejor, bastante mala; pero no era eso lo peor: tenía que quedar agradecida. Creíalo así Isabel; y aunque mirando a lo por venir no podía esperar en realidad para su hermana ni razonable dicha ni prosperidad en el mundo, mirando hacia atrás, a lo que había temido sólo dos horas antes, comprendió todas las ventajas de lo que había ganado.

CAPITULO L

El señor Bennet había deseado muchas veces antes de este período ahorrar cierta cantidad anual para mejorar el caudal de sus hijas y de su mujer si le sobrevivieran, en vez de gastar todos sus ingresos, y ahora deseaba haberlo hecho más que nun-

ca. Si hubiera procedido así, como era debido, Lydia no necesitaría estar en deuda con su tío por cuanto en la ocasión presente se hiciera por ella, así en cuestión de honra como de crédito. La satisfacción de tentar a alguno de los más valiosos jóvenes de la Gran Bretaña a que fuese su marido hubiera estado entonces muy en su lugar.

Hallábase en extremo inquieto porque un asunto de tan escasa ventaja para cualquiera fuese llevado a cabo sólo por su cuñado, estando decidido a averiguar, si fuese posible, el importe de los auxilios de éste y satısfacerlo en cuanto estuviera a su alcance el efectuarlo.

En los comienzos del matrimonio del señor Bennet la economía fué reputada por inútil en absoluto, porque, cual era natural, había de tener un hijo varón, quien heredaría el vínculo al llegar a la edad necesaria, y la viuda y las hijas menores quedarían así aseguradas. Mas vinieron al mundo sucesivamente tres hijas, y el varón aun estaba por nacer; y aunque ia señora de Bennet, tres años después del nacimiento de Lydia, tenía por seguro que aquél vendría, al fin desesperó. Pero era ya demasiado tarde: la señora de Bennet carecía de dotes de economía, y el amor de su marido a la independencia sólo había impedido que se excediese de sus ingresos.

Cinco mil libras había aseguradas en las capitulaciones matrimoniales para la señora de Bennet y sus hijas; mas de la voluntad de los padres dependía la distribución de las mismas. Por fin este pun-

to iba a decidirse por lo tocante a Lydia, y la señora de Bennet no vaciló en acceder a lo propuesto. En términos, pues, de grato reconocimiento por la bondad de su hermano, aunque expresado todo muy concisamente, confió él al papel su completa aprobación de todo lo hecho y su voluntad de cumplir los compromisos contraídos en su nombre. Antes, jamás había supuesto que de persuadirse Wickham a casarse con su hija se hubiera realizado esto con tan escasa incomodidad para sí propio como con el arreglo actual. Diez libras anuales era a lo más lo que iba a perder al dar las cien que debía entregarles, pues entre los gastos ordinarios fijos, el dinero suelto que él le daba y los continuados regalos en metálico que le llegaban por conducto de su madre, el gasto de Lydia era muy poco menos que aquella suma.

Otra sorpresa por él bien recibida fué que todo se hiciera además con tan insignificante molestia por su parte, pues su principal deseo era siempre tener tan pocas como pudiera en sus asuntos. Pasado el primer impulso de ira, que diera como fruto su actividad en buscarla, tornó de nuevo, como era de esperar, a su habitual indolencia. Despachó pronto la carta, eso sí, porque, aunque tardo en emprender asuntos, era rápido en la ejecución de los mismos. En ella suplicaba más detalles acerca de lo que era en deber a su hermano; mas estaba sobrado resentido con Lydia para decirle a ella nada.

Las buenas nuevas se extendieron velozmente

por la casa y con relativa prontitud por la vecindad. Cierto que habría sido más ventajoso para dar que hablar que la señorita Lydia Bennet hubiera venido a la ciudad, o mejor aún, hubiera sido recluída en alguna granja distante; mas había mucho que charlar sobre su matrimonio; y los buenos deseos de que le fuese bien, antes expresados por todas las malévolas señoras viejas de Meryton, no perdieron sino muy poco de viveza por ese cambio de circunstancias, porque con semejante marido la desgracia se daba por segura.

Hacía quince días que la señora de Bennet no bajaba de sus habitaciones; pero en día tan feliz volvió a ocupar su sitio a la cabecera de la mesa con ánimo muy levantado. No enturbiaba su triunfo ningún sentimiento de vergüenza. El matrimonio de una hija, que fuera el principal objeto de sus anhelos desde que Juana tuvo diez y seis años, iba ahora a celebrarse, y sus pensamientos y sus palabras dirigíanse sólo a cosas relativas a bodas elegantes, muselinas finas y nuevos colores y servidores. Hallábase ocupadísima buscando en la vecindad morada conveniente para su hija, y sin saber ni considerar cuáles podrían ser los ingresos, rechazó muchas por falta de amplitud o de ostentación.

—El parque de Haye—decía—podría servir si los Gouldings lo dejasen, o la casa de Stoke si el salón fuera mayor; ¡pero Ashworth está demasiado lejos! No resistiría yo el tenerla a diez millas; y en cuanto a la Quinta de Purvos, los áticos son terribles.

Su marido dejábala hablar sin interrumpirla mientras los criados estaban presentes. Mas cuando se marcharon le dijo:

—Antes de tomar alguna de esas casas, o todas ellas, para tu hija vamos a entendernos. Hay *una* de las casas de esta vecindad donde nunca serán admitidos. No excitaré la carencia de pudor de ninguno de los dos recibiéndolos en Longbourn.

Larga disputa siguió a esa declaración; pero el señor Bennet se mantuvo firme. Pasóse de ese punto a otro; y la señora de Bennet vió con asombro y horror que su marido no quería adelantar ni una guinea para comprar vestidos a su hija. Protestaba que no recibiría de él ni la menor prueba de afecto con ese motivo. La señora de Bennet no podía comprenderlo; excedía a cuanto imaginaba posible el que la ira de su marido alcanzase tan inconcebible grado de resentimiento como el de retirar a su hija un privilegio sin el cual su matrimonio apenas parecería válido. Más sensible era a la desgracia que la falta de vestidos había de reportar a la boda de su hija que a ninguna suerte de vergüenza por la fuga de ésta y su vida con Wickham quince días antes de que semejante boda se celebrara.

Isabel sentía ahora de modo más profundo haber llegado, impelida por el pesar del momento, a hacer partícipe a Darcy de los temores por su hermana, pues ya que el casamiento iba a dar en breve término feliz a la fuga, debía suponerse que se ocultarían los desfavorables comienzos del asunto a

cuantos no se hallaran inmediatos al lugar del suceso.

No temía que el hecho se propagase por conducto de él. Pocos habría en cuyo secreto hubiera puesto ella mayor confianza; pero, a la par, no había nadie cuyo conocimiento de una flaqueza de su hermana hubiérale mortificado tanto; y no por temor a que de ello se siguiera alguna desventaja individual para sí, porque, de todas suertes, parecía mediar entre ambos un abismo invencible. Aun habiéndose arreglado el matrimonio de Lydia de la manera más honrosa, no era dado suponer que Darcy quisiera emparentar con una familia que a todos sus demás reparos iba a añadir ahora la alianza y parentesco más íntimo con el hombre que con tanta justicia él despreciara.

Ante una cosa así no podía extrañar ella que él retrocediese. El deseo de granjearse su afecto, de que ella se había percatado juzgando los sentimientos de él en el condado de Derby, no podía sobrevivir razonablemente a semejante golpe. Veíase, pues, humillada, entristecida; arrepentíase, aun sabiendo con dificultad de qué. Ansiaba su estimación cuando ya no podía esperar obtenerla; necesitaba oírle cuando semejaba existir la menor probabilidad de avenencia; estaba convencida de poder haber sido dichosa con él cuando no era regular que se encontrasen más.

«¡Qué triunfo para él—pensaba a menudo—si supiera que las proposiciones que con orgullo des-

precié sólo cuatro meses antes serían ahora alegre y gratamente recibidas!»

No dudaba de que era generoso como el que más de su sexo; pero mientras viviese, aquello tenía que constituir un triunfo para él.

Comenzó al presente a comprender que él era con exactitud el hombre que por su modo de ser y su talento le habría convenido más. El entendimiento y carácter de él, aunque no semejantes a los suyos propios, habrían colmado todos sus deseos. Hubiera sido una unión que por fuerza resultaría ventajosa para ambos: con la soltura y viveza de ella el carácter de él habríase dulcificado y sus modales mejorado; y del juicio, cultura y conocimiento del mundo que él poseía habría ella recibido beneficios de importancia.

Mas semejante matrimonio no habría de mostrar a la admirada multitud en qué consistía la felicidad conyugal; iba a efectuarse en su familia otra unión diferente que excluía la posibilidad de la primera.

No podía imaginar de qué modo Wickham y Lydia podrían sostenerse con tolerable independencia; pero conjeturaba con facilidad cuán escasa dicha estable podía darse en una pareja unida sólo porque sus pasiones eran más fuertes que su virtud.

* * *

El señor Gardiner volvió pronto a escribir a su hermano. Al agradecimiento del señor Bennet con-

testaba con brevedad, asegurando su deseo de contribuir al bienestar de todos los de su familia, y terminaba con instancias para que el asunto no se volviera a mencionar. El principal objeto de la carta era para informarle de que Wickham había resuelto abandonar la milicia en que se hallaba.

«Mucho ansiaba yo que así fuera—añadía—en cuanto se ultimó el matrimonio; y creo que convendrás conmigo y considerarás la salida de ese Cuerpo como altamente provechoso así para él como para mi sobrina. La intención del señor Wickham es entrar en el Ejército regular, y entre sus antiguos amigos hay todavía quien puede y quiere ayudarle a conseguirlo. Se le ha prometido el grado de alférez en el regimiento del General..., ahora acuartelado en el Norte. Es una ventaja haberle de tener tan lejos de esta parte del reino. El promete resueltamente, y espero que sea así, que viéndose ante otra gente, entre la cual ambos deberán conservar su crédito, los dos serán más prudentes. He escrito al coronel Forster participándole nuestros arreglos y suplicándole que satisfaga a los varios acreedores del señor Wickham en Brighton y sus cercanías con seguridades de inmediato pago, al cual yo mismo me he comprometido. ¿Quieres tomarte la molestia de llevar iguales seguridades a los de Meryton, de los cuales te incluyo lista de acuerdo con la información de aquél? Nos ha confesado todas sus deudas, y espero por lo menos que no nos haya engañado. Haggerston tiene nuestras instrucciones, y todo se terminará en una se-

mana. Entonces se unirá al regimiento, a no ser que primero se le invite a Longbourn; y sé por la señora de Gardiner que su sobrina abriga de veras deseos de veros a todos antes de dejar el Sur. Hállase buena, y suplica que os acordéis de ella tú y su madre.

»Tu, etc.,

»E. Gardiner.»

El señor Bennet y sus hijas vieron las ventajas de la salida de Wickham de la milicia del condado tan claro como lo había visto el señor Gardiner; mas la señora de Bennet no se complacía tanto con ello. El que Lydia se estableciera en el Norte precisamente cuando ella había esperado mayor agrado y enorgullecimiento con su compañía, ya que no había prescindido del placer de que residiera en el condado, era disgusto grande; y además, era lástima que Lydia se separara de un regimiento donde era conocida de todos y tenía tantos admiradores.

—¡Quiere tanto a la señora de Forster—decía— que le será horrible en verdad el dejarla! Y además hay varios muchachos que le gustan mucho. No serán tan simpáticos los oficiales en el regimiento del General...

La súplica de su hija—pues como tal había que considerarla—de ser admitida de nuevo en la familia antes de partir para el Norte recibió pronto rotunda negativa; pero Juana e Isabel, que, mirando a los sentimientos y al porvenir de su her-

mana, convenían en desear que diese cuenta de su matrimonio a sus padres, insistieron con tal viveza, y hasta de modo tan razonable y dulce, en que su padre recibiese a ella y a su marido en Longbourn en cuanto se casasen, que le persuadieron a opinar con ellas y a obrar conforme a su deseo; y así, su madre tuvo la satisfacción de saber que podría presentar a la vecindad a su hija casada antes de ser ésta desterrada al Norte. En consecuencia, cuando el señor Bennet volvió a escribir a su hermano dió su permiso para que aquéllos viniesen, determinándose que en cuanto acabase la ceremonia seguirían a Longbourn. Isabel quedó no obstante sorprendida de que Wickham consintiese en semejante plan, y, a consultar sobre su propio deseo, habría concluído que el último de los suyos era encontrarse con él.

CAPITULO LI

El día de la boda de Lydia llegó, y Juana e Isabel se interesaron por ésta más probablemente que la misma por sí. Envióse el coche para que los encontrase en *** y para que vinieran en él a la hora de comer. De su llegada dieron aviso las mayores de las Bennet, y en especial Juana, quien suponía en Lydia los mismos sentimientos que a ella le habrían embargado si hubiera sido la culpable, y se hacía desgraciada pensando en lo que su hermana debía sufrir.

Llegaron. La familia estaba reunida en el cuarto de almorzar para recibirlos. La sonrisa adornaba el rostro de la señora de Bennet cuando el coche se detuvo a la puerta; su marido parecía impenetrablemente serio; sus hijas, alarmadas, ansiosas, inquietas.

Oyóse la voz de Lydia en el vestíbulo; se abrió la puerta y corrió aquélla al cuarto. Su madre se detuvo ante ella, la abrazó y le dió con entusiasmo la bienvenida; ofreció con afectuosa sonrisa su mano a Wickham, que seguía a su mujer, deseando felicidad a ambos con alegría que no dejaba duda sobre su dicha.

El recibimiento no fué tan por completo cordial por parte del señor Bennet, hacia quien luego se volvieron. El aspecto del mismo más bien ganó entonces en austeridad y apenas abrió los labios. El tranquilo descaro de la joven pareja era en verdad suficiente cosa para provocarle. Isabel quedó disgustada, y aun Juana asustada de lo que veía. Lydia era Lydia: indómita, descocada, salvaje y sin temor alguno. Fué de hermana en hermana pidiendo que la felicitaran, y cuando al cabo todas se sentaron, miró con avidez por toda la estancia, tomó nota de cierta pequeña alteración en la misma y dijo, con una carcajada, que hacía mucho tiempo desde que no estaba allí.

Wickham tampoco se encontraba más triste que ella; pero sus modales eran siempre tan agradables, que si su carácter y su casamiento hubieran sido exactamente como debieran, sus sonrisas y sus

desenvueltos ademanes al reclamar el reconocimiento de su parentesco por sus cuñadas habrían agradado a todas éstas. Isabel no le había supuesto apto para manifestar descaro tal; mas se sentó, resolviendo para sus adentros no fijar en adelante límites para la desvergüenza de un desvergonzado. Se sonrojó *ella*, y Juana también se sonrojó; pero las mejillas de aquellos que causaban ese sonrojo no experimentaron cambio ninguno.

No faltó conversación. Ni la novia ni su marido podían hablar más aprisa, y Wickham, que resultó sentado al lado de Isabel, comenzó a preguntar por sus conocidos de la vecindad con tal facilidad y buen humor que se encontró ella muy desigual a él en la contestación. Ambos, Lydia y Wickham, parecían tener la más dichosa memoria del mundo. Nada de lo pasado recordaban con pena, y la primera entró de propósito en temas a que sus hermanas no habrían aludido por nada.

—Creo que sólo han transcurrido tres meses —exclamó ella—desde que me fuí y aun me parece que no han sido sino quince días; y, no obstante, han ocurrido bastantes cosas en ese tiempo. ¡Dios mío! Cuando me fuí, bien cierto es que no tenía idea de verme casada al regresar, aunque sí creía que sería buena broma el que lo estuviera.

Su padre alzó los ojos, Juana se entristeció, Isabel miró con expresión a Lydia; mas ésta, que nunca veía ni oía lo que no le interesaba, continuó alegremente:

—¡Mamá!, ¿sabe la gente de por aquí que estoy

casada? Temo que no; y por eso, cuando encontramos a Guillermo Goulding en su cochecito me decidí a hacérselo saber; y así, bajé el vidrio que daba a su lado, me quité el guante y dejé reposar mi mano justamente sobre el marco de la ventanilla para que aquél viese mi anillo; y entonces le saludé y me sonreí, como dándoselo a entender.

Isabel no pudo soportar eso más. Levantóse y corrió a su cuarto, no volviendo hasta haber oído que pasaban por el vestíbulo al comedor. Unióse entonces con ellos lo suficientemente pronto para ver a Lydia dirigirse con gran prosopopeya al costado derecho de su madre, diciendo a su hermana mayor:

—¡Juana, ahora ocupo yo tu puesto; tú tienes que ir más abajo, porque yo soy una mujer casada!

No había que suponer que el tiempo proporcionase a Lydia la cautela de que hasta aquí había estado tan ayuna. Ansiaba ver a la señora de Philips, a los Lucas, a todos los demás vecinos, y oírse llamar señora de Wickham por todos ellos; y por de pronto, así que comió fué a enseñar su anillo, jactándose de estar casada, a la señora Hill y a las dos criadas.

—Bien, mamá—dijo cuando todas volvieron al cuarto de almorzar—; ¿qué piensas de mi marido? ¿No es un hombre encantador? Segura estoy de que mis hermanas me envidian; sólo deseo que tengan la mitad de suerte que yo. Deben ir to-

das a Brighton: ése es el sitio para pescar maridos. ¡Qué lástima, mamá, que no vayamos allí todos!

—Muy cierto; y si yo mandase, iríamos. Pero, querida Lydia mía, no me gusta que te vayas tan lejos. ¿Es preciso?

—¡Oh Dios mío, sí!; pero no importa; me gustará aquello más que todas las cosas. Tú y papá y mis hermanas habéis de venir a vernos. Estaremos en Newcastle todo el invierno, y me atrevo a asegurar que allí habrá algunos bailes, y tendré cuidado de obtener buenas parejas para todas ellas.

—¡Oh! Eso me gustará más que nada.

—Y en aquel caso, cuando regreséis podréis dejar con nosotros a una o dos de mis hermanas; y afirmo que tendrá marido antes de terminar el invierno.

—Por mi parte te agradezco la intención—dijo Isabel—; pero no me agrada gran cosa tu sistema de pescar maridos.

Los visitantes no iban a permanecer allí sino unos diez días. Wickham había recibido su destino antes de dejar Londres y tenía que unirse con su regimiento al cabo de una quincena.

Nadie, excepto la señora de Bennet, sentía que su estancia fuera tan corta, y aquélla empleó la mayor parte del tiempo en hacer visitas con su hija y tener frecuentes reuniones en su casa. Semejantes reuniones eran gratas a todos; el evitar el círculo de la familia era todavía más apetecible a los que reflexionaban que a los que no.

El afecto de Wickham por Lydia era exacta-

mente como Isabel había esperado, y no igual el de Lydia por él. Apenas necesitó Isabel observar a ésta para comprender, por razón de los hechos mismos, que la fuga se había verificado más bien por la fuerza del amor de ella a él que no por el de él a ella; y se habría admirado de que accediera él a fugarse sin violenta atracción hacia la que era su mujer, si no hubiera tenido por cierto que la huída la requería lo desdichado de sus circunstancias; pero siendo ése el caso, no era él joven para resistir a la oportunidad de ganar una compañera.

Lydia lo amaba con exceso: era él su querido Wickham en todos los momentos; nadie podía competir con él. A sus ojos, él obraba lo mejor del mundo, estando segura de que a comienzos de septiembre mataría él más pájaros que todos los otros del país.

Una mañana, poco después de su arribo, mientras estaba sentada con sus dos hermanas mayores dijo a Isabel:

—Me parece, Isabel, que no te he contado todavía mi boda. No te encontrabas aquí cuando hablé a mamá y las otras sobre eso. ¿No tienes curiosidad de saber cómo fué?

—En realidad, no—replicó Isabel—; creo que no debes hablar mucho sobre eso.

—¡Ah! ¡Eres tan rara! Pero yo he de contarte cómo fué. Ya sabes que nos casamos en San Clemente porque el alojamiento de Wickham pertenecía a dicha parroquia. Habíase acordado que todos estuviésemos allí a las once. Mis tíos y yo

ibamos a ir juntos, y los demás nos habían de encontrar en la iglesia. Bien; pues llegó el lunes por la mañana, ¡y yo estaba con tal alboroto! ¿Sabes? ¡Temía tanto que ocurriese algo que lo echase todo a paseo y me dejase por completo fastidiada! Y durante todo el tiempo en que me vestí, allí estuvo mi tía predicándome y hablándome cual si me leyera un sermón. Mas yo no escuché la décima parte de sus palabras, porque, como puedes suponer, pensaba en mi querido Wickham. Ansiaba saber si se casaría con su traje azul.

Bien; almorzamos a las diez, como de costumbre. Yo pensaba que aquello no iba a acabar, porque has de saber además que mi tío y mi tía habían estado sumamente desagradables conmigo todo el tiempo que estuve con ellos. Créeme; no puse los pies fuera de casa en los quince días: ni una reunión, ni una excursión; ¡nada! Cierto que Londres más bien parecía desanimado; pero el Pequeño Teatro estaba abierto. Bien; pues así que llegó el coche a la puerta mi tío fué requerido para cierto asunto por aquel horrible señor Stone. Y ya sabes que cuando están juntos la cosa no tiene fin. Bien; pues como me hallaba tan temerosa, no sabía qué hacer; porque mi tío me iba a abandonar, y si llegábamos pasada la hora no nos casábamos en todo el día. Pero, felizmente, mi tío llegó a los diez minutos; salimos todos. Mas yo recordé después que si se hubiese visto él imposibilitado de ir, la boda no se habría suspendido, porque el señor Darcy podía haber hecho su papel tan bien como él mismo.

—¡El señor Darcy!—repitió Isabel con el mayor asombro.

—¡Oh, sí!; iba a ir allá con Wickham, ¿sabes? Pero, ¡pobre de mí! ¡Lo había olvidado por completo! No debiera haber dicho ni una palabra de eso. ¡Se lo prometí a ambos tan confiadamente! ¿Qué dirá Wickham? ¡Debía estar eso tan secreto!

—Si tenía que quedar secreto—dijo Juana—no digas más sobre el asunto. Cuenta con que no trataré de saber más.

—¡Oh!, cierto—dijo Isabel, aunque ardiendo en curiosidad—; no te haremos preguntas.

—¡Gracias!—dijo Lydia—; porque si las hiciereis es seguro que os contaría todo, y entonces Wickham se enfadaría.

Con semejante incentivo para preguntar, Isabel se vió obligada a prescindir de hacerlo y a marcharse.

Mas vivir en la ignorancia de semejante cosa era imposible, o por lo menos lo era no tratar de informarse. Darcy había estado en la boda de su hermana. Precisamente era ésa una escena ejecutada por unas personas cerca de todo lo cual parecía que él tenía bien poco que hacer y a todo lo cual también debía experimentar bien poca tentación de asistir. Por su cerebro cruzaron, rápidas y confusas, conjeturas sobre la significación de ese hecho; mas no quedó satisfecha con ninguna. Las que más le complacían, porque elevaban la figura de aquél, semejaban ser improbables. No podía soportar tamaña incertidumbre, y así, cogiendo pre-

surosa una hoja de papel, escribió una breve carta a su tía pidiéndole aclaración de lo que Lydia había soltado, si fuese compatible con el secreto que se había impuesto.

«Con facilidad comprenderás—añadía—que mi curiosidad requiere saber cómo una persona desligada de todos nosotros, y—hablando comparativamente—un extraño a nuestra familia, ha estado con vosotros en ese momento. Suplícote que me escribas al instante y que me lo hagas comprender, a no ser que por muy poderosas razones haya de permanecer en el secreto que Lydia juzga necesario; y en ese caso, habré de probar a quedar satisfecha con la ignorancia.

»No es que *haya* de hacerlo, sin embargo—pensó para sus adentros, y acabó su carta—; y, querida tía, si no me lo cuentas, me veré forzada a usar tretas y estratagemas para descubrirlo.»

El delicado sentido del honor que poseía Juana vedóle hablar en particular a Isabel de lo que Lydia dejara escapar. Isabel se alegró de ello, aunque resultaba así que si sus inquisiciones recibían algún éxito se vería privada de confidente.

CAPITULO LII

Isabel tuvo la satisfacción de recibir contestación a su carta tan pronto como fué posible. Apenas se vió en posesión de ella corrió al sotillo, donde era menos probable que fuese interrumpi-

da; se sentó sobre un banco y se preparó a la felicidad, pues el final de la carta la convenció de que no contenía repulsa.

«Calle de la Iglesia de la Merced, 6 sep-
»tiembre.

»Mi querida sobrina: Acabo de recibir tu carta y voy a dedicar toda la mañana a contestarla, pues pienso que *poca* escritura no podrá abarcar lo que tengo que comunicarte. He de confesarme sorprendida por tu pregunta: no la esperaba de *ti*. No te incomodes, pues sólo deseo hacerte saber que no imaginaba que semejantes indagaciones fuesen precisas por *tu* padre. Si no quieres entenderme, perdona mi impertinencia. Tu tío está tan sorprendido como yo, y sólo la creencia de que eras parte interesada le habría permitido obrar como lo ha hecho. Mas por si en realidad eres inocente o ignorante, habré de ser más explícita.

»El mismo día de mi llegada a casa desde Longbourn tu tío había tenido una visita muy inesperada. El señor Darcy vino y estuvo encerrado con él varias horas. Todo estaba arreglado cuandoyo llegué; así que mi curiosidad no se vió tan horriblemente atormentada como la tuya parece estarlo. Vino a decir a Gardiner que había descubierto dónde se encontraban Wickham y tu hermana, y que los había visto y hablado a los dos: a Wickham, repetidas veces; a tu hermana, sólo una. Por lo que puedo colegir, él abandonó el condado de

Derby sólo un día después que nosotros, viniendo a la capital con resolución de buscarlos. El motivo confesado era su convicción de que a él se debía que el descrédito de Wickham no hubiera sido tan bien conocido que hiciera imposible a toda muchacha regular amarle o fiarse de él. Con generosidad imputó todo a su ciego orgullo, confesando que antes había juzgado indigno de su persona poner a vista del público sus acciones privadas: su modo de ser había de hablar por él. Pero veía ahora que su deuda aumentaba, y trataba de remediar un daño acarreado por él mismo. Si tenía otro motivo, supongo que no sería deshonroso. Había pasado algunos días en la capital sin poder descubrirlos; mas disponía de algo que le podía guiar en sus pesquisas, lo cual era más de lo que nosotros teníamos, y el saberlo era también otra razón para seguirlas.

»Parece que hay una señora, una tal señora Young, que fué tiempo atrás aya de la señorita de Darcy y hubo de ser destituída de su cargo por algún motivo censurable, aunque él no nos dijo cuál. Al ocurrirle eso tomó ella una amplia casa en la calle de Eduardo, y desde entonces se venía sosteniendo con el alquiler de habitaciones. Esta señora Young hallábase, según él sabía, en íntima relación con Wickham, y a ella acudió en busca de noticias de éste en cuanto llegó a la capital. Mas pasaron dos o tres días antes de poder obtener de la misma lo que necesitaba. Supongo que no quiso ella hacer traición a su confianza sin soborno y corrupción, ya que, en realidad, desde el principio

sabía dónde se encontraba su amigo. Wickham, en efecto, había acudido a ella a su llegada a Londres, y si ella hubiera podido recibirlos en su casa habrían tenido su alojamiento allí. Mas al cabo nuestro amable amigo consiguió la dirección que buscaba. Estaban en la calle de ***. Vió a Wickham, y después insistió en ver a Lydia. Su primer objeto cerca de ella era, cual reconoció, persuadirla a que saliera de su desgraciada situación del momento, volviendo a su familia en cuanto se pudiera conseguir que la recibieran, y ofreciéndole su ayuda hasta donde pudiera alcanzar. Pero encontró a Lydia resuelta por completo a seguir donde estaba. No se cuidaba ella de nadie de su familia; no necesitaba de la ayuda de él; no quería oír nada referente a abandonar a Wickham; estaba convencida de que se casarían una vez u otra, y no le importaba mucho saber cuándo. Siendo éstos sus sentimientos, él pensó que sólo restaba facilitar y asegurar el matrimonio, el cual, en su primer diálogo con Wickham, conoció él que no estaba en los planes de éste. Confesóse Wickham obligado a abandonar su regimiento por ciertas deudas de honor que le oprimían; no tuvo escrúpulos en hacer recaer sólo sobre la locura de Lydia todas las malas consecuencias de su huída, y en cuanto a su futura situación, poco podía prever de ella: tenía que irse a alguna parte, pero no sabía adónde, y conocía que no tenía nada para vivir.

»El señor Darcy le preguntó por qué no se había casado de una vez con su hermana. Aunque al se-

ñor Bennet no lo imaginaba muy rico, algo habría podido hacer por él en aquel caso, y su situación habría quedado mejorada con el matrimonio. Pero en la contestación a esta pregunta entrevió que Wickham acariciaba todavía la idea de crearse más sólida fortuna casándose en algún otro punto. Con todo, en las circunstancias en que se veía no parecía irreductible contra la tentación de remedio inmediato.

»Entrevistáronse muchas veces, porque había mucho que discutir. Wickham, desde luego, necesitaba más de lo que podía obtener; pero al fin se redujo a lo razonable.

»Cuando todo se halló convenido entre *ellos*, el primer paso del señor Darcy fué hacer sabedor de ello a tu tío, y entonces vino por primera vez a la calle de la Iglesia de la Merced, en la tarde anterior a que yo llegase a casa. Pero Gardiner no le pudo ver, y el señor Darcy supo, gracias a mayores inquisiciones, que tu padre seguía aún con él, pero que iba a abandonar la capital a la mañana siguiente. No juzgó que tu padre fuera persona con quien poder tratar de esto tan bien como con tu tío, y al punto retrasó el ver a éste hasta después de la marcha de aquél. No dejó, pues, su nombre, y hasta el día siguiente se supo sólo que un caballero había venido por cuestión de negocios.

»El sábado volvió a venir. Tu padre se había ido, tu tío estaba en casa, y como te he dicho antes, tuvieron mucho que hablar reunidos.

»Juntáronse de nuevo el domingo, y entonces le

vi yo también. No estuvo todo decidido hasta el lunes, y en cuanto lo estuvo se envió el propio a Longbourn. Pero nuestro visitante se mostró muy obstinado; ten por seguro, Isabel, que la obstinación es, después de todo, el verdadero defecto de su carácter. Ha sido acusado de muchas faltas en diferentes ocasiones, pero ésa es la única verdadera. Nada habría de hacerse que no hubiera de hacerlo él mismo; aunque estoy segura—y no digo nada para que lo agradezcas, y por consiguiente no hables de ello—de que tu tío habría arreglado todo muy al instante.

»Batallaron juntos largo tiempo, que fué mucho más de lo que ni el caballero ni la señorita interesados en ello merecían. Pero al cabo tu tío se vió obligado a ceder; y en vez de permitírsele que fuera útil a su sobrina se vió reducido a tener sólo la apariencia de serlo, aunque con repugnancia; y pienso en realidad que tu carta de esta mañana le ha proporcionado gran placer, porque necesitaba dar una aclaración que le quitase sus plumas prestadas y concediera la alabanza a quien es debida. Pero, Isabel, esto no salga de ti, o a lo más de Juana.

»Supongo que sabes suficientemente bien lo que se ha hecho por ese joven. Sus deudas, que creo que montan considerablemente más de mil libras, van a ser satisfechas; otras mil fijadas para ella como adición a lo suyo propio; y el empleo de él está conseguido. Las razones por las cuales el señor Darcy debía hacer todo esto son sólo las que

te he expuesto con anterioridad: debíase a él, a su reserva y falta de conveniente consideración, que el carácter de Wickham hubiese sido mal conocido, y en consecuencia que hubiera sido él recibido y considerado como lo fuera. Acaso haya alguna verdad en esto, aunque dudo que su reserva, ni la reserva de nadie, pueda ser responsable del suceso. Mas, a pesar de toda su fina charla, mi querida Isabel, puedes quedar por completo segura de que jamás habría cedido tu tío si no hubiéramos prestado crédito a él *por otro interés* en el asunto.

»Cuando todo estuvo resuelto volvió otra vez cerca de sus amigos, que seguían todavía en Pemberley; mas prometió que estaría en Londres otra vez al efectuarse la boda y que todas las cuestiones de dinero se solventarían entonces.

»Creo que ya te he contado todo. Es una relación que, según me dices, te ha de sorprender mucho; pero, por lo menos, supongo que no te proporcionaré ningún desagrado. Lydia vino a nuestra casa y Wickham ha tenido constante acceso a ella. Este ha sido aquí exactamente lo que era cuando le conocí en el condado de Hertford; mas no querría decirte cuán poco satisfecha he estado con la conducta de ella durante su permanencia con nosotros si no hubiera notado por la carta de Juana del miércoles que su proceder al llegar a vuestra casa ha sido con exactitud el mismo, por lo cual lo que ahora te diga no habrá de sorprenderte. Habléle repetidas veces del modo más serio, re-

presentándole la desgracia que había acarreado a su familia. Si me oyó, sería por casualidad, porque estoy convencida de que no me atendía. Algunas veces llegó a cargarme; mas entonces me acordaba de mis queridas Isabel y Juana, y por éstas me revestía de paciencia con aquélla.

»El señor Darcy fué puntual en su regreso, y, cual os dijo Lydia, asistió a la boda. Comió con nosotros al día siguiente, e iba a salir de la capital el miércoles o jueves. ¿Te incomodarás conmigo, querida Isabelita, si aprovecho esta oportunidad para decirte—lo que nunca me había atrevido a decir antes—cuánto me gusta? Su conducta con nosotros en todo ha sido tan agradable como cuando estábamos en el condado de Derby. Su entendimiento, sus opiniones, todo me es grato; no le falta mas que un poco de viveza, y eso, si se casa prudentemente, su mujer se lo podrá enseñar. Téngolo por muy disimulado; apenas pronunció tu nombre. Pero el disimulo parece estar de moda.

»Suplícote que me dispenses si he sido muy presumida, o por lo menos que no me castigues hasta el punto de excluirme de P. Nunca seré por completo feliz hasta que haya dado toda la vuelta al parque. Un faetón bajo con un lindo par de jacas sería el ideal.

»Pero no puedo escribirte más. Los niños me han estado echando de menos durante la última media hora.

»Tu muy afectísima

»M, Gardiner.»

El contenido de esta carta dejó a Isabel en una agitación de espíritu en que era difícil determinar si el placer o la pena tomaban mayor parte. Probado quedaba ser ciertas las vagas e indeterminadas sospechas que su incertidumbre sobre lo que Darcy hiciera para llevar adelante el casamiento de su hermana había hecho nacer, sospechas que ella había temido alentar por referirse a esfuerzos sobrado grandes de bondad para ser probables, y que a la par temió que fuesen fundadas por la pena que consigo llevaba la obligación. Habíales él seguido de propósito a la capital y tomado sobre sí toda la molestia y mortificación inherentes a semejante busca, en la cual había sido necesaria la súplica a una mujer a quien él debía abominar, y donde se había visto constreñido a tratar, a tratar con frecuencia, a persuadir, y a la postre a sobornar, al hombre a quien más habría deseado evitar y cuyo sólo nombre era para él castigo el pronunciarlo. Todo eso lo había hecho en beneficio de una muchacha por quien no podía interesarse y a quien no podía estimar. Su corazón le decía que lo había hecho por ella misma; mas esa esperanza era reprimida por otras consideraciones, y pronto conoció que holgaba su vanidad pretendiendo explicar el hecho por su afecto hacia ella, hacia una mujer que le rechazara, afecto que, de existir, tendría que ser capaz de sobreponerse a sentimiento tan natural como el del odio al parentesco con Wickham. ¡Ser cuñado de Wickham! Todo linaje de orgullo tenía que revolverse contra

ese vínculo. Cierto que él había hecho mucho, y avergonzada se veía ella de lo mucho que era; pero había dado una razón para su intervención, la cual no exigía extraordinario esfuerzo para ser creída. Era razonable pensar que él se hubiera creído equivocado; era liberal, y poseía los medios de practicar la liberalidad; y aun sin tenerse ella por su principal móvil, cabía pensar acaso que cierto interés por ella que le quedase le habría aguijoneado a hacer esas inquisiciones en un asunto que tocaba sin embargo a la paz de su espíritu. Era penoso, extraordinariamente penoso, quedar obligados a una persona que jamás podría recibir el pago. Debían la salvación de Lydia, su reputación, todo a él. ¡Oh! ¡Cuán profundamente le entristecían todos los sentimientos ingratos que siempre había alimentado por él, todas las palabras insolentes que le dirigiera! Estaba avergonzada de sí misma, pero orgullosa de él: orgullosa, porque en un asunto de compasión y de honra no había podido quedar mejor. Leyó una y otra vez el elogio que de él hacía su tía; y aunque no lo encontraba suficiente, le agradó. Sentía placer, aunque mezclado con pena, al ver cuánta seguridad abrigaban ambos, su tío y su tía, de que subsistía afecto y confianza entre Darcy y ella.

Levantóse de su asiento y salió de su meditación al notar que alguien se aproximaba; y antes de que pudiera llegar a otro sendero fué sorprendida por Wickham.

—Temo interrumpir tu solitario paseo, querida hermana—díjole en cuanto se le unió.

—Así es en verdad—replicó ella con una sonrisa—; mas no se sigue de ahí que la interrupción sea mal recibida.

—Mucho sentiría que lo fuese. *Nosotros* siempre hemos sido buenos amigos.

—Cierto. ¿Han salido los demás?

—No lo sé. Los señores de Bennet y Lydia han ido en coche a Meryton. Y bien, querida hermana, sé por nuestros tío y tía que has estado hace poco en Pemberley.

Ella contestó con una afirmación.

—Casi te envidio el placer, y aun creo que, si eso no fuera excesivo para mí, pasaría por allí en mi viaje a Newcastle. Supongo que verías a la anciana ama de llaves. ¡Pobre Reynolds! Siempre me quiso mucho. Pero, por supuesto, no me nombraría delante de vosotros.

—Sí, lo hizo.

—¿Y qué dijo?

—Que te habías marchado al ejército y que temía que no te hubiera ido bien. De tan lejos, comprendes, las cosas se saben mal.

—Cierto—contestó él mordiéndose los labios.

Isabel creyó haberlo reducido al silencio; mas pronto dijo él:

—Me ha sorprendido ver a Darcy el mes pasado en la capital. Estuvimos juntos muchas veces. Me intriga conocer qué podía estar haciendo allá.

—Quizá preparando su matrimonio con la señorita de Bourgh—dijo Isabel—. Debe de ser raro encontrarle allí en esta estación.

—Sin duda. ¿Le viste mientras estuvisteis en Lambton? Creo haber sabido por los Gardiner que sí.

—Sí; nos presentó a su hermana.

—¿Y te gustó ella?

—Muchísimo.

—Es verdad que he oído que ha mejorado extraordinariamente en este año o en estos dos. Cuando la vi la última vez no prometía mucho. Celebro que te gustase. Espero que le irá bien.

—Me atrevo a decir que así le irá: ha pasado la edad más difícil.

—¿Pasaste por el pueblo de Kimpton?

—No me acuerdo.

—Lo menciono porque es la morada que yo debía tener. ¡Qué sitio tan delicioso! ¡Excelente abadía! Habríame convenido desde todos los puntos de vista.

—¿Te hubiera gustado mucho componer sermones?

—Muchísimo. Lo habría considerado como parte de mis obligaciones, y pronto habría sido nulo el esfuerzo para componerlos. No debe uno quejarse; pero ten por cierto que eso habría sido a propósito para mí. La quietud, el retiro de semejante vida habrían colmado todas mis ideas de felicidad. ¡Pero no había de ser! ¿Has oído mencionar a Darcy los detalles de eso cuando estuviste en Kent?

—He oído, de testimonio que tengo por bueno, que eso se te dejó sólo condicionalmente y a voluntad del actual patrono.

—¿Has oído eso? Sí, algo había así; de esa manera te lo conté la primera vez; debes recordarlo.

—También oí que hubo un tiempo en que el componer sermones no era para ti cosa tan grata como parece serlo ahora; que entonces declaraste tu resolución de no ordenarte nunca, y que el asunto se zanjó en armonía.

—¡Sí!; no deja eso de tener fundamento. Debes recordar lo que te dije en cuanto a lo mismo cuando hablamos de ello la primera vez.

Hallábanse a la sazón ya casi a la puerta de la casa, pues Isabel había seguido paseando por desembarazarse de él; y no queriendo provocarle, en atención a su hermana, díjole sólo, con sonrisa de buen humor:

—Vamos, Wickham; somos hermano y hermana, ¿sabes? No disputemos sobre lo pasado. En adelante supongo que siempre pensaremos igual.

Dióle la mano; él la besó con afectuosa galantería, aunque apenas sabía qué cara poner, y penetraron en la casa.

CAPITULO LIII

Wickham quedó tan por completo satisfecho con esta conversación, que nunca más se afligió a sí mismo ni provocó a su querida hermana Isabel volviendo a la carga, y ella se alegró de haber dicho lo suficiente para que el otro se quedase quieto.

Pronto llegó el día de la partida de él y de Ly-

dia, y la señora de Bennet se vió forzada a una separación que tenía visos de continuar por lo menos un año, ya que de ningún modo entraba en los planes de su marido el ir todos a Newcastle.

—¡Ah mi querida Lydia!—exclamaba—. ¿Cuándo nos volveremos a ver?

—¡Dios mío!; no lo sé; acaso no sea en dos o tres años.

—Escríbeme muy a menudo, querida mía.

—Tan a menudo como pueda. Pero ya sabes que las mujeres casadas no disponen jamás de mucho tiempo para escribir. Mis hermanas son quienes podrán escribirme; no tendrán otra cosa que hacer.

La despedida fué mucho más afectuosa por parte de Wickham que por la de su mujer. Sonrióse, miró bonitamente y dijo cosas encantadoras.

«Es un muchacho fino—dijo el señor Bennet en cuanto salieron de la casa—como no he visto jamás. Sonríe y nos hace la corte a todos. Me siento orgulloso de él. Desconfío de que el propio señor Guillermo Lucas resultara mejor yerno.»

La pérdida de su hija sumió a la señora de Bennet en tristeza por varios días.

—Siempre creí—decía—que nada había peor que separarse de las personas queridas. ¡Se ve una tan desamparada sin ellas!

—Pues ya lo ves; ésa es una consecuencia de casar a las hijas—dijo Isabel—. Te quedarás más satisfecha con que las otras cuatro sigamos solteras.

—No hay tal. Lydia no me abandona por verse casada, sino porque el regimiento de su marido está

lejos. Si hubiera estado más cerca, ella no se habría marchado tan pronto.

Pero la falta de ánimos que le ocasionó ese suceso se alivió pronto, abriéndose de nuevo su mente a la agitación con una serie de noticias que por entonces comenzaron a circular. El ama de llaves de Netherfield había recibido órdenes de prepararse para la llegada de su amo, quien iba a venir pasados dos o tres días para cazar allí durante unas semanas. La señora de Bennet estaba por completo sobre ascuas. Miraba a Juana y sonreía y sacudía la cabeza alternativamente.

—Bien, bien; ¿conque viene el señor Bingley, hermana?—pues fué la señora de Philips quien primero le trajo esa noticia—. Pues mejor. Aunque no me cuido de él. Tú sabes que nada tiene que ver con nosotros, y bien seguro es que no necesitaremos volver a verle. Mas, sin embargo, será muy bien venido a Netherfield si le gusta venir. Y ¿quién sabe lo que puede acontecer? No ignoras que hace tiempo convinimos en no decir palabra de eso. Pero ¿es en absoluto seguro que viene?

—Puedes darlo por cierto—replicó la otra—, porque la señora Nichols estuvo en Meryton la tarde última; la vi pasar y salí con propósito de averiguar lo positivo, y me dijo que sí, que era la verdad pura. Viene el jueves lo más tarde; acaso el miércoles; y me dijo aquélla que iba a la carnicería a encargar más carne para el miércoles y tres pares de patos a propósito para matarse.

Juana no pudo oír hablar de semejante venida

sin cambiar de color. Hacía muchos meses que no mencionaba el nombre de Bingley a Isabel; mas ahora, en cuanto se vieron juntas, le dijo:

—He notado, Isabel, que me mirabas hoy cuando mi tía hablaba de la noticia del día, y sé que te habré parecido triste; mas no te figures que es por ninguna necedad. Me quedé confusa sólo por un momento porque conocí que se me observaría. Asegúrote que la noticia no me afecta ni placentera ni tristemente. Me alegro de una cosa: de que viene solo, porque así le veremos menos. No es que tenga miedo de mí, pero temo la observación de los demás.

Isabel no sabía qué pensar. A no verle en el condado de Derby, habría podido suponerle capaz de venir tan sólo por el motivo de referencia; mas todavía lo juzgaba interesado por Juana, y hasta se arriesgaba a la probabilidad de que viniera con autorización de su amigo o fuese lo suficientemente atrevido para venir sin ella.

«¡Es decir—pensaba a veces—, que este pobre hombre no puede venir a una casa alquilada legalmente sin levantar esta polvareda! *Quiero* abandonarle a sí propio.»

A pesar de cuanto su hermana declaraba, y ella creía en realidad que eran sus sentimientos, Isabel pudo notar que al esperar la venida, aquélla hallábase afectada. Estaba más turbada, más desigual que la había visto por lo común.

El tema que con tanto calor se discutía entre sus padres hacía un año surgió ahora de nuevo.

—Querido mío, supongo que en cuanto llegue el señor Bingley irás a visitarle.

—No, no; me obligaste a hacerlo el año pasado, prometiéndome que si iba se casaría él con una de mis hijas. Pero como eso acabó en nada, no quiero volver a ser enviado como nuncio de locos.

Su mujer le hizo presente cuán absolutamente necesaria sería esa atención por parte de todos los caballeros de la vecindad cuando aquél llegase a Netherfield.

—Eso es una etiqueta que desprecio—repuso él—. Si necesita nuestra compañía, que la busque; ya sabe dónde vivimos. No puedo gastar tiempo en correr tras todos los vecinos cuantas veces van y vuelven.

—Bien; será cosa feísima que no le visites; mas estoy resuelta a que eso no impida, sin embargo, que le convide a comer aquí. En breve hemos de tener a la señora Long y a los Gouldings, y como esos harán trece con nosotros habrá justamente lugar en la mesa para él.

Consolada con esta resolución, quedó perfectamente dispuesta a soportar la falta de cortesía de su esposo, por más que resultase muy mortificante que, debido a aquélla, todos sus vecinos pudieran ver antes que ellos a Bingley. Al aproximarse el día del arribo Juana dijo a su hermana:

—Después de todo, empiezo a entristecerme de que venga. No ha de importarme nada; le podré ver con completa indiferencia; pero casi no puedo resistir que se hable de él perpetuamente. Mi ma-

dre tiene buena intención; mas no sabe, ni nadie puede saber, cuánto sufro con lo que dice. Seré feliz cuando haya terminado él su estancia en Netherfield.

—Querría poder decirte algo para consolarte —contestó Isabel—. Debes comprenderlo; y la satisfacción que todos suelen tener en predicar paciencia a quien sufre me está negada a mí por la mucha paciencia que siempre tienes.

Bingley llegó. La señora de Bennet trató de obtener, con ayuda de las criadas, las primeras noticias, sin duda para que el período de ansiedad y de irritación por su parte fuese lo más largo posible. Contaba los días que debían transcurrir para enviarle su invitación, ya que no abrigaba esperanzas de verle antes. Pero a la tercera mañana de su llegada al condado vió ella desde la ventana de su tocador que Bingley entraba por la verja y se dirigía a caballo hacia la casa.

Llamó al punto a sus hijas para que compartieran su gozo. Juana, con resolución, ocupó su sitio junto a la mesa; mas Isabel, para satisfacer a su madre, se llegó a la ventana, miró y vió con él a Darcy, tras lo cual volvió a sentarse al lado de su hermana.

—Mamá, viene otro caballero con él—dijo Catalina—; ¿quién podrá ser?

—Supongo que algún conocido suyo, querida; estoy segura de no conocerlo.

—¡Oh!—replicó Catalina—. Parece exactamente aquel señor que antes solía estar con él: el se-

ñor..., ¿cuál es su nombre? Aquel señor alto y orgulloso.

—¡Dios mío! ¿El señor Darcy? Y así es en verdad. Bueno; cualquier amigo del señor Bingley será siempre bien venido aquí; de otro modo, habría de confesar que odio hasta la vista de ese señor.

Juana miró a Isabel con asombro e interés. No sabía sino muy poco de su encuentro en el condado de Derby, y por consiguiente comprendía el horror con que su hermana habría de verle casi por primera vez después de la carta explicatoria. Ambas hermanas estaban no poco intranquilas; cada cual sentía por la otra y, como es natural, por sí misma; mientras lo cual su madre continuaba hablando de su disgusto por Darcy y de su resolución de mostrarse con él cortés sólo por ser amigo de Bingley, sin ser escuchada por ninguna de ellas. Pero Isabel poseía noticias que le causaban inquietud y no podían ser sospechadas por Juana, a quien jamás tuviera valor de enseñar la carta de la señora de Gardiner, como tampoco de revelarle el cambio de sus propios sentimientos hacia él. Para Juana era Darcy sólo el hombre cuyas proposiciones había Isabel rechazado y cuyos méritos rebajara ésta de tal manera; mas para Isabel, en sus adentros, era la persona a quien toda la familia era deudora del mayor de los beneficios y a quien ella misma miraba con un interés, si no tan tierno, por lo menos tan razonable y justo como el que Juana sentía por Bingley. Su asombro por venir él a Netherfield, a Longbourn, buscándola de

nuevo voluntariamente, era casi igual al experimentado en el condado de Derby al percibir su cambio de conducta.

El color, que había desaparecido de su semblante, tornóse al medio minuto más subido, y una sonrisa de placer añadió brillo a sus ojos al pensar que el afecto y las ansias de él debían seguir iguales. Mas no quería darlo por seguro.

«Veré primero cómo se conduce—díjose—; entonces será tiempo de abrigar esperanzas.»

Sentóse al punto a trabajar, esforzándose por estar tranquila, y sin osar levantar los ojos hasta que su creciente curiosidad los dirigió al rostro de su hermana al acercarse la criada a la puerta. Juana semejaba algo más pálida que de ordinario, pero más sosegada de lo que Isabel supusiera. Al aparecer los caballeros, su color subió; mas todavía los recibió con bastante soltura y de manera así libre de síntomas de resentimiento como de inoportuna complacencia.

Isabel habló a ambos todo lo menos que la educación permitía, y se sentó de nuevo a trabajar con mayor vehemencia de la ordinaria. Sólo se aventuró a lanzar una mirada a Darcy. Este permanecía tan serio como de costumbre, y ella lo tuvo por más parecido a lo que era en el condado de Hertford que a lo que fué en Pemberley. Mas quizá en presencia de su madre no podía estar como ante sus tíos. Penosa era esa suposición, pero no improbable.

Miró también un instante a Bingley, y en ese

corto espacio le pareció a la par complacido y embarazado. Había sido recibido por la señora de Bennet con un grado de cortesía que dejara corridas a sus dos hijas, en especial por el contraste que ofreció con la fría y ceremoniosa manera con que saludó y trataba al amigo de aquél.

En particular Isabel, que sabía cómo su madre debía a Darcy la salvación de su hija predilecta de una irremediable infamia, se ofendió y entristeció en el más penoso grado por distinción tan mal hecha como ésa.

Darcy, después de preguntar cómo estaban los señores de Gardiner, pregunta a que ella no supo satisfacer sin turbación, apenas dijo nada. No estaba sentado al lado de ella, y acaso a eso se debiera su silencio; mas no había estado así en el condado de Derby. Allí, cuando no podía hablar a ella hablaba a sus amigas; pero ahora transcurrieron varios minutos sin que se oyera el sonido de su voz; y cuando, incapaz ella de resistir los impulsos de la curiosidad, levantaba la vista hacia él, encontrábale con más frecuencia mirando a Juana que a ella, y a menudo sólo al suelo. A las claras parecía más pensativo y menos deseoso de agradar que en el último encuentro. Por eso estaba ella descontenta y enfadábase consigo misma.

«¿Podía esperar que estuviese de otro modo? —se decía—. ¿Cómo todavía ha venido aquí?»

No tenía Isabel humor de conversar con nadie sino con él, y eso apenas poseía valor para hacerlo.

Preguntóle por su hermana, mas no supo hacer más.

—Mucho tiempo ha pasado, señor Bingley, desde que se fué usted—dijo la señora Bennet.

El convino en eso al punto.

—Empezaba a temer—continuó ella—que no volviera usted más. La gente dice que proyecta usted abandonar definitivamente este país para San Miguel; mas aun confío en que no sea verdad. Han ocurrido muchísimas cosas en la vecindad desde su marcha: la señorita de Lucas está casada y establecida, y también una de mis hijas. Supongo que lo habrá oído usted; seguro que lo ha visto en los periódicos; sé que venía en el *Thimes* y en el *Courrier*, sino que no estaba puesto como debía. Decía sólo: últimamente, don Jorge Wickham con la señorita Lydia Bennet, sin mentar a su padre, ni decir dónde vivía ella, ni nada. Venía también el discurso de mi hermano Gardiner, y me maravilla cómo hizo una cosa tan desgraciada. ¿Lo vió usted?

Bingley respondió que sí, y felicitóle por ello. Isabel no osaba levantar la vista, y por eso no pudo decir qué cara puso Darcy.

—Es de veras delicioso tener una hija bien casada—siguió diciendo—; pero al propio tiempo, señor Bingley, es muy duro que se haya alejado tanto de mí. Se han ido a Newcastle, punto muy al Norte según creo, y allí han de estar no sé cuánto. El regimiento de él reside allí; porque supongo que habrá usted oído que ha dejado la milicia del con-

dado, pasándose a los regulares. Gracias a Dios, tiene todavía algunos amigos, aunque quizá no tantos como merece.

Isabel, conocedora de que eso iba dirigido a Darcy, cayó en tal extremo de confusión que apenas podía sostenerse en la silla. Con todo, hizo un esfuerzo para hablar como no lo hiciera todavía, y preguntó a Bingley si pensaba permanecer ahora largo tiempo en el campo. El respondió que unas semanas.

—Cuando haya usted matado todos sus pájaros, señor Bingley—dijo la madre—, suplico a usted que venga y mate cuantos guste en la propiedad de Bennet. Segura estoy de que se tendrá por muy dichoso en complacer a usted y dejará para usted lo mejor de sus nidadas.

La angustia de Isabel creció con tan innecesaria y oficiosa atención. Estaba convencida de que, aun brotando ahora de nuevo la bella perspectiva que les lisonjeara hacía un año, todo habría de terminar con el mismo desdichado final. En aquel instante pensó que años enteros de felicidad no podrían compensar a Juana y a ella por estos ratos de tan triste confusión.

«El primer deseo de mi corazón—se dijo a sí misma—es no estar en compañía de ninguno de los dos. Su compañía no puede proporcionar placer que compense por desdichas como ésta. ¡Que no vea yo más ni al uno ni al otro!»

Pero esa desdicha por la cual años enteros de felicidad no podían brindar compensación suavizó-

se poco después al observar cómo la belleza de su hermana volvía a excitar la admiración de su anterior enamorado. Al entrar no le había éste hablado sino poco; pero a cada cinco minutos parecía prestarle más atención. Encontrábala tan bella como el año anterior, de tan buen natural, y tan sensible, aunque no tan decidor. Juana ansiaba que de ninguna suerte se le notase variación, y estaba creída de que hablaba tanto como siempre; pero su mente se hallaba tan ocupada que no siempre se percataba de su silencio.

Al levantarse los caballeros para marcharse, la señora de Bennet no descuidó su proyectada amabilidad, y así, aquéllos fueron invitados, con aceptación por su parte, a comer en Longbourn pasados pocos días.

—Me debe usted una visita, señor Bingley—añadió—, pues cuando partió usted a la capital el invierno último me prometió comer en familia con nosotros en cuanto regresase. Ya ve usted que no lo he olvidado, y le aseguro que me tenía muy descontenta el que no hubiera usted vuelto y aceptado.

Bingley pareció desconcertarse un poco con esa reflexión, y expresó algo sobre su sentimiento por haberse visto impedido de hacer aquello por causa de sus negocios. Los dos se marcharon.

La señora de Bennet había estado fuertemente tentada a convidarlos a comer aquel mismo día; mas, aun teniendo siempre buena mesa, no creía que dos platos fueran de ningún modo bastantes

para un hombre sobre quien abrigaba tan ambiciosos designios, ni para satisfacer el apetito y orgullo de un poseedor de diez mil libras anuales.

CAPITULO LIV

En cuanto se marcharon, Isabel salió a pasearse para cobrar ánimos, o, dicho en otras palabras, para meditar sobre aquellas cosas que más se los habían quitado. La conducta de Darcy la maravillaba y la entristecía.

«¿Por qué—decía—vino para estar silencioso, grave e indiferente?

No podía explicárselo de manera satisfactoria.

»Si podía mostrarse todavía amable y complaciente con mis tíos en la capital, ¿por qué no conmigo? Si me temía, ¿a qué vino aquí?; y si nada le importaba ya de mí, ¿por qué estuvo callado? ¡Hombre atormentador! ¡No he de pensar más en él!»

Esta resolución la mantuvo por corto tiempo involuntariamente, por el hecho de aproximársele su hermana, cuyo alegre aspecto la revelaba como más satisfecha con sus visitantes que Isabel.

—Ahora—díjole—que ha pasado este primer encuentro me siento por completo tranquila. Conozco mi fortaleza, y ya no me sobrecogeré porque venga. Me alegro de que coma aquí el martes; entonces se hará público que por ambas partes nos

encontramos como conocidos ordinarios e indiferentes.

—Sí, muy indiferentes de veras—contestó Isabel riéndose—. ¡Ah Juana, ten cuidado!

—Querida Isabel, no me puedes creer tan débil que me juzgues en peligro.

—Creo que estás en uno muy grande: de que te ame como siempre.

No volvieron a ver a Bingley hasta el martes, y la señora de Bennet, mientras tanto, fué abriendo paso a todos los venturosos planes que el buen humor y la constante amabilidad de ese caballero habían hecho revivir en media hora de visita.

El martes congregóse en Longbourn una numerosa reunión, y los dos que con más ansia eran esperados vinieron a su tiempo, con puntualidad de deportistas. Cuando entraron en el comedor observó Isabel con atención para ver si Bingley ocupaba el sitio que en todas las anteriores reuniones le había correspondido al lado de su hermana; pero su prudente madre, ocupada por idénticos pensamientos, abstúvose de invitarle a sentarse a su lado. El pareció dudar; pero Juana acertó a mirar sonriente a su alrededor, y la cosa quedó decidida: se sentó al lado de Juana.

Isabel, con triunfante satisfacción, miró a su amigo. Este sostuvo la mirada con indiferencia, y habría ella imaginado que Bingley recibiera ya el permiso de aquél para ser feliz si no hubiera visto sus ojos vueltos igualmente hacia Darcy con expresión risueña y semialarmada.

La conducta de Bingley con su hermana durante la comida reveló la admiración que sentía por ella, admiración que, aunque más circunspecta que antes, convenció a Isabel de que, a depender sólo de él, la felicidad de Juana y la de él mismo pronto quedarían aseguradas. Aun no atreviéndose a confiar en el resultado, quedó Isabel satisfechísima al observar ese proceder. Eso le prestó cuanta animación podía ahora mostrar su espíritu, ya que no estaba de buen humor. Darcy se hallaba tan lejos de ella como permitía la mesa; situábase al lado de su madre, e Isabel conoció cuán poco agradaba semejante colocación a ninguno de los dos que la tenían y cómo no resultaba ventajosa para nadie. No estaba lo suficientemente cerca para oír lo que decían; mas pudo notar lo poco que se hablaban y cuán ceremoniosos y fríos eran sus modales cuando lo hacían. Ese desagrado de su madre por Darcy hizo más penoso para Isabel el recuerdo de lo que todos le debían, y en ocasiones habría dado algo por obtener el privilegio de decir que la amabilidad de él no era ni desconocida, ni inapreciada por toda la familia.

Esperaba ella que la velada le proporcionaría alguna oportunidad de juntarse; que no transcurriría toda la visita sin poder entrar en conversación algo más del mero saludo al ingreso. Ansiosa y desasosegada, el período que pasó en el salón antes de llegar los caballeros fué penoso para ella en grado tal que casi la tornó descortés. Consideraba la entrada de Darcy como el hecho

de que dependía toda esperanza de placer para la velada.

«Si entonces no viene hacia mí—decía—, prescindiré de él para siempre.»

Los caballeros llegaron y ella creyó que él parecía responder a sus esperanzas; mas, ¡ay!, las señoras habíanse agrupado alrededor de la mesa donde la señora de Bennet tomaba el te e Isabel servía el café, y estaban todas tan apretadas que no quedaba ni un lugar que pudiera admitir una silla; y al acercarse los caballeros, una de las muchachas se aproximó más a ella, diciéndole al oído:

—Los hombres no han de venir a separarnos; lo tengo arreglado; no necesitamos de ninguno: ¿no es así?

Darcy entonces se volvió a otro punto de la estancia. Isabel le seguía con la vista, envidiando a todas aquellas con quienes conversaba; apenas tenía paciencia para servir el café, y llegó a enfadarse consigo misma por estar tan necia.

«¡Un hombre que ha sido rechazado! ¿Cómo puedo ser lo bastante loca para esperar que renazca su amor? ¿Hay uno solo de su sexo que no protestara contra debilidad tal cual una segunda proposición a la misma mujer? No hay bajeza tan grande en el sentir de los hombres.»

Mas revivió algo al devolverle él su taza de te, y aprovechó la oportunidad para preguntarle:

—¿Está su hermana de usted en Pemberley?

—Sí, permanecerá allí hasta Navidad.

—¿Y está sola? ¿La han abandonado todos sus amigos?

—La señora Annesley está con ella; los demás se han ido a pasar en Scarborough estas tres semanas.

No pudo ella pensar en nada más que decir; mas si él hubiera ansiado coloquio habría tenido mejor éxito. Permaneció a su lado, no obstante, algunos minutos en silencio, y al cabo, cuando la muchacha de referencia comenzó a cuchichear con Isabel, se marchó.

Quitado el servicio de te y puestas las mesas de juego, levantáronse todas las señoras, e Isabel creía verse pronto cerca de él, cuando todos sus proyectos vinieron a tierra al verle caer víctima de la rapacidad de su madre por los jugadores de *whist:* entonces perdió toda esperanza de dicha. Estuvieron confinados durante la velada a mesas diferentes, y nada tuvo ella que esperar de él, por más que los ojos de éste se movieran tan a menudo hacia donde ella estaba que uno y otro jugaban mal.

La señora de Bennet había proyectado tener a cenar a los dos caballeros de Netherfield; mas, por desgracia, pidieron su coche antes que ninguno de los demás, y no hubo lugar de detenerlos.

—Bien, niñas—dijo ella en cuanto se vieron solos—, ¿qué decís hoy? Os aseguro que, en mi sentir, todo ha estado hoy por extremo bien: la comida, tan bien presentada como cualquiera de las que he visto; el venado asado, en su punto, y todos decían que nunca vieron un anca tan gorda; la sopa, cincuenta veces mejor que la que tuvimos la se-

mana pasada en casa de los Lucas; y hasta el señor Darcy ha reconocido que las perdices resultaban sumamente bien hechas, y eso que supongo que él tendrá dos o tres cocineros franceses. Y, por otra parte, querida Juana, jamás te he visto tan guapa; la señora de Long lo afirmó al preguntarle si era así. Y ¿qué crees que me dijo además?: «¡Ah señora de Bennet, por fin estaremos en Netherfield!» De veras que lo dijo. Opino que la señora de Long es la mejor criatura del mundo, y sus sobrinas, muchachas muy bien educadas y no del todo feas: me gustan mucho.

En suma, la señora de Bennet sentíase muy animada. Había observado lo bastante la conducta de Bingley con Juana para quedar convencida de que lo pescaría al fin; sus esperanzas de ventajas para su familia fueron tan lejos de lo razonable, gracias a su feliz humor, que se disgustó sobremanera por no verle de nuevo allí al día siguiente para declararse.

—Ha sido un día muy grato—dijo Juana a Isabel—. ¡La reunión parecía tan bien escogida, tan amigable entre sí! Supongo que se volverá a repetir.

Isabel se sonrió.

—No hagas eso, Isabel, que me mortificas. Te aseguro que ahora he aprendido a gozar de su conversación como de la de un muchacho agradable y sensible, sin desear nada más allá. Hállome por completo satisfecha de su proceder actual, de que jamás haya pretendido ganar mi afecto. Lo que sucede es sólo que ha sido enriquecido con gran

dulzura de trato y mayor deseo de agradar en general que cualquiera otro.

—Eres muy cruel—contestóle su hermana—; no me permites sonreírme y me estás provocando a hacerlo a cada momento.

—¡Cuán difícil es en algunos casos ser creído y cuán imposible en otros! Pero ¿por qué pretendes persuadirme de que siento más de lo que confieso?

—Esa es cuestión a que apenas sé cómo contestar. Ambas queremos dar noticias, aunque enseñando sólo lo que no vale la pena de saberse. Perdóname, y si persistes en tu indiferencia no me hagas tu confidente.

CAPITULO LV

Pocos días tras esa visita, Bingley volvió de nuevo, y solo. Su amigo le había dejado aquella mañana para ir a Londres; mas iba a regresar a los diez días. Permaneció con ellas alrededor de una hora, y se le vió de evidente buen humor. La señora de Bennet invitóle a comer con ellos; pero, con muchas manifestaciones de sentimiento, se declaró convidado en otro sitio.

—La primera vez que venga usted—díjole ella—espero que seremos más afortunados.

—Tendría en ello especial gusto—contestó él, añadiendo que, si se lo permitían, aprovecharía alguna ocasión próxima para visitarlos.

—¿Puede usted venir mañana?

—Sí.

No tenía ninguna invitación para el día siguiente y ésa quedó aceptada al punto.

Llegó tan temprano, que ninguna de las señoras estaba vestida. La señora de Bennet corrió al cuarto de sus hijas en bata y a medio peinar, exclamando:

—¡Querida Juana, date prisa y vé abajo! Ha venido el señor Bingley, ha venido; es él, sin duda; date prisa, date prisa. ¡Aquí, Sarah!; vé en seguida a la señorita Juana y ayúdale a vestirse. No olvides el peinado de la señorita Isabel.

—Bajaremos en cuanto podamos—dijo Juana—; pero estoy segura de que Catalina estará más adelantada que nosotras, porque subió hace media hora.

—¡Diantre con Catalina! ¿Qué tiene que hacer ahí? Ven tú, ven pronto. ¿Dónde está tu cinturón, querida?

Mas cuando su madre salió, Juana no se decidió a bajar sin alguna de sus hermanas.

Idéntica ansiedad por retenerlo consigo volvió a manifestar la madre durante la velada. Después del te el señor Bennet se retiró a su biblioteca, como de costumbre, y María subió a tocar el piano. Habiendo desaparecido así dos obstáculos de los cinco, la señora de Bennet se puso a mirar y hacer señas a Isabel y Catalina durante bastante tiempo sin que lo notaran. Isabel no lo advirtió, y cuando al cabo Catalina lo hizo, exclamó con la mayor inocencia:

—¿Qué hay, mamá? ¿Qué quieres indicarme con esas señas? ¿Qué he de hacer?

—Nada, niña, nada. No te hacía señas.

Siguió, pues, sentada durante cinco minutos más; pero, incapaz de desperdiciar ocasión tan preciosa, levantóse de pronto, y diciendo a Catalina: «Ven, querida, tengo que hablarte», se la llevó a su habitación. Juana miró al instante a Isabel, revelando su pesar por semejante marcha premeditada y suplicándole que no hiciera lo propio.

Al cabo de otros pocos minutos la señora de Bennet había ya abierto la puerta, diciendo a Isabel: «Ven, querida, tengo que hablarte.»

Isabel se vió obligada a salir.

—Dejémoslos solos, ¿entiendes?—díjole su madre en cuanto estuvieron en el vestíbulo—. Catalina y yo vamos arriba a mi tocador.

Isabel no osó discutir con su madre; pero siguió quieta en el vestíbulo hasta que ella y Catalina se perdieron de vista, y entonces volvió al salón.

Los planes de la señora de Bennet quedaron sin efecto por este día: Bingley era cuanto podría pedirse de gentileza; todo menos el novio declarado de su hija. Su soltura y alegría contribuyeron mucho al agrado de la reunión de la noche; sufrió todas las indebidas oficiosidades de la madre y oyó todas sus necias advertencias con una paciencia y dominio de sí gratas en especial a la hija.

Apenas necesitó que se le invitase para quedarse a comer; y antes de marcharse hízole la señora de Bennet una nueva invitación, esta vez para que

viniese a la mañana siguiente a cazar con su marido.

Pasado este día, Juana ya no habló de que Bingley le fuera indiferente. Ni una palabra se cambió entre las hermanas relativa a él; pero Isabel acostóse en la dichosa creencia de que todo se arreglaría pronto, a no ser que Darcy volviese antes del tiempo anunciado. Con todo, inclinábase en serio a que todo había de efectuarse con anuencia de dicho caballero.

Bingley fué puntual a su cita, y él y el señor Bennet pasaron juntos la mañana del modo convenido, y el último estuvo mucho más agradable de lo que su compañero esperaba. Nada había en Bingley de presunción o locura que pudiera provocar a risa al otro o disgustarle a la callada; y por eso estuvo el señor Bennet más comunicativo y menos excéntrico que cualquiera otro le viera antes. Bingley, por de contado, regresó con él a comer; y por la tarde la señora de Bennet trabajó de nuevo para apartar a todos de él y de su hija. Isabel, que tenía que escribir una carta, fué con ese propósito al cuarto de almorzar poco después del te; porque habiéndose sentado los demás para jugar, no era precisa para frustrar los planes de su madre.

Pero al entrar en el salón una vez concluída la carta vió, con infinita sorpresa, que había razón para temer que su madre hubiese sido sobrado ingeniosa. Al abrir la puerta, en efecto, percibió juntos a su hermana y a Bingley, apoyados en la chimenea, cual si estuviesen ocupados en la más inte-

resante plática; y por si eso no hubiera dado ya lugar a sospechas, los rostros de ambos, al volverse con velocidad y separarse, habíanlo dicho todo. Su situación resultó bastante embarazosa; pero pensó que la de ellos sería peor. Ninguno de los tres soltó una sílaba, e Isabel estaba ya tentada a marcharse de nuevo, cuando Bingley, que, al igual que la otra, se había sentado a todo eso, levantóse de improviso y, diciendo algunas palabras al oído de su hermana, salió de la estancia.

Juana no podía tener reservas con Isabel pudiendo ser tan satisfactoria la confidencia, y así, abrazándola al instante, confesóle con la más viva emoción que era la criatura más dichosa del mundo.

—Es demasiado—añadió—, excesivamente demasiado. No lo merezco. ¡Ah! ¿Por qué no son todos felices?

La enhorabuena de Isabel fué tan sincera, tan ardiente; reveló tanta complacencia, que las palabras no lo pueden expresar. Cada una de sus cariñosas frases fué nuevo manantial de dichas para Juana. Mas ésta no pudo quedarse con su hermana ni decirle la mitad de lo que le quedaba por comunicar en ese momento.

—Voy al punto al cuarto de mi madre—le dijo—. No he de tomar a broma su afectuosa solicitud ni permitir que lo sepa por otro conducto que por mí misma. El ha ido a hablar a mi padre. ¡Oh Isabel! ¡Lo que voy a contar causará tal alegría a toda mi querida familia! ¿Cómo podré resistir tanta dicha?

Fuése entonces presurosa hacia su madre, quien de intento suspendiera la partida de juego y estaba arriba con Catalina.

Isabel se quedó sola, sonriente por la rapidez y facilidad con que quedaba resuelto un asunto que tantos meses de incertidumbre y tristeza les había proporcionado.

«¡Y éste—se dijo—es el final de toda la ansiosa circunspección de su amigo, de todas las falsías y maquinaciones de sus hermanas!; el final más feliz, cuerdo y razonable.»

A los pocos minutos estaba reunida con Bingley, cuya conferencia con el señor Bennet había sido corta y ceñida al asunto.

—¿Dónde está su hermana de usted?—díjole presuroso en cuanto abrió la puerta.

—Arriba, con mi madre. Supongo que bajará pronto.

Entonces él cerró la puerta, y llegándose a Isabel solicitó su enhorabuena y su afecto de hermana. Isabel expresóle muy de corazón su contento por la perspectiva de su parentesco. Diéronse las manos con gran cordialidad, y hasta que su hermana bajó hubo ella de escuchar cuanto él quiso decirle sobre su propia dicha y sobre las perfecciones de Juana; y a pesar de tratarse de un enamorado, Isabel creyó de veras que todas esas esperanzas de ventura tenían racional fundamento por tener por base el entendimiento excelente y el más excelente corazón de Juana, sumados a una universal semejanza de sentimientos y gustos en los dos.

Fué aquélla una velada de inusitada ventura para todos. La satisfacción interior de Juana prestaba a su rostro una brillantez y una tan dulce animación que le hacían aparecer más hermosa que nunca. Sonreíase Catalina, esperando que su turno le llegaría pronto. La señora de Bennet no pudo dar su consentimiento ni expresar su aprobación en términos tan calurosos que satisficieran a sus sentimientos, aun no hablando a Bingley sino de eso durante media hora, y cuando el señor Bennet se les unió para cenar, su voz y su porte delataban con claridad su satisfacción.

Pero ni una palabra salió de sus labios que aludiese a eso hasta que su visitante se despidió, si bien tan pronto como éste se fué volvióse a su hija y le dijo:

—Te felicito, Juana. Serás una mujer muy dichosa.

Juana corrió hacia él al instante, le besó y le dió las gracias por su bondad.

—Eres una buena muchacha—añadió—y me satisface en extremo pensar que vas a estar tan felizmente colocada. No dudo de que os vaya bien juntos. Vuestros caracteres no tienen nada de opuestos. Cada uno de vosotros es tan condescendiente, que nada resolveréis; tan sencillo, que cualquier criado os engañará, y tan generoso, que siempre sobrepasaréis vuestros ingresos.

—No espero esto último: la imprudencia o falta de seso en cuestiones de dinero sería imperdonable en *mí*.

—¡Sobrepasar sus ingresos!, mi querido Bennet —exclamó su mujer—. ¿Qué estás diciendo? El posee cuatro o cinco mil libras anuales, y acaso más.

Después, dirigiéndose a su hija, añadió:

—¡Oh mi querida, mi querida Juana, soy tan dichosa que estoy segura de no poder dormir en toda la noche! Ya sabía yo que esto llegaría; siempre dije que al final habría de ser así. Estaba convencida de que no podías ser tan guapa en balde. Recuerdo que tan pronto como lo vi al venir por primera vez al condado el último año pensé en lo probable que era que vivieseis juntos. ¡Oh! ¡Es el hombre más guapo que he visto jamás!

Wickham, Lydia, todas quedaron olvidadas: Juana era al presente su hija favorita, sin comparación; en aquel momento no se cuidaba de ninguna otra. Sus hermanas menores pronto comenzaron a pedir a Juana cosas que harían su felicidad y ella podría darles en lo futuro.

María pidióle poder usar su biblioteca de Netherfield, y Catalina le suplicó con insistencia unos cuantos bailes allí durante el invierno.

Bingley quedó desde entonces, como era natural, cotidiano visitante de Longbourn, viniendo con frecuencia antes de almorzar y permaneciendo siempre hasta después de la cena, menos cuando algún desalmado vecino, a quien por eso no podía detestar lo bastante, le invitaba a comer, y eso en caso de considerarse él obligado a aceptar.

Isabel disponía ahora de escaso tiempo para con-

versar con su hermana, porque mientras él se hallaba presente, Juana no podía prestar atención a nadie más; pero se consideraba muy útil a entrambos en las horas de separación que a veces tenían que darse. En ausencia de Juana, él siempre se acercaba a Isabel por el gusto de hablar con ella; y cuando Bingley se iba, Juana buscaba constantemente el mismo medio de alivio.

—¡Me ha hecho tan feliz—díjole una noche—al participarme que ignoraba por completo que hubiese estado yo en la capital la primavera pasada! ¡No lo había creído posible!

—Lo sospechaba—replicó Isabel—. Pero ¿cómo lo ha contado?

—Debe de haber sido cosa de sus hermanas. La verdad es que no querían relación conmigo; de lo cual no puedo maravillarme, pues podían elegir más ventajosamente desde muchos puntos de vista. Pero cuando vean, como supongo que verán, que su hermano es feliz conmigo se quedarán contentas y volveremos a estar en buenos términos; aunque nunca seremos entre nosotras lo que hemos sido.

—Esa es la frase más imperdonable que te he oído jamás—dijo Isabel—. ¡Pobrecilla! ¡Me irrita de veras viéndote creer de nuevo en la pretendida amistad de la señorita de Bingley!

—¿Creerás, Isabel, que al irse a la capital el pasado noviembre me amaba de veras, y que sólo la persuasión de que me era indiferente le pudo impedir que tornase de nuevo?

—Se equivocó un poquito, es verdad; pero eso acredita su modestia.

Esto, naturalmente, dió pie para un elogio de Juana a la desconfianza de su novio y al escaso valor que él asignaba a sus buenas cualidades.

A Isabel le agradó que no había traicionado a su amigo hablando de la intromisión de éste, porque, aun poseyendo Juana el más generoso y perdonador corazón del mundo, conocía que era ésa una cosa que podía indisponerle con él.

—Soy ciertamente la más afortunada criatura que ha existido—exclamó Juana—. ¡Oh Isabel, cómo me singularizo así en mi familia resultando venturosa sobre todos! ¡Si por lo menos pudiera verte a ti tan feliz! ¡Si hubiera otro hombre así para ti!

—Aunque me dieras cuarenta así no sería nunca tan feliz como tú. Mientras no posea tu carácter no podré tener tanta dicha. No, no; déjame como soy; y quizá, si tengo buena suerte, me encuentre con el tiempo con otro Collins.

El estado de los asuntos de la familia de Longbourn no podía ser un secreto. La señora de Bennet tuvo el privilegio de comunicarlo a la de Philips, y *ésta* se aventuró sin previo permiso a hacer lo propio en casa de todos los vecinos de Meryton.

Los Bennet fueron pronto declarados la familia de más suerte del mundo, aunque sólo pocas semanas antes, cuando la fuga de Lydia, se los hubiera tenido por desgraciados.

CAPITULO LVI

Una mañana, aproximadamente una semana después del arreglo de Bingley con Juana, cuando él y las señoras de la casa hallábanse reunidos en el comedor, su atención se dirigió de pronto hacia la ventana a causa del ruido producido por un carruaje, y percibieron una silla de postas con cuatro caballos que atravesaba la pradera. Era demasiado temprano para visitas, y además el tren no correspondía a ninguno de los vecinos; los caballos eran de posta, y ni el coche ni la librea del lacayo que le precedía les eran conocidos. Mas siendo evidente que alguien venía, Bingley persuadió al instante a Juana a evitar, con irse a pasear al plantío de arbustos, que semejante intruso los retuviese. Fuéronse, pues, ambos, y las tres que quedaron continuaron sus conjeturas, aunque no muy a gusto, sobre la llegada del coche, hasta que se abrió la puerta y entró la visita. Era lady Catalina de Bourgh.

Verdad es que todas esperaban quedar sorprendidas; pero su asombro a la sazón sobrepujó lo que esperaban; y aunque a la señora de Bennet y a Catalina fuese en absoluto desconocida dicha persona, su sorpresa, con todo, fué menor que la de Isabel.

Entró en la estancia con aire todavía más antipát.co que de costumbre; no dió al saludo de Isabel más contestación que una inclinación de cabe-

za, y sentóse sin decir una palabra. Isabel había pronunciado a su madre el nombre de Su Señoría cuando entró, aun sin mediar súplica de presentación.

La señora de Bennet, toda sorprendida, aunque congratulándose de tener huéspeda de tan alta importancia, recibióla con la mayor cortesía. Habiendo permanecido sentadas en silencio durante un momento, lady Catalina dijo con mucha tiesura a Isabel:

—Supongo que está usted bien, y calculo que esta señora será su madre de usted.

Isabel contestó que sí, con mucha concisión.

—Y esta otra supongo que será una de las hermanas de usted.

—Sí, señora—respondió la señora de Bennet, complacidísima de hablar con lady Catalina—. Es casi la más joven; la más joven de todas se ha casado hace poco, y la mayor está en el jardín paseando con un muchacho que espero que formará pronto parte de la familia.

—Tienen ustedes aquí un parque muy pequeño—volvió a decir aquélla tras un corto silencio.

—No es nada en comparación con Rosings, señora; hay que confesarlo; pero le aseguro que es mucho mayor que el de sir Guillermo Lucas.

—Esta ha de ser una habitación muy molesta para las tardes de verano; las ventanas dan por completo a poniente.

La señora de Bennet aseguróle que jamás estaban allí después de comer, y añadió:

—¿Puedo tomarme la libertad de preguntar a Vuestra Señoría si ha dejado bien a los señores de Collins?

—Sí, muy bien; los vi la noche penúltima.

Isabel esperaba ahora que le daría alguna carta de Carlota, ya que ése parecía el único motivo probable de su visita; mas no sacó carta ninguna; y así, siguió aquélla en absoluto confusa.

La señora de Bennet suplicó finísimamente a Su Señoría que tomase algo; pero lady Catalina rehusó el agasajo con mucha resolución y no excesiva cortesía; y luego, levantándose, dijo a Isabel:

—Señorita de Bennet, paréceme que allí, a un lado de la pradera, hay un precioso sitio retirado. Me gustaría dar una vuelta por él si me quisiera usted favorecer con su compañía.

—Vé, querida—exclamó su madre—, y enseña a Su Señoría los diversos paseos. Paréceme que la ermita le gustará.

Isabel obedeció, y corriendo a su cuarto en busca de su sombrilla, esperó abajo a su noble huéspeda. Al pasar por el vestíbulo, lady Catalina abrió las puertas del comedor y del salón, y habiéndolos declarado, después de corta inspección, piezas decentes, continuó andando.

Su carruaje seguía a la puerta, e Isabel vió que la camarera de Su Señoría estaba en él. Siguieron en silencio por el camino enarenado que conducía al breñal. Isabel se hallaba decidida a no esforzarse en conversar con una mujer que ahora estaba más aún que de ordinario insolente y desagradable.

«¿Cómo pude decir yo que se parecía a su sobrino?», díjose en cuanto la miró a la cara.

Al entrar en el breñal, lady Catalina comenzó de este modo:

—Seguramente sabrá usted, señorita de Bennet, la razón de mi viaje aquí. Su propio corazón, su propia conciencia tienen que decir a usted por qué vengo.

Isabel la miró con natural asombro.

—Está usted equivocada de veras: de ninguna manera he sido capaz, señora, de explicarme el honor de verla aquí.

—Señorita de Bennet—repuso Su Señoría con tono de enfado—, debe usted saber que no estoy hecha a burlas; pero por más poco sincera que usted quiera ser no me encontrará a mí lo mismo. Mi carácter ha sido siempre celebrado por su sinceridad y franqueza, y en asunto de tal monta como éste no me he de apartar en verdad de ese mi modo de ser. Se me ha dicho que no sólo su hermana de usted estaba para casarse muy ventajosamente, sino que usted, señorita de Bennet, quedaría unida acaso poco después con mi sobrino el señor Darcy. Aun sabiendo que eso entraña una espantosa falsedad, aunque no quiero injuriar a él hasta suponer que eso sea posible, resolví al instante venir aquí para hacer saber a usted mis sentimientos.

—Si creyó usted que era imposible que eso fuese verdad—dijo Isabel sonrojada de asombro y desdén—, admírame que se haya molestado en

venir de tan lejos. ¿Qué se propone usted con eso?

—Ante todo, tratar de que esa noticia quede rectificada en todas partes.

—La venida de usted a Longbourn a verme a mí y a mi familia—dijo con frialdad Isabel—servirá más bien de confirmación de la misma, si es que la tal noticia se ha dado de veras.

—¡Si se ha dado! ¿Pretende usted, pues, ignorarlo? ¿No se ha hecho circular mañosamente por usted misma?

—Jamás la he oído.

—Y ¿puede usted declarar también que no hay fundamento para ella?

—No puedo tener igual franqueza que Vuestra Señoría. *Usted* puede preguntar cosas que *yo* no tenga a bien contestar.

—¡Eso no puede sufrirse! Señorita de Bennet, insisto en que se me satisfaga. ¿Le ha hecho a usted mi sobrino ofrecimiento de matrimonio?

—Vuestra Señoría ha declarado ya que eso era imposible.

—Debe serlo, tiene que serlo mientras él conserve el uso de la razón. Pero sus artes de usted y sus seducciones pueden haberle hecho olvidar en un momento de ceguera lo que debe a toda su familia y a sí mismo. Puede usted haberle arrastrado a eso.

—Si lo he hecho, seré la última persona que lo confiese.

—Señorita de Bennet, ¿sabe usted quién soy yo?

No he estado acostumbrada a lenguaje como ése. Soy casi la parienta más próxima que mi sobrino tiene en el mundo, y poseo títulos para conocer todos sus más caros afectos.

—Pero no los posee usted para conocer los *míos*, ni proceder como el de usted es para inducirme jamás a ser más explícita.

—Entiéndame usted bien. Ese casamiento a que tiene usted la pretensión de aspirar nunca podrá realizarse; no, nunca. El señor Darcy está comprometido con *mi hija*. ¿Qué tiene usted ahora que decir?

—Esto solo: que si es así no puede usted tener razón para suponer que él me hiciera proposiciones a mí.

Lady Catalina vaciló por un momento y al cabo replicó:

—El compromiso entre ambos es muy especial. Desde su infancia han sido destinados el uno para el otro. Era ése el deseo favorito lo mismo de la madre de él que de la de ella. Desde que nacieron proyectamos su unión; y ahora, en el momento en que los anhelos de ambas hermanas iban a realizarse, ¿ha de verse impedido ese matrimonio por una joven de inferior nacimiento, sin importancia en el mundo y por completo ajena a la familia? ¿No tiene usted en cuenta los deseos de las personas que le quieren referentes a su tácito compromiso con la señorita de Bourgh? ¿Ha perdido usted todo sentimiento de decencia y delicadeza? ¿No me ha oído usted decir que desde los primeros instantes ha sido destinado para su prima?

—Sí, habrélo oído antes; pero ¿qué tiene que ver eso conmigo? Si no hay otro obstáculo para que yo me case con su sobrino de usted, cierto que no dejará eso de efectuarse porque suponga que su madre y su tía deseaban que se casase con la señorita de Bourgh. Ambas hicieron ustedes lo que pudieron con proyectar ese matrimonio; mas su realización depende de otros. Si el señor Darcy no se ha satisfecho con su prima ni por el honor ni por la inclinación, ¿por qué no puede hacer otra elección? Y si yo soy el objeto de ésta, ¿por qué no habré de poder aceptarla?

—Porque lo impiden el honor, el decoro, la prudencia y aun el interés. Sí, señorita de Bennet, el interés; porque no espere usted atenciones de su familia o amigos si obra usted tercamente contra los deseos de todos. Será usted censurada, desairada, despreciada por todas las relaciones de él. Su unión de ustedes será una calamidad; sus nombres no serán mencionados nunca por ninguno de nosotros.

—Graves son esas desgracias—replicó Isabel—. Pero la esposa del señor Darcy habrá de tener de seguro tales manantiales de dicha unidos a su estado, que podrá, después de todo, no encontrar motivo de queja.

—¡Ah niña obstinada y terca! ¡Me da usted vergüenza! ¿Es ésa la gratitud de usted por mis atenciones en la pasada primavera? Sentémonos. Ha de saber usted, señorita de Bennet, que he venido aquí con firme resolución de conseguir mi propósi-

to; no cejaré; no he estado acostumbrada a someterme a los caprichos de nadie; no tengo hábito de sufrir disgustos.

—*Eso* hará más lastimosa la situación actual de Su Señoría; pero no me afecta a mí.

—¡No quiero que se me interrumpa! Escuche usted en silencio. Mi hija y mi sobrino han sido formados el uno para el otro. Por vía materna descienden de la misma ilustre línea, y por la paterna, de familias respetables, honorables y antiguas, aunque sin título. La fortuna por ambos lados es espléndida. Están destinados entre sí por el voto de todos los miembros de sus respectivas casas; y ¿qué es lo que ha de separarlos? Las repentinas pretensiones de una muchacha sin familia, ni parientes, ni fortuna. ¿Se puede aguantar eso? ¡Pero no ha de ser! Si conociera usted su propio bien no querría abandonar la esfera en que ha nacido.

—Al casarme con su sobrino no consideraría que abandonaba mi esfera. El es un caballero; yo, la hija de otro caballero; por consiguiente, somos iguales.

—Cierto; usted es hija de un caballero. Mas ¿quién es su madre de usted?, ¿quiénes sus tíos y tías? ¿Me supone usted ignorante de su condición?

—Cualesquiera que sean mis parientes—dijo Isabel—, si su sobrino de usted no tiene nada que objetarles no pueden tener nada que ver con usted.

—Dígame usted de una vez ante todo, ¿está usted comprometida con él?

Aunque Isabel no habría contestado a esta pregunta por el mero fin de que se lo agradeciera lady Catalina, no pudo menos de decir, tras un momento de deliberación:

—No lo estoy.

Lady Catalina pareció regocijarse.

—Y ¿me promete usted no acceder nunca a semejante compromiso?

—No hago esa promesa.

—¡Señorita de Bennet, estoy horrorizada y sorprendida! Esperaba encontrar una joven más sensata. Mas no se engañe usted con la idea de que habré de ceder jamás. No me iré hasta que me haya usted dado la seguridad que le exijo.

—Y bien cierto es que yo no se la daré jamás; no se me ha de forzar a nada tan falto de razón. Vuestra Señoría necesita que el señor Darcy se case con su hija; mas el que yo le diese a usted la promesa ansiada ¿haría de ningún modo más probable *ese* matrimonio? Suponiéndole interesado por mí, ¿*mi* repulsa para aceptar su mano haríale desear ofrecérsela a su prima? Permítame usted decirle, lady Catalina, que los argumentos en que usted ha apoyado tan extraordinaria exigencia han sido tan frívolos como falta de reflexión es la exigencia misma. Ha confundido usted de medio a medio mi carácter si supone que puedo obrar por persuasiones por el estilo. No sé hasta qué punto podrá aprobar su sobrino la intromisión de usted en sus asuntos; pero es bien cierto que no posee usted derecho a mezclarse en los míos. Por consi-

guiente, he de suplicarle que no me importune más sobre esta cuestión.

—Permítame usted; no tan pronto, no he acabado todavía. A cuantas objeciones he expuesto ya tengo que añadir aún otra. No ignoro las particularidades del infame rapto de su hermana menor. Lo sé todo. Sé que el muchacho se casó con ella gracias a haberse zurcido el asunto a expensas de su padre y de sus tíos de usted. ¿Y semejante joven ha de ser la hermana de mi sobrino? El marido de ella, el hijo del antiguo administrador de su padre, ¿ha de tornarse su hermano? ¿Han de profanarse así las sombras de Pemberley?

—Ya no puede usted tener más que decir—contestó Isabel enfadada—. Me ha insultado usted de todos los modos posibles; he de suplicarle que volvamos a casa.

Y en diciendo esto se levantó. Lady Catalina levantóse también y regresaron. Su Señoría estaba grandemente irritada.

—¿No tiene usted, pues, consideración a la honra y el crédito de mi sobrino? ¡Niña insensible y egoísta! ¿No considera usted que la unión de mi sobrino con usted habrá de hacer caer a él en desgracia con todo el mundo?

—Lady Catalina, nada más tengo que decir. Ya conoce usted mi modo de pensar.

—¿Está usted, por consiguiente, resuelta a poseerlo?

—No he dicho semejante cosa. Sólo estoy dispuesta a proceder de la manera que en opinión mía

convenga a mi felicidad, sin tener en cuenta a usted ni a ningún otro tan ajeno a mí.

—Bien. Entonces rehusa usted mi gratitud. Rechaza usted obedecer al imperio del deber, del honor y del agradecimiento. Está usted determinada a rebajar a mi sobrino ante la opinión de todos sus amigos y hacerle el desprecio del mundo.

—Ni el deber, ni el honor, ni la gratitud—repuso Isabel—pueden alegar ningún derecho sobre mí en las precisas circunstancias. Ninguno de sus principios quedaría violado con mi matrimonio con el señor Darcy. Y en cuanto al enfado de su familia o a la indignación del mundo, si excitase aquél mi casamiento con su sobrino no me importaría lo más mínimo, y el mundo en general tendrá sobrado sen tido común para sumarse a aquélla en el desprecio.

—¿Y ése es el verdadero sentir de usted? ¿Es ésa su última resolución? Muy bien; ahora sé cómo he de obrar. No imagine usted, señorita de Bennet, que su ambición quedará nunca satisfecha. Vine a probar a usted. Esperaba encontrarla razonable; pero tenga usted por descontado que saldré con la mía.

Así se expresó lady Catalina hasta que estuvieron a la puerta del coche, y entonces, volviéndose, añadió:

—No me despido de usted, señorita de Bennet; no envío mi saludo a su madre; no merece usted esa atención. Estoy disgustada muy seriamente.

Isabel no respondió, y, sin tratar de convencer a Su Señoría de que entrase en casa, se fué sola

y despacio a la misma. Oyó partir el coche cuando subía la escalera. Su madre, impaciente, salióle al encuentro a la puerta del tocador para preguntarle cómo no había vuelto lady Catalina a descansar.

—No lo ha tenido a bien—díjole su hija—; se ha marchado.

—¡Es una mujer que parece finísima! ¡Y su visita aquí ha sido el colmo de la cortesía!; porque supongo que habrá venido sólo a decirnos que los Collins estaban bien. Supongo que iría a algún sitio y al pasar por Meryton pensó que podría visitarnos. Supongo que no tendría nada de particular que decirte, Isabel.

Esta vióse obligada a lanzar aquí una mentirilla, porque revelar la substancia de su coloquio era imposible.

CAPITULO LVII

La descomposición de ánimo en que esa extraordinaria visita puso a Isabel no pudo vencerla ésta sin dificultad, y durante muchas horas fuéle imposible dejar de pensar en ella incesantemente. Parecía que lady Catalina se había tomado la molestia de su viaje desde Rosing con el solo propósito de echar por tierra su supuesto arreglo con Darcy; y aunque eso semejaba proyecto muy admisible en ella, Isabel no podía imaginar de ningún modo de dónde podía haber surgido la noticia de arreglo semejante, hasta que, recordando ser él amigo

tan íntimo de Bingley y ella hermana de Juana, tuvo todo esto por suficiente para que hubiese brotado aquella idea, ya que la esperanza de una boda predisponía a suponer otra. No había dejado de pensar que el matrimonio de su hermana habíalos de juntar con más frecuencia, y acaso por eso sus vecinos los de Lucas—por cuya correspondencia con los Collins suponía que habría llegado la misma a lady Catalina—podrían haber dado por cierto e inmediato lo que ella había entrevisto como posible para más adelante.

Pero meditando sobre las palabras de lady Catalina no pudo evitar cierta intranquilidad por las consecuencias posibles de proseguir en su intromisión. De lo dicho por ella sobre su resolución de impedir el casamiento dedujo Isabel que había pensado interpelar a su sobrino, y no osaba decidir cómo tomaría él la relación consiguiente de los peligros que entrañaba su enlace con ella. Desconocía el grado exacto del afecto de él por su tía y el de su dependencia de los juicios de ésta; mas era lógico suponer que pensara de Su Señoría más altamente que ella misma, y estaba segura de que al enumerarle las desdichas de un matrimonio con quien tenía parientes inmediatos tan desiguales a los suyos le atacaría su tía por el lado más flaco. Con las ideas de él sobre la dignidad creía Isabel probable que los argumentos que ante ella habían pasado por tan débiles y ridículos parecerían a él contener muy buen sentido y sólida dialéctica.

Si antes, pues, habíase visto él vacilante sobre

lo que debía hacer, lo cual era muy probable, las advertencias e instancias de parienta tan próxima podían disipar todas sus dudas, determinándole de una vez a ser lo feliz que cupiese sin mengua de su dignidad. En ese caso no volvería más. Lady Catalina podía verle a su paso por la capital, y su compromiso con Bingley para volver a Netherfield tendría que dejarlo a un lado.

«En consecuencia—añadió ella—, si en unos pocos días llega a su amigo una excusa para no cumplir su compromiso, sabré cómo interpretarla. Entonces tendré que sacudir toda espezanza, todo anhelo de constancia por su parte. Si se satisface sólo con acordarse de mí cuando podría obtener mi afecto y mi mano, pronto cesaré en absoluto de acordarme de él.»

La sorpresa del resto de la familia al saber quién había sido su visitante fué grandísima; pero la satisficieron con la misma suposición que había apaciguado la curiosidad de la señora de Bennet, e Isabel se ahorró el atormentarse con ello.

A la mañana siguiente, cuando ella bajaba, encontróse con su padre, que salía de la biblioteca con una carta en la mano.

—Isabel—le dijo—, iba a buscarte; ven a mi cuarto.

Ella le siguió, y su curiosidad por saber lo que él tenía que comunicarle aumentó con la suposición de que lo suyo estuviese relacionado de algún modo con la carta que llevaba él en la mano. Repentinamente se le ocurrió que pudiese ser de lady

Catalina, y con desaliento previó de qué se trataba.

Siguió a su padre hasta la chimenea y ambos se sentaron. Entonces dijo él:

—He recibido esta mañana una carta que me ha asombrado en extremo. Como principalmente se refiere a ti, debes conocer su contenido. No sabía hasta ahora que tenía dos hijas a punto de casarse. Permíteme que te felicite por tan importante conquista.

El color salió entonces al rostro de Isabel, por la convicción instantánea de que la carta era del sobrino en vez de ser de la tía; y vacilaba entre alegrarse de que aquél se explicase del todo u ofenderse de que la misiva no estuviera dirigida a ella, cuando su padre continuó:

—Parece que lo adivinas. Las jóvenes poseen gran penetración en asuntos de esta índole; mas creo poder desafiar tu sagacidad a que descubras el nombre de tu admirador. La carta es de Collins.

—¡De Collins! ¿Qué puede tener que decir?

—Como era de esperar, algo muy oportuno. Comienza con la enhorabuena por la próxima boda de mi hija mayor, boda de la cual parece informado por los bondadosos parlanchines Lucas. No entretendré tu impaciencia con leerte lo que dice sobre eso. Lo referente a ti es como sigue:

«Después de haberte felicitado de parte de la señora de Collins y mía por tan fausto acontecimiento, permíteme añadir una corta advertencia sobre otro asunto, del cual hemos sido informados por

el mismo testimonio. Supónese que tu hija Isabel no llevará largo tiempo el nombre de Bennet después de dejarlo su hermana mayor, y que la pareja elegida por su hado puede razonablemente considerarse como uno de los más ilustres personajes de este país.

—¿Puedes, Isabel, conjeturar lo que quiere decir eso?

»Ese joven está adornado de modo especial con cuanto un corazón mortal puede suponer: soberbias propiedades, ilustres parientes, extenso patronato. Mas, a pesar de todas esas tentaciones, permíteme advertir a mi prima Isabel y a ti mismo los peligros a que podéis exponeros por una precipitada aceptación de las proposiciones de semejante caballero, las cuales, como es natural, os inclinaréis a considerar como inmediatamente ventajosas.

—¿Tienes idea, Isabel, de quién es el caballero? Pero ahora sale.

»Mi motivo para advertirte así es el siguiente: tenemos razones para creer que su tía, lady Catalina de Bourgh, no mira ese casamiento con buenos ojos.

—Como ves, el hombre en cuestión es el señor Darcy. Me parece, Isabel, que te habré sorprendido. ¿Ha podido Collins, o han podido los Lucas escoger en el círculo de nuestras relaciones otro cuyo nombre descubriera mejor la mentira de lo que propalan? ¡El señor Darcy, que jamás mira a ninguna mujer sino para censurarla, y que proba-

blemente no te habrá mirado en la vida! ¡Es estupendo!

Isabel trató de unirse a la broma de su padre, mas sólo consiguió esforzarse hasta una sonrisa muy tímida. El humor de su padre jamás se había encaminado por senda tan desagradable para ella.

—¿No te ha divertido?

—¡Oh, sí! Suplícote que sigas leyendo.

»En cuanto mencioné la noche pasada a Su Señoría la posibilidad de ese casamiento, al punto expresó ella con su habitual condescendencia sus sentimientos sobre el asunto. Si resultase cierto, por varias objeciones relativas a la familia de mi prima, jamás daría ella su consentimiento para lo que considera desgraciadísima unión. Yo pensé que mi deber me imponía el comunicar esto cuanto antes a mi prima, para que ella y su noble admirador sepan lo que hay sobre ello y no se apresuren a efectuar un matrimonio que no ha sido convenientemente sancionado.

—Además añade Collins:

»Me alegro de veras de que la cuestión de tu hija Lydia se haya arreglado tan bien, y sólo lamento que se extendiera la noticia de que vivieron juntos antes de que el casamiento se celebrase. Mas no he de olvidar lo que debo a mi situación, conteniéndome de declarar mi asombro al saber que habías recibido a la joven pareja en tu casa en cuanto estuvieron casados. Eso fué alentar e vicio; y si yo hubiera sido rector de Longbourn me habría opuesto a ello con gran decisión. Cierto que

debes perdonarlos, como cristiano; pero no admitirlos nunca ante tu presencia ni permitir que se pronuncien sus nombres ante ti.»

—¡Tal es su concepto del perdón cristiano! El resto se refiere sólo al estado de su cara Carlota y a su esperanza de tener un joven retoño. Pero, Isabel, parece que no te ha divertido esto. Supongo que no irás a *enfadarte* pretendiendo que te ofende una noticia tan necia. ¿Para qué vivimos sino para entretener a nuestros vecinos y reírnos de ellos a la vez?

—¡Oh!—exclamó Isabel—, me he divertido muchísimo. ¡Pero eso es tan raro!

—Sí, y eso es lo que lo hace regocijador. Si se hubieran fijado en otro hombre no habría nada de particular; ¡mas la completa indiferencia de él y tu profundo desagrado lo hacen deliciosamente absurdo! Por mucho que me moleste escribir, no he de prescindir de la correspondencia con Collins por ninguna consideración. La verdad es que al leer una carta suya no puedo prescindir de dar a Collins la preferencia hasta sobre Wickham, a pesar de lo muy grande que considero la desvergüenza y la hipocresía de mi yerno. Y díme, Isabel, ¿qué dijo lady Catalina de semejante noticia? ¿Vino sólo a negar su consentimiento?

A esa pregunta su hija respondió sólo con una carcajada, y como se le había dirigido sin la menor sospecha no se le molestó con la repetición. Isabel jamás se había visto aún en el caso de aparentar que sus sentimientos eran los que no eran en rea-

lidad. Ahora le fué preciso reírse cuando más bien habría deseado llorar. Su padre la había mortificado muy cruelmente con lo que le dijera sobre la indiferencia de Darcy, no pudiendo menos de maravillarse de tamaña falta de penetración, o temiendo que quizá en vez de ver él demasiado poco hubiera ella imaginado demasiado mucho.

CAPITULO LVIII

En lugar de recibir Bingley carta ninguna de excusa de su amigo, como Isabel medio esperaba que le sucediese, pudo aquél traer a Darcy a Longbourn antes de pasar muchos días tras la visita de lady Catalina. Los caballeros llegaron temprano, y antes de tener la señora de Bennet tiempo de decir a Darcy que habían visto a su tía, cosa que Isabel temió al momento, Bingley, que necesitaba estar solo con Juana, propuso a todos salir de paseo. La señora de Bennet no tenía costumbre de pasear y María no podía nunca perder tiempo; pero los cinco restantes salieron juntos. Mas Bingley y Juana dejaron presto que los otros se les adelantaran, y quedáronse detrás, mientras Isabel, Catalina y Darcy siguieron delante reunidos. Poco habló ninguno; Catalina tenía al último sobrado miedo para hablar; Isabel hallábase formando en secreto una resolución desesperada, y acaso el otro estuviera haciendo lo propio.

Dirigiéronse hacia la casa de los Lucas porque

Catalina deseaba ver a María; y como Isabel vió que eso no podía interesar a los demás, cuando Catalina se alejó continuó audazmente sola con Darcy. Llegó entonces el momento de poner en práctica su resolución, y provista de ánimo, dijo a aquél inmediatamente:

—Señor Darcy, soy una criatura muy egoísta, y por tratar de aliviar mis sentimientos no me cuido de cuánto he podido herir los de usted. No puedo evitar por más tiempo el agradecer a usted su bondad sin ejemplo para con mi pobre hermana. Desde que la supe me he visto muy ansiosa de hacer presente a usted la gratitud que siento por ella. Si el hecho fuera conocido por el resto de mi familia no habría yo de expresar a usted meramente la gratitud mía.

—Siento, siento muchísimo—contestó Darcy en tono de sorpresa y de emoción—que haya sido usted informada de lo que, erróneamente interpretado, pudiera proporcionar a usted alguna inquietud. No pensaba que la señora de Gardiner fuese tan poco de fiar.

—No censure usted a mi tía. La falta de discurso de Lydia me hizo saber a mí primeramente lo que usted se había interesado en el asunto; y como es natural, no pude sosegar hasta conocer los detalles. Permítame usted que le agradezca de nuevo una y mil veces, en nombre de toda mi familia, la generosa compasión que indujo a usted a tomarse tanta pena y a sufrir tantas mortificaciones para descubrirlos.

—Si me lo agradece usted—replicó él—, que sea sólo por usted. No he de negar que el deseo de proporcionar a usted una dicha pudo añadir fuerza a las otras razones que me impulsaron a ello; pero su familia de usted no me debe nada. Aun respetándolos mucho, yo no pensé sino en usted.

Isabel estaba sobrado embarazada para decir palabra. Tras una corta pausa, su compañero añadió:

—Es usted demasiado generosa para bromear conmigo. Si sus sentimientos de usted son aún los mismos que en abril pasado, dígamelo usted de una vez. *Mi* afecto y mis anhelos no han variado; mas una palabra de usted me hará callar en ese punto para siempre.

Isabel, consciente de lo terrible y ansioso de su situación, esforzóse entonces en hablar, y al punto, aunque no con rapidez, dióle a entender que sus sentimientos habían experimentado cambio tan absoluto desde el período a que se refería que le hacían recibir con gratitud y placer sus actuales aseveraciones. El estado de felicidad que semejante contestación proporcionó a Darcy fué tal como probablemente jamás lo había disfrutado, y se expresó en esta ocasión con todo el sentimiento y el calor que cabe suponer en un hombre violentamente enamorado. Si Isabel hubiera sido capaz de contemplar su mirada habría podido ver cuán bien se retrataba en su rostro la expresión de la delicia que experimentaba su corazón; pero si no le pudo mirar, le pudo escuchar, y él entonces le reveló sentimientos que, al demostrarle el interés que tenía

por ella, hiciéronle por momentos más valioso su afecto.

Siguieron paseando sin cuidarse de la dirección que llevaban; había demasiado que pensar y que sentir y que decir para atender a nada más. Pronto supo ella que debían su actual avenencia a los afanes de la tía de él, la cual había visitado a su sobrino a su regreso por Londres y habíale contado su ida a Longbourn y lo substancial de su conversación con Isabel, insistiendo con énfasis en cuantas expresiones denotaban, en especial a juicio de Su Señoría, la perversidad y descaro de aquélla, en la creencia de que semejante relato le serviría de ayuda en su empresa de obtener del sobrino la promesa que *ella* había rehusado dar. Mas, para desgracia de Su Señoría, el efecto había sido en absoluto contrario.

—Eso me hizo conocer—dijo él—lo que antes apenas me habría atrevido a esperar. Conocía lo suficiente su modo de ser de usted para saber que, de estar absoluta e irrevocablemente decidida en contra mía, lo habría hecho saber a lady Catalina con claridad y franqueza.

Isabel se sonrojó y rióse mientras contestaba:

—Sí, conocía usted suficientemente mi franqueza para creerme capaz de eso. Después de rechazarlo a usted tan abominablemente cara a cara no podía tener escrúpulo en manifestar lo propio a todos sus parientes.

—¿Qué me dijo usted que no mereciese? Porque aunque sus acusaciones estaban mal fundadas, mi

proceder con usted entonces merecía el más severo reproche. Aquello fué imperdonable; no puedo pensar en ello sin horror.

—No disputemos sobre quién merece mayor censura por lo de aquella tarde—dijo Isabel—. Mirándolo bien, no puede resultar irreprochable la conducta de ninguno de los dos. Pero me parece que ambos hemos ganado en cortesía desde entonces.

—No me es dado reconciliarme conmigo mismo con tanta facilidad. El recuerdo de lo que entonces dije, de mi conducta, de mis modales, de mis expresiones durante todo aquello, es ahora, y ha de serlo por muchos meses, inexplicablemente penoso para mí. No olvido nunca su frase de usted, tan bien aplicada: «Si se hubiera usted conducido más caballerosamente.» Esas fueron sus palabras. No sabe usted, no puede concebir cuánto me han torturado; por más que confieso haber pasado algún tiempo antes de ser lo suficientemente razonable para hacerles justicia.

—Bien cierto es que estaba yo muy lejos de suponer que causaran a usted tan triste impresión. No tenía la menor idea de que pudiesen sentirse jamás así.

—Fácil me es el creerlo. Me suponía usted a la sazón vacío de todo sentimiento elevado; estoy seguro. Nunca olvidaré tampoco su talante de usted al decirme que no podía haberme dirigido a usted de modo ninguno que le decidiera a aceptarme.

—¡Oh!, no repita usted lo que dije entonces; ese recuerdo no ha de perdurar. Aseguro a usted que

hace tiempo que estaba muy de corazón avergonzada de todo ello.

Darcy mencionó su carta.

—¿Le hizo a usted—díjole—, le hizo a usted pensar mejor de mí? ¿Dió usted crédito a su contenido al leerla?

Ella explicó cuál había sido su efecto y cuán gradualmente habíanle ido desapareciendo sus anteriores prejuicios.

—Sabía—siguió él—que lo que escribiera había de apenar a usted, pero era preciso. Supongo que habrá usted destruído la carta. Había en la misma una parte, en especial el comienzo, que temería que usted la leyese segunda vez. Recuerdo ciertas expresiones que justamente podían hacer que usted me odiase.

—La carta se quemará desde luego si usted lo cree esencial para conservar mi afecto; pero aunque ambos tengamos razón para pensar que mis opiniones no son por completo invariables, no creo que hayan cambiado con tanta facilidad como implica lo que usted dice.

—Cuando escribí semejante carta—replicó Darcy—me juzgaba tranquilo y frío en absoluto; pero después me convencí de que fué escrita con tremenda amargura de ánimo.

—Acaso comenzaba con amargura; pero no terminaba así; la despedida era la caridad misma. Pero no piense usted más en la carta. Los sentimientos de la persona que la escribió y los de la que la recibió son al presente tan diferentes de lo que

eran entonces que cuantas circunstancias desagradables se refieran a ella deben darse al olvido. Ha de aprender usted algo de mi filosofía; piense usted sólo en el pasado cuyo recuerdo le sea grato.

—No me es dado creer en esa filosofía de usted. Las introspecciones de usted han de verse tan vacías de reproche que el contento que de las mismas le brota no proviene de filosofía, sino de lo que es mejor, de ignorancia; pero conmigo no se da ese caso: interpónense penosos recuerdos que no pueden, que no deben ser repelidos. He sido toda mi vida un egoísta en la práctica, ya que no en los principios. Cuando niño enseñáronme lo que estaba bien, mas no se me enseñó a corregir mi temperamento. Se me inculcaron buenas normas, pero se me dejó seguir orgulloso y vano. Por desgracia, como hijo único—único durante varios años—, fuí echado a perder por mis padres, quienes, aun siendo en sí buenos—mi padre en particular era todo benevolencia y amor—, me permitieron, me alentaron, casi me enseñaron a ser egoísta y dominante, a no cuidarme de nadie fuera del círculo de mi familia, a pensar bajamente del resto del mundo, o por lo menos a *desear* pensar así del sentido y del valor de los otros en cotejo con los míos. Así fuí desde los ocho a los veintiocho años, y aun lo sería a no ser por usted, queridísima, amadísima Isabel. ¿Qué no he de deberle a usted? Me dió usted una lección, ciertamente dura al principio, pero muy provechosa; por usted quedé humi-

llado como convenía, usted me mostró cuán insuficientes eran mis pretensiones para complacer a una mujer merecedora de ser complacida.

—¿Y está usted persuadido de que lo merezco?

—Bien cierto que lo estoy. ¿Qué pensará usted de mi vanidad? Creía que usted deseaba, esperaba mi declaración.

—Mis modales tuvieron que ser malos, pero aseguro a usted que sin intención. Nunca pretendí engañar a usted; pero mi ánimo me conduce a menudo a errar. ¡Cuánto me ha debido usted odiar desde aquella tarde!

—¡Odiarla a usted! Quizá quedara resentido al principio; pero ese resentimiento mío pronto comenzó a encaminarse mejor.

—Casi me asusta preguntar a usted qué pensó al encontrarme en Pemberley. ¿Me censuró usted por ir allá?

—No por cierto. No sentí sino sorpresa.

—Su sorpresa de usted no pudo ser mayor que la mía al encontrarme con usted. Mi conciencia me aseguraba no merecer extraordinaria cortesía, y confieso que no esperaba recibir sino la que me era debida.

—Mi propósito entonces—contestó Darcy—fué demostrar a usted, con cuanta cortesía pudiera, no ser tan ruin que me hallara resentido por lo pasado; y esperaba obtener el perdón de usted y aminorar su mala opinión de mí haciéndole ver que sus reproches habían sido tomados en cuenta. Con dificultad puedo decir cuánto tardaron otros de-

seos a mezclarse con ése; pero opino que eso ocurrió ya a la media hora de haberla visto a usted.

Al llegar aquí manifestó él la complacencia que tuvo Georgiana con su trato y el sentimiento que experimentó por la súbita interrupción del mismo, lo cual condujo, como era natural, a la causa de tal interrupción, y pronto supo Isabel que la resolución de él de marchar del condado de Derby en busca de Lydia habíala formado antes de salir de la fonda, habiendo provenido su gravedad y su aspecto pensativo no de otras luchas que las referentes a semejante propósito.

Volvió ella a expresarle su gratitud; pero ése era asunto en demasía penoso a ambos para insistir más en él.

Después de andar varias millas en completa libertad y sobrado ocupados para saber nada más, al examinar al cabo sus relojes vieron ser hora de regresar a casa.

—¿Qué habrá sido de Bingley y de Juana?

He ahí una exclamación que los llevó a tratar de los asuntos de aquéllos. Darcy estaba encantado de su arreglo, del cual su amigo le había dado inmediata noticia.

—¿Me permite usted preguntarle si le sorprendió?—díjole Isabel.

—De ninguna manera. Al marcharme comprendí que eso acontecería pronto.

—Es decir, que usted le concedió su permiso. Lo suponía.

Y aunque él protestó de semejante palabra, conoció ella que había estado muy en su lugar.

—La tarde anterior a irme a Londres—dijo él—le hice una confesión que debí haberle hecho desde larga fecha. Díjele cuanto había ocurrido para cambiar en absurda e impertinente mi anterior intromisión en sus asuntos. Su sorpresa fué grande: jamás había abrigado la menor sospecha. Manifestéle además haberme engañado al suponer, cual supusiera, que le era indiferente a su hermana de usted, y en cuanto pude notar que su afecto hacia ella no había disminuído no abrigué duda sobre su mutua felicidad.

Isabel no pudo menos de sonreírse por ese fiel modo de guiar a su amigo.

—Cuando le dijo usted que mi hermana le quería, ¿habló usted por observación propia o tan sólo por mi información de la primavera pasada?

—Por lo primero. Observéla minuciosamente durante las dos últimas visitas que hice aquí y quedé convencido de su afecto.

—Y supongo que su afirmación de usted convencería a él al punto.

—Así fué. Bingley es muy modesto, sin afectación ninguna. Su desconfianza ha impedido que se fiase de su propio juicio en caso de tal monta; pero su sumisión al mío lo facilitó todo. Tuve que confiarle una cosa que durante algún tiempo, y no sin justicia, le molestó. No pude permitirme ocultarle que su hermana de usted había estado tres meses en la capital en el pasado invierno, que yo lo sabía

y que de propósito se lo oculté. Eso le enfadó. Pero estoy seguro de que su enfado no duró sino lo que permaneció en duda sobre los sentimientos de su hermana de usted. Ahora me ha perdonado de corazón.

Isabel habría deseado observar que Bingley había resultado muy delicioso amigo por lo fácil de guiar, que su valía era incomparable; pero se contuvo. Recordó que Darcy tenía que aprender a reírse de eso y que todavía era demasiado pronto para empezar. Hablando, pues, de la felicidad de Bingley, que, naturalmente, tenía que ser inferior sólo a la suya propia, continuó él su plática hasta que llegaron a la casa. En el vestíbulo se separaron.

CAPITULO LIX

«Querida Isabel, ¿por dónde has estado paseando?», tal fué la pregunta que Isabel oyó a Juana en cuanto se vieron en el cuarto, y a todos los demás al sentarse a la mesa. Como respuesta, sólo pudo decir que habían andado errantes hasta donde acababa el terreno por ella conocido. Al decirlo se sonrojó; mas ni aquello ni nada despertó sospecha.

La velada pasó con tranquilidad, sin nada extraordinario. Los amantes reconocidos charlaron y rieron; los desconocidos permanecieron callados. Darcy no era propenso a mostrar la dicha con la alegría, e Isabel, agitada y confusa, más bien sa-

bía que era feliz que se sentía como tal; porque además del aturdimiento por lo que va explicado, presentábanse otros temores ante ella. Preveía lo que había de suceder en la familia al conocerse su situación; érale notorio que a ninguno gustaba Darcy fuera de Juana, y hasta creía que a los demás les causaba tanto disgusto que ni su fortuna ni su significación lo podrían borrar.

Por la noche abrió a Juana su corazón, y aunque hasta la duda estaba muy lejos de los hábitos ordinarios de ésta, en el caso actual resultó incrédula por completo.

—¡Te estás burlando, Isabel; eso no puede ser! ¡Arreglada con el señor Darcy! No, no; no me engañarás; sé que eso es imposible.

—¡Mal comienzo es ése en verdad! Mi única confianza estaba en ti, pues estoy segura de que nadie más me creerá si tú no me crees. No digo sino la verdad. El me ama todavía y estamos arreglados.

Juana la miró con duda.

—Isabel, no puede ser; sé lo mucho que te desagrada.

—Tú no sabes nada de este asunto. Todo eso que dices es para olvidarse. Acaso no le haya amado siempre tanto como ahora; pero en casos así es imperdonable una buena memoria. Esta es la última vez que yo misma lo recordaré.

Juana mirábala todavía como asombrada. Isabel, de nuevo y más en serio, le aseguró de su verdad.

—¡Dios mío! ¿Es de veras posible? Mas ahora

habré de creerlo—exclamó Juana—. ¡Mi querida, mi querida Isabel, te felicitaría; te felicito ya!; pero ¿estás segura—perdona la pregunta—, estás por completo segura de que serás dichosa con él?

—No hay que dudarlo. Ya hemos convenido en que seremos la pareja más dichosa del mundo. Pero ¿estás contenta, Juana? ¿Te gustará tener ese hermano?

—Mucho, muchísimo; nada puede proporcionar mayor placer ni a Bingley ni a mí. Mas nosotros hablábamos de eso considerándolo un imposible. Y tú ¿le amas de veras lo suficiente? ¡Oh Isabel, haz cualquier cosa antes que casarte sin amor! ¿Estás en absoluto persuadida de que sientes lo que se debe sentir?

—¡Oh, sí! Has de creer que siento *más* de lo que debo cuando te lo digo todo.

—¿Qué quieres decir?

—Que he de confesarte que le amo más que a Bingley, aunque temo que esto te incomode.

—Hermana querida, sé ahora seria; necesito hablar con mucha seriedad. Hazme sabedora sin dilación de cuanto haya de saber. Díme, ¿desde cuándo le amas?

—Eso ha ido viniendo tan gradualmente que con dificultad sabría yo misma cuándo empezó; pero creo que habría que ponerle como fecha la primera vez que vi sus hermosas posesiones de Pemberley.

Mas otro ruego de que fuese formal produjo el ansiado efecto, y pronto satisfizo a Juana con sus solemnes afirmaciones de afecto. Una vez con-

vencida de este punto, Juana no tenía más que desear.

—Ahora soy por completo feliz—dijo—, porque lo serás tanto como yo. Siempre le estimé. Aunque no fuera sino por su amor a ti, siempre tendría que haberle estimado; pero ahora, como amigo de Bingley y marido tuyo, no puede haber sino Bingley y tú que sean más caros a mi corazón. Pero, Isabel, has sido muy callada, muy reservada conmigo. ¡Qué poco me hablaste de lo que ocurrió en Pemberley y en Lambton! Cuanto sé lo debo a otro, no a ti.

Isabel expuso los motivos de su secreto. No había querido mentar a Bingley, y el indeciso estado de sus sentimientos habíale hecho evitar a la par el nombre de su amigo. Mas ahora no quería ocultarle la participación de éste en el asunto de Lydia. Todo, pues, quedó expuesto, y se pasó media noche en el coloquio.

—¡Dios mío!—exclamó la señora de Bennet al ponerse a la ventana a la mañana siguiente—, ¡si ese desagradable señor Darcy no viniera otra vez con nuestro querido Bingley! ¿Qué significará que sea tan pesado y que venga de continuo aquí? Ya podría irse a cazar o a hacer otra cosa, en lugar de molestarnos con su compañía. ¿Qué haremos con él? Isabel, tienes que salir otra vez de paseo con él para no estorbar a Bingley.

Isabel apenas pudo evitar el reírse al escuchar proposición tan conveniente, por más que lamentara que su madre estuviese dándole siempre a él aquel epíteto.

En cuanto ambos entraron, Bingley miró a Isabel expresivamente, dándole la mano con tal ardor que no le dejó dudas sobre su buena información, y pronto dijo en voz alta:

—Señor Bennet, ¿no tiene usted por ahí otros caminos en que Isabel pueda extraviarse otra vez?

—Recomiendo al señor Darcy, a Isabel y a Catalina—dijo la señora de Bennet—que vayan esta mañana a la montaña de Oakham. Es un precioso paseo largo, y el señor Darcy nunca ha contemplado ese panorama.

—Eso puede ser muy bueno para los otros dos —replicó Bingley—; pero estoy convencido de que resultará excesivo para Catalina. ¿No es así, Catalina?

Esta confesó que prefería quedarse en casa; Darcy manifestó gran curiosidad por disfrutar de la vista que ofrecía esa montaña, e Isabel accedió en silencio. Cuando ésta subió para arreglarse, la señora de Bennet siguióla diciendo:

—Isabel, siento muchísimo que te veas constreñida a quedarte con persona tan desagradable; mas espero que no repararás en ello; todo es por Juana, ya lo sabes; y además, no hay por qué hablarle sino de vez en cuando. No te molestes.

Durante el paseo quedó resuelto que el consentimiento del padre quedaría pedido en el curso de la velada. Isabel se reservó la notificación a su madre. No podía adivinar cómo lo tomaría ésta; a veces dudaba de si toda la riqueza y rango de Darcy serían suficientes para contrarrestar el odio

que le profesaba; mas estuviera violentamente dispuesta contra su matrimonio o satisfecha también con violencia, era seguro que sus arrebatos no habrían de acreditar su buen sentido; y por eso no podía sufrir que Darcy escuchase ni los primeros raptos de su gozo ni la primera vehemencia de su desaprobación.

Por la tarde, poco después de haberse retirado a su biblioteca el señor Bennet, vió ella que Darcy se levantaba también y le seguía, y su agitación al percibir eso fué extrema. No temía la oposición de su padre; mas iba a verse por ello desgraciado, y el que fuese ella, su hija favorita, quien le apenaba con su elección, quien iba a oprimirle con temores y pesadumbres al colocarla, era consideración triste; y por eso lo estuvo ella hasta que Darcy volvió a aparecer y hasta que, al mirarle, quedó aliviada con su sonrisa. A los pocos minutos aproximóse él a la mesa donde estaba ella sentada con Catalina, y haciendo como que miraba su labor, díjole al oído:

—Vaya usted a donde está su padre; la necesita a usted en su biblioteca.

Ella marchó directamente.

Su padre se paseaba por la estancia, pareciendo grave y ansioso.

—Isabel—le dijo—, ¿qué haces? ¿Estás fuera de juicio para aceptar a ese hombre? ¿No le has odiado siempre?

¡Cuán vivamente habría deseado Isabel que sus primeros juicios sobre Darcy hubieran estado más

puestos en razón y sus expresiones hubieran sido más moderadas! Habríale eso ahorrado ciertas explicaciones y confesiones que temía muchísimo hacer; mas ahora eran precisas; y así, le aseguró a su padre con alguna confusión su afecto hacia Darcy.

—Es decir, que estás decidida a poseerlo. Es rico, ciertamente; podrás disfrutar de más bonitos vestidos y de elegantes coches. Pero ¿te hará feliz?

—¿No tienes otra objeción que hacer—contestó Isabel—sino el creerme indiferente?

—Ninguna más. Todos sabemos que es hombre orgulloso y desagradable; pero eso nada importa si te gusta.

—Pues me gusta, me gusta—replicó ella con lágrimas en los ojos—; le amo. Buena verdad es que no tiene orgullo; es de todo punto amable. No sabes lo que es en realidad; por eso te suplico que no me apenes hablándome de él en esos términos.

—Isabel—añadió su padre—, le he dado mi consentimiento. Cierto que es hombre a quien no rehusaría jamás nada que quisiera pedirme. Ahora te lo entrego si estás resuelta a tomarlo. Mas déjame que te advierta que lo pienses mejor. Sé que no podrás ser dichosa ni respetable si no amas a tu marido, si no le consideras como un superior. Tu viveza te colocaría en los mayores peligros con un matrimonio desigual; con dificultad evitarías el descrédito y la desgracia. Hija mía, no me des el sinsabor de verte incapaz de respetar a tu pareja en la vida. No sabes lo que eso es.

Isabel, todavía más afectada, estuvo vehemente y solemne en su contestación; y al fin, con repetidas aseveraciones de que Darcy era de veras el objeto de su elección; con exponer el cambio gradual que había experimentado en cuanto a su estimación; con hacer constar su seguridad absoluta de que el afecto de él no era cosa de un día, sino que había resistido la prueba de muchos meses, y enumerar con energía todas sus buenas cualidades, venció la incredulidad de su padre, logrando reconciliarle con ese casamiento.

—Bien, querida mía—díjole él cuando terminó de hablar—, no tengo más que decirte: si es así, te merece. No te habría entregado, Isabel mía, a otro que valiera menos.

Para completar la impresión favorable refirió entonces ella a su padre lo que Darcy había hecho espontáneamente por Lydia.

—¡Esta es noche de asombros en verdad! ¿De modo que Darcy hizo todo: llevó a cabo el casamiento, dió el dinero, pagó las deudas del pollo y le obtuvo el destino? Tanto mejor: me libraré de un mundo de confusiones y de economía. Si hubiera sido cosa de tu tío habría tenido que pagarle, y lo habría hecho; pero estos enamorados violentos cargan con todo. Mañana le ofreceré pagarle; él protestará y se enfadará por amor a ti, y así concluirá la cuestión.

Recordó entonces su padre el embarazo que mostraba ella cuando le leía la carta de Collins, y tras de bromear con ella algún tiempo, al cabo permi-

tióle marcharse, diciéndole cuando abandonaba el cuarto:

—Si algún muchacho viene por María o Catalina, envíamelo, que me encuentro por completo desocupado.

El espíritu de Isabel quedó así libre de un enorme peso, y después de media hora de tranquila reflexión en su aposento hallóse en disposición de unirse a los demás con pasadera calma. Era todo sobrado reciente para la alegría, pero la velada transcurrió con tranquilidad; nada más tenía que temer, y el bienestar del reposo y de la familiaridad vendría a su tiempo.

Cuando su madre volvió a su cuarto por la noche siguióla e hízole la importante comunicación. Su efecto fué muy extraordinario, porque al principio la señora de Bennet se quedó en absoluto parada al escucharla, incapaz de articular una palabra; y no fué sino tras muchos, tras muchos minutos cuando pudo comprender lo oído, aun no siendo por lo común reacia a creer lo que se refiriese a ventajas de su familia o significase noviazgo para una de sus hijas. A la postre comenzó a recobrarse, a agitarse, levantándose y volviéndose a sentar; a admirarse y congratularse:

—¡Dios mío! ¡Dios me bendiga! ¡Oh qué cosa, querida mía! ¡El señor Darcy! ¡Quién lo habría pensado! ¡Oh mi queridísima Isabel, qué rica y qué grande vas a ser! ¡Qué bolsillo, qué joyas, qué carruajes tendrás! ¡Lo de Juana no vale nada, nada en absoluto! ¡Estoy tan contenta, soy tan feliz! ¡Qué

hombre tan encantador, tan guapo, tan buen mozo! ¡Oh mi querida Isabel, dispénsame porque me haya disgustado tanto antes!; supongo que él me dispensará. ¡Querida, querida Isabel! ¡Una casa en la capital! ¡Todo lo apetecible! ¡Tres hijas casadas! ¡Diez mil libras anuales! ¡Oh Dios mío!, ¿qué va a ser de mí? Voy a enloquecer.

Eso era suficiente para demostrar que su aprobación no había de ponerse en duda; e Isabel, satisfecha de que tales efusiones no hubieran sido oídas sino por ella, marchóse pronto. Mas antes de que llevase tres minutos en su cuarto entró su madre.

—¡Queridísima hija—exclamó—, no puedo pensar en otra cosa! Diez mil libras anuales, y acaso más! ¡Eso es tan bueno como un lord! ¡Y especial licencia!: ¡habrás de casarte con licencia especial! Pero, queridísimo amor mío, ¿a qué plato que yo pueda tener mañana es especialmente aficionado el señor Darcy?

Mal presagio era esto de lo que prometía ser la conducta de su madre para con ese caballero, e Isabel conoció que, aun viéndose en posesión de su más caluroso afecto y segura del consentimiento de su propia familia, todavía tenía algo que desear. Pero la mañana transcurrió mejor que se esperaba, porque, felizmente, infundíale a la señora de Bennet tal temor su futuro yerno que no osaba hablarle sino cuando podía dedicarle alguna atención o hacer notar que asentía a sus opiniones.

Isabel tuvo la satisfacción de ver que su padre

se afanaba por intimar con él, y aun le aseguró que cada día crecía en su estimación.

—Admiro a todos mis tres yernos—decía—. Wickham acaso sea mi favorito; pero creo que tu marido me gustará tanto como el de Juana.

CAPITULO LX

Vuelto de nuevo el ánimo de Isabel a la alegría, requirió que Darcy le contase cómo se había enamorado de ella.

—¿Cómo principiaste?—le dijo—. Comprendo que siguieras una vez que habías comenzado; pero ¿que te movió al principio?

—No puedo concretar la hora, ni el sitio, ni la mirada, ni las palabras que asentaron los fundamentos. Hace ya bastante tiempo. Lo estaba a medias sin conocer que había principiado.

—En cuanto a mi belleza, pronto se te resistió, y por lo que toca a mis modales, mi conducta para contigo lindaba por lo menos con lo descortés, no hablándote jamás sin desear ocasionarte pena más que otra cosa. Sé, pues, franco: ¿me admiraste por mi impertinencia?

—Por la viveza de tu mente.

—Puedes llamarla impertinencia desde luego: era muy poco menos que eso. El hecho es que estabas harto de cortesías, de deferencias, de atenciones. Disgustábante las mujeres que hablaban, miraban y pensaban siempre sólo para conseguir tu

aprobación. Yo te irrité y te interesé por no parecerme a ellas. Por eso me habrías odiado si no hubieras sido en realidad digno de que se te amase; mas a pesar de la fatiga que te tomaste en disfrazarte, tus sentimientos fueron nobles y justos, y desde el fondo de tu corazón despreciabas por completo a las personas que te cortejaban con tanta asiduidad. Mira cómo te he ahorrado el trabajo de contármelo; y en verdad que, considerado todo, comienzo a tener eso por perfectamente razonable. Segura estoy de que no reconoces ahora en mí ninguna excelencia; pero nadie piensa en eso cuando está enamorado.

—¿No había excelencia en tu afectuosa conducta con Juana cuando estaba enferma en Netherfield?

—¡Juana amadísima! ¿Quién podría haber hecho menos por ella? Pero tómalo por virtud si quieres. Mis buenas cualidades quedan bajo tu protección y tú estás para exagerarlas cuanto sea posible; y en cambio a mí me corresponde hallar ocasiones de contrariarte y de disputar contigo tan a menudo como pueda; y así, principiaré por preguntar en derechura: —¿Qué te hacía desear tan poco volver a nuestro asunto? ¿Qué te hizo tan tímido cuando viniste ahora la primera vez, y luego cuando comiste aquí? ¿Por qué, en especial al mirarnos, parecía como si no te cuidaras de mí?

—Porque te veía seria y silenciosa y no me animabas.

—Pero es que yo estaba azorada.

—Y yo también.

—Bien podías haberme hablado más cuando viniste a comer.

—Hubiéralo hecho cualquiera que sintiese menos que yo.

—¡Qué desgracia es que tengas siempre una contestación razonable, y que yo sea también tan razonable que la admita! ¡Pero me admira lo eterno que habría sido esto por ti! ¿Cuándo me habrías hablado si no hubiera principiado yo? Mi resolución de darte las gracias por tu bondad para con Lydia produjo buen efecto; demasiado: estoy asustada; porque ¿qué va a ser de la moral si nuestra felicidad brotó de la infracción de una promesa? Yo no debía haber mencionado ese tema; no lo haré nunca.

—No debes atormentarte: la moral quedará a salvo por completo. El injustificable proceder de lady Catalina para separarnos fué el medio de remover todas las dudas. No debo mi actual dicha a tu vehemente deseo de expresar tu gratitud; no estaba de humor de esperar que me dijeses nada: el relato de mi tía me había prestado esperanzas, y hallábame decidido a saber todo de una vez.

—Lady Catalina ncs ha sido de infinita utilidad, lo cual debería hacerla feliz, ya que le gusta ser útil. Pero, díme: ¿por qué volviste a Netherfield? ¿Fué sólo para venir a Longbourn a azorarte o habías pensado en más serio resultado?

—Mi verdadero propósito era verte y ver si juzgaba que debía abrigar aún esperanzas de que

me amases. Lo que confesaba, o me confesaba a mí mismo, era ver si tu hermana estaba aún interesada por Bingley, y de ser así, manifestar a éste lo que con anterioridad había yo hecho.

—¿Tendrás valor de anunciar a lady Catalina lo que le espera?

—Probablemente más bien me faltará tiempo que valor, Isabel. Mas hay que hacerlo; y si me das un pliego de papel quedará hecho a la carrera.

—Y si yo no tuviera otra carta que escribir podría sentarme a tu lado y admirar la uniformidad de tu letra, cual cierta señorita hizo en otra ocasión. Pero tengo también una tía a quien no he de dejar olvidada más tiempo.

Por no querer confesar cuánto se había exagerado su intimidad con Darcy no había contestado Isabel aún a la larga carta de la señora de Gardiner; mas ahora, pudiendo comunicar lo que sabía que sería muy bien recibido, casi se avergonzaba de ver que sus tíos llevaban tres días perdidos en el disfrute de semejante dicha, y al punto escribió como sigue:

«Habríate dado antes, cual era mi deber, querida tía, las gracias por tu larga, amable y satisfactoria relación del hecho que sabes; mas, a decir verdad, veíame demasiado afligida para escribir. Pero ahora, supón lo que quieras, da rienda suelta a tu fantasía, permite a tu imaginación todo el vuelo que el asunto permite, y, menos creerme en la actualidad casada, no podrás errar mucho. Me

has de volver a escribir pronto alabándole todavía mucho más de lo que lo hacías en tu última. Agradezco una y mil veces no haber ido a los Lagos: ¡cómo pude ser tan necia que lo deseara? Tu idea de las jacas es deliciosa; recorreremos el parque todos los días. Soy la criatura más feliz del mundo. Quizá otros lo habrán dicho antes, pero ninguno con tanta verdad. Soy más feliz aún que Juana: ella sólo sonríe, yo río. Darcy te envía cuanto cariño hay en el mundo de que pueda privarme a mí. Habéis de venir todos a Pemberley en Navidad.—Tu», etc.

La misiva de Darcy a lady Catalina fué de otro estilo. y todavía diferente de ambos esta que el señor Bennet envió a Collins en contestación a la suya:

«Querido primo: Tengo que molestarte una vez más por cuestión de enhorabuena: Isabel será pronto la esposa del señor Darcy. Consuela a lady Catalina lo mejor que puedas; pero, yo que tú, me quedaría con el sobrino: tiene más que dar.—Tu afectísimo», etc.

La enhorabuena de la señorita de Bingley a su hermano por su próximo casamiento fué afectuosa, pero falta de sinceridad. Hasta escribió a Juana con ese motivo, exponiéndole su satisfacción y repitiéndole todas sus anteriores seguridades de cariño. Juana no se engañó, pero afectóse, y aun sin

sentir confianza con ella, no pudo evitar el remitirle una contestación mucho más amable de la que pensaba que merecía.

El gozo que la señorita de Darcy manifestó al recibir noticia análoga fué tan sincero como el de su hermano al comunicársela. Cuatro páginas de papel parecían insuficientes para expresar toda su satisfacción y todo su vivo deseo de ser amada por su hermana.

Antes de poder llegar respuesta ninguna de Collins ni felicitación alguna de su esposa para Isabel, la familia de Longbourn oyó que los Collins en persona iban a venir a casa de los Lucas. La razón de traslado tan repentino hízose pronto conocer. Lady Catalina se había enfadado tan excesivamente con el contenido de la carta de su sobrino, que Carlota, que de veras se alegraba del casamiento, hallábase deseosa de marcharse hasta que pasara la tempestad. En semejante ocasión, la llegada de su amiga fué un verdadero placer para Isabel; aunque en el curso de sus entrevistas con ella hubo de dar a veces por aguado semejante placer al ver a Darcy expuesto a toda la pomposa y molesta cortesía del marido de aquélla. Mas Darcy lo soportó todo con admirable calma. Hasta pudo escuchar también a sir Guillermo Lucas cuando le cumplimentó por llevarse la más brillante joya de la comarca y le comunicó sus esperanzas de encontrarse todos con frecuencia en St. James. Si se encogió de hombros fué sólo después de perder de vista a sir Guillermo.

La vulgaridad de la señora de Philips fué otra,

y quizá la mayor, de las contribuciones impuestas a su paciencia; y aunque dicha señora, lo mismo que su hermana, le profesaba sobrado respeto para hablarle con la familiaridad a que el buen humor de Bingley prestaba alientos, no obstante, cuando hablaba tenía que resultar vulgar. Ni el respeto a él, que la hacía más moderada, pudo tornarla más distinguida. Isabel hacía cuanto le era dado para protegerle contra todos, ansiando tenerle siempre solo para sí y para aquellos de su familia con quienes podía él hablar sin mortificación; y aunque los sentimientos molestos que de todo eso brotaron quitaron al período de noviazgo muchos de sus placeres, añadieron mayores esperanzas para lo por venir; y así, ella miraba con delicia adelante, al tiempo en que estuviesen separados de sociedad tan poco grata a ninguno de los dos y disfrutando de la comodidad y elegancia de su tertulia familiar de Pemberley.

CAPITULO LXI

Dichoso para todos sus sentimientos maternales fué el día en que la señora de Bennet se separó de sus dos más beneméritas hijas.

Puede suponerse con cuán delicioso orgullo visitó después a la señora de Bingley y habló de la señora de Darcy. Desearía poder decir, en atención a su familia, que el cumplimiento de sus más caros anhelos con el casamiento de tantas de sus hijas

produjo el dichoso efecto de tornarla mujer sensible, amable y cabal para toda su vida; mas acaso fuera una suerte para su marido, quien no habría podido disfrutar de la felicidad doméstica en forma tan desusada, el que, a pesar de todo, continuase nerviosa en ocasiones e invariablemente mentecata.

El señor Bennet echó muy de menos a su hija segunda; su afecto por ella le sacó de casa más a menudo que podría haberlo logrado cosa alguna. Deleitábase en ir a Pemberley, en especial cuando era menos esperado.

Bingley y Juana permanecieron en Netherfield sólo un año. Vecindad tan próxima a su madre y a los parientes de Meryton no resultaba apetitosa para el fácil carácter de él ni para el amoroso corazón de ella. Entonces quedó satisfecho el deseo favorito de las hermanas de Bingley: compró éste un estado en un condado cercano al de Derby, y Juana e Isabel, como algo añadido a todos sus restantes manantiales de dicha, estuvieron a trienta millas entre sí.

Catalina, por su pura ventaja material, pasaba la mayor parte del tiempo con sus dos hermanas mayores, y en sociedad tan superior a la que conociera de ordinario su progreso fué grande. No era de tan indomable temperamento como Lydia, y libre del influjo del ejemplo de ésta, llegó, con atención y dirección convenientes, a ser menos irritable, menos ignorante y menos superficial. Como era natural, previniósele de las desventajas de la

sociedad de Lydia, y así, aunque la señora de Wickham la invitó con frecuencia a ir y residir con ella, con la promesa de bailes y pollos, su padre nunca consintió que fuese.

María fué la única que siguió en la casa, y, necesariamente, se vió obligada a prodigar sus atenciones a la señora de Bennet, que no sabía estarse sola. Tuvo por eso que mezclarse más con el mundo; pero aun pudo filosofar sobre todas las visitas matutinas; y como no resultaba ahora mortificada con comparaciones entre su belleza y la de sus hermanas, su padre sospechó que se sometía al cambio sin disgusto.

En cuanto a Wickham y Lydia, sus caracteres no sufrieron alteración por los casamientos de sus hermanas. El sobrellevaba con filosofía la convicción de que Isabel conocería ahora cuanto referente a su ingratitud y falsía había antes ignorado; y no obstante, no era ajeno a la esperanza de que Darcy influiría para labrar su suerte. La carta de enhorabuena que Isabel recibió de Lydia por su matrimonio dióle a conocer que semejante esperanza era acariciada, si no por él mismo, por lo menos por su mujer. La carta era así:

«Mi querida Isabel: Te deseo alegría. Si amas a Darcy la mitad que yo a mi caro Wickham, habrás de ser muy dichosa. Es una gran fortuna tenerte tan rica, y cuando no sepas qué hacer, espero que te acuerdes de nosotros. Segura estoy de que a Wickham le gustaría muchísimo un destino en la corte,

y no creo que tengamos dinero suficiente para vivir allí sin ninguna ayuda. Me refiero a una plaza de trescientas o cuatrocientas libras anuales próximamente; mas, de todos modos, no hables de eso a Darcy si no lo ves posible.—Tu», etc.

Y como ocurría que Isabel lo veía muy poco posible, en su contestación trató de poner fin a todo ruego y esperanza de ese género. Mas algún alivio, tal como podía proporcionárselo practicando lo que podría llamarse economía doméstica, se lo envió con frecuencia. Siempre había sido evidente que ingresos como los de ellos y administrados por dos personas tan manirrotas y tan despreocupadas por lo por venir habían de resultar muy insuficientes para su sostén; y siempre que se mudaban era seguro que Juana o ella recibieran alguna súplica de auxilio para pagar sus cuentas. Su modo de vivir, aun después que el restablecimiento de la paz los confinó a un hogar, era en extremo movido. Siempre andaban cambiándose de un punto a otro en busca de estancia más barata, y siempre gastando más de lo que podían. El afecto de él hacia ella trocóse pronto en indiferencia; el de ella duró un poco más, y a pesar de su juventud y de su aire, conservó todos los derechos a la reputación que su matrimonio le había granjeado.

Aunque Darcy nunca le recibió a él en Pemberley, ayudóle a adelantar en su carrera por consideración a Isabel. Lydia les hizo alguna visita ocasional cuando su marido iba a divertirse a Londres

o a baños, y con los Bingley estaban ambos con frecuencia; tanto, que hasta el buen humor de Bingley se acabó y llegó a hablar de insinuarles que se marcharan.

La señorita de Bingley quedó muy resentida con el casamiento de Darcy; mas en cuanto se creyó con derecho a visitar Pemberley pasósele el resentimiento: fué más afecta a Georgiana que nunca, casi tan atenta con Darcy como hasta entonces, y pagó todos sus atrasos de cortesía a Isabel.

Pemberley fué ahora la morada de Georgiana, y el afecto suyo a su hermana fué exactamente como Darcy había esperado. Fueron ambas capaces de amarse mutuamente cuanto quisieron. Georgiana tenía la más elevada idea de Isabel, aunque al principio se asombrase y casi se alarmase al escuchar la juguetona manera de hablar que empleaba con su hermano; a quien le había inspirado siempre respeto tal que casi sobrepujaba al cariño, veíalo ahora objeto de francas bromas. Su entendimiento recibió nociones que nunca se habían interpuesto en su camino. Con la instrucción de Isabel comenzó a comprender que una mujer puede tomarse con su marido libertades que un hermano jamás puede tolerar de una hermana diez años menor que él.

Lady Catalina indignóse de modo extraordinario con el casamiento de su sobrino; y como abrió la puerta a toda su genuina franqueza al contestar a la carta en que él le comunicaba su arreglo, usó un lenguaje tan extremado, en especial al referirse

a Isabel, que por algún tiempo acabó toda relación. Mas a la postre, por influencia de Isabel, dejóse él persuadir a perdonar la ofensa y buscó una reconciliación; y tras algo más de resistencia por parte de su tía, el resentimiento de ésta cesó, ya por afecto hacia él, ya por curiosidad de ver cómo se conducía su esposa; y así, se dignó visitarlos en Pemberley, a despecho de la contaminación que sus bosques habían sufrido no sólo por la presencia de semejante dueña, sino por las visitas de sus tíos desde la capital.

Con éstos, con los Gardiner, siempre estuvieron en la más amistosa relación. Darcy, y lo mismo Isabel, los amaban de veras, sintiendo ambos muy calurosa gratitud hacia las personas que, por traer a ella al condado de Derby, habían servido de intermediarios para unirlos.

FIN DEL TOMO SEGUNDO Y ÚLTIMO

INDICE DEL TOMO SEGUNDO

	Páginas.
Capítulo XXXV	5
Capítulo XXXVI	16
Capítulo XXXVII	25
Capítulo XXXVIII	30
Capítulo XXXIX	34
Capítulo XL	41
Capítulo XLI	47
Capítulo XLII	57
Capítulo XLIII	64
Capítulo XLIV	83
Capítulo XLV	93
Capítulo XLVI	100
Capítulo XLVII	112
Capítulo XLVIII	127
Capítulo XLIX	136
Capítulo L	145
Capítulo LI	154
Capítulo LII	162
Capítulo LIII	174
Capítulo LIV	186
Capítulo LV	192
Capítulo LVI	202
Capítulo LVII	213
Capítulo LVIII	220
Capítulo LIX	230
Capítulo LX	240
Capítulo LXI	246